EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA

DE

RICARDO DE LA CIERVA

España en Guerra

LA ZONA REPUBLICANA

Lectulandia

«Los persistentes defensores de la República olvidan de forma sistemática que ese régimen, entre 1931 y 1936, no fue una democracia porque no cumplió las condiciones esenciales de la democracia; pero durante la fase de Guerra Civil llamar democracia a la República es un burdo sarcasmo.

Guiando a los socialistas y los republicanos contra el poder de los comités, los comunistas intentaron modificar el sistema de socializaciones por el de nacionalizaciones, lo que incrementaba el poder del Estado para ejercer con mínima garantía de eficacia el control empresarial. El objetivo comunista al defender abiertamente la democracia no era la democracia parlamentaria, sino lo que ellos llamaban democracia parlamentaria de nuevo tipo. Terminada la Guerra Mundial, lo explicaron mejor; ese nuevo tipo era el de las democracias populares, ridícula y trágica redundancia que describía y encubría a los satélites en órbita soviética. Federica Montseny, ministra anarcosindicalista, confiesa que los soviéticos les aconsejaban en la Guerra Civil el establecimiento de una democracia controlada, es decir, una dictadura».

Lectulandia

Ricardo de la Cierva

España en guerra: la zona republicana

Episodios históricos de España - 40

ePub r1.0
Titivillus 11.08.18

Título original: *España en guerra: la zona republicana*
Ricardo de la Cierva, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La retaguardia republicana

Esta panorámica sobre la retaguardia republicana en la Guerra Civil pretende fundarse en los mismos criterios que los desarrollados en el libro anterior sobre la zona nacional. Aunque parezca mentira, el enconamiento de las posiciones vitales encontradas en el conflicto se ha prolongado en el empecinamiento de una línea de historiadores partidarios acérrimos del bando vencido que se obstinan, sesenta años después, en negar las auténticas razones de la derrota propia y de la victoria enemiga; más aún, a extrañarse de que a estas alturas todavía pueda recordarse quiénes fueron los vencedores de la Guerra Civil y por qué.

Nada menos que la revista *Time*, en la larga y excepcional recensión que dedicó a mi libro de 1989 *Agonía y victoria*, compartía esa absurda extrañeza; se asombraba de que cincuenta años después de la victoria de Franco un historiador, en este caso yo, pudiera hablar de victoria de Franco y explicar con una documentación abundantísima cómo y por qué había sucedido esa victoria. Medio siglo de tenaz propaganda y de falsa identificación de la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial habían conducido a semejante absurdo.

En el libro anterior buscábamos documentación fidedigna procedente de la propia zona nacional y de testigos autorizados que militaron en ella. El mismo método seguiremos aquí; con la ventaja de que contamos con dos testigos de tanta fiabilidad y categoría como el propio presidente Manuel Azaña, que acabada la guerra publicó en la prensa de Argentina consumados diagnósticos sobre la derrota; Azaña no eludía llamar derrota a la derrota propia y victoria a la victoria enemiga. Otros testigos de primordial importancia y credibilidad son el periodista y analista internacional Burnett Bolloten y el jefe del Estado Mayor de la República, general Vicente Rojo.

Sabemos desde que presentamos la marcha del Ejército de África sobre Madrid que al caer Talavera el 3 de septiembre de 1936 cayó también el primer jefe del Gobierno de la República en guerra, el doctor José Giral, sustituido por el líder indiscutible del Frente Popular, Francisco Largo Caballero. Este jefe del sector izquierdista y revolucionario del PSOE formó un Gobierno de Frente Popular en el que por primera vez ingresaron dos ministros comunistas; y un mes más tarde, el 4 de noviembre, ante el peligro que se cernía sobre Madrid, amplió ese Gobierno con cuatro ministros anarquistas, que con este gesto, tan contrario a sus tradiciones, se incorporaban al Frente Popular del que hasta entonces eran sólo aliados.

Largo Caballero en el poder

Mientras la zona nacional marchaba —de la forma que hemos descrito— ineluctablemente hacia la unidad política complementaria de la ya lograda unidad militar, la zona republicana, bajo la enérgica dirección del nuevo jefe del Gobierno, Francisco Largo Caballero, hacía importantes progresos hacia el restablecimiento de la autoridad gubernamental por encima del caos sindical miliciano y regional en el primer invierno de guerra, pero incubaba a la vez una gravísima crisis política de divergencias y desuniones que se manifestaría, ya entrado 1937, en tres sectores: la lunática persecución ordenada por el propio Stalin contra los militantes del POUM como presuntos trotskistas; el acoso de los comunistas y del resto del Frente Popular a los anarcosindicalistas, que se resistían por ello más a perder su indómita independencia; y el implacable ascenso de los comunistas en el interior del Ejército Popular y del Estado. Resumiremos estos tres procesos de la mano del primer analista mundial sobre la evolución de la zona republicana, el investigador Burnett Bolloten, de cuya obra *La revolución española* hemos afirmado en otra ocasión que estuvo virtualmente congelada por su editor, Juan Grijalbo, quien en carta publicada en *Época* confirma mi aserto, al decir que el libro «no és fácil encontrarlo en librerías», pese a que se trataba, en el cincuentenario de la Guerra Civil española, de la obra que, junto con los estudios militares del general Salas y el coronel Martínez Bande, es la más importante publicada en todo el mundo sobre la Guerra Civil española. No basta con editar un libro así: hay que promocionarlo y venderlo fuera del arca en que ni tan buen paño se vende. Así lo hizo en 1989 Alianza Editorial con éxito notorio.

Como afirma Bolloten, la fuerza de los comunistas en el Gobierno de Largo Caballero consistía en que los socialistas moderados y los republicanos se unían a ellos en los problemas principales, con lo que a fines de

1936 se notaba ya un cierto aislamiento de Caballero en el Gobierno y en su propio partido. Largo Caballero asumió también desde el principio la tesis comunista de que era necesario mostrar moderación y un aspecto no claramente revolucionario para no alarmar a las democracias occidentales; ésa era también la opinión y el consejo de la URSS staliniana. Por eso se celebraron, aunque sólo fuera casi simbólicamente, reuniones de Cortes en Madrid (1 de octubre) y en Valencia (1 de diciembre de 1936). Es importantísima a este respecto la carta que Stalin, Mólotov y Vorochílov dirigen a Caballero el 28 de diciembre de 1936, en la que exponen los principios de la aparente estrategia soviética para España. Publicamos esta carta como documento aparte.

Largo Caballero, con su genio adusto y autoritario, luchó a fondo para conseguir imponer la autoridad del Gobierno en el Ejército, y por eso creó el Ejército Popular sobre las ruinas del viejo Ejército y el caos miliciano; y en la Administración, donde

trató por todos los medios de recuperar para el Gobieno los resortes del doble poder que habían asumido los partidos y sobre todo los sindicatos. La orden del 9 de enero de 1937 en este sentido marca, como dice Ramón Salas, «el comienzo de la lucha de Caballero con el PCE», porque el PCE favorecía, sí, el control central del Ejército y la Admistración; pero para sí mismo, no para el jefe del Gobierno, con el que se hallaba desde el mes de diciembre de 1936 en una auténtica confrontación de poder. Ciertamente que los decretos y órdenes de Caballero expresaban más bien sus buenos deseos y su orientación político-administrativa que su capacidad, nunca plena, de ejecución; para lograr esta ejecución Caballero trató de reformar el instrumento necesario, las fuerzas de policía y seguridad.

Los servicios secretos soviéticos en España

El 31 de agosto de 1936 el Gobierno Giral había cambiado la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana, que incrementó mucho sus efectivos, lo mismo que la Guardia de Seguridad y Asalto, durante el verano de 1936. Todavía más espectacular fue el crecimiento del Cuerpo de Carabineros, que dependía del Ministerio de Hacienda, bajo el mando de Juan Negrín, y constituían un auténtico ejército privado de Negrín en frase de R. Salas, que desde unos 15.000 en toda España al comenzar la guerra llegaron a 47.000 en abril de 1937.

En el campo de la justicia los tribunales espontáneos fueron cambiándose poco a poco en tribunales populares, constituidos por tres jueces de Derecho y catorce del Frente Popular con representantes de los partidos. Los comunistas trataron de infiltrarse en la policía reorganizada, donde por ejemplo el teniente coronel Burillo, comunista, fue jefe de Policía en Madrid. La Escuela de Policía, que formaba los cuadros de la nueva policía secreta, actuó, en frase de Bolloten, como «un simple brazo de la policía secreta soviética» que, según el testimonio de Walter Krivitski, jefe de la inteligencia soviética en Europa Occidental, estableció en España una sección de la OGPU bajo el control de Alexander Orlov, cuyo nombramiento, según declaración propia, tuvo lugar el 26 de agosto de 1936.

«A los pocos meses del nombramiento de Orlov por el Politburó —dice Bolloten, que reivindica el testimonio de Krivitski, sistemáticamente minusvalorado por los autores procomunistas— para dirigir la NKVD en España, la policía secreta soviética, que operaba en íntima asociación con los comunistas españoles y extranjeros, con los criptocomunistas en filas socialistas y con los republicanos, y con la policía secreta española controlada por los comunistas, se convirtió en la fuerza decisiva para determinar el curso de los acontecimientos en el campo antifranquista».

La NKVD —todavía llamada con su nombre anterior hasta 1934, OGPU— «tenía —según Krivitski—, sus propias prisiones. Sus unidades llevaban a cabo asesinatos y secuestros. Llenaban mazmorras escondidas y ejecutaban expediciones rápidas. Funcionaba, por supuesto, independientemente del Gobierno leal. El Ministerio de Justicia carecía de autoridad ante la OGPU, que era un imperio dentro un imperio. Era un poder ante el que altos mandatarios en el Gobierno de Largo Caballero temblaban. La URSS parecía mantener sus garras sobre la España leal, como si fuese una posesión soviética».

Una «democracia de nuevo tipo»

Los persistentes defensores de la República olvidan de forma sistemática que ese régimen, entre 1931 y 1936, no fue una democracia porque no cumplió las condiciones esenciales de la democracia; pero durante la fase de Guerra Civil llamar democracia a la República es un burdo sarcasmo. Guiando a los socialistas y los republicanos contra el poder de los comités, los comunistas intentaron modificar el sistema de socializaciones por el de nacionalizaciones, lo que incrementaba el poder del Estado.

Este proceso fue ya iniciado por el Gobierno Giral en sus decretos de 14 y 20 de agosto y de 1 de septiembre, que tendían a la formación de un Consejo General de Electricidad para poner bajo control estatal las empresas eléctricas. La CNT opuso una resistencia feroz a este movimiento, pero tuvo que ceder muchas veces por falta de financiación y por su incapacidad para ejercer con mínima garantía de eficacia el control empresarial.

El objetivo comunista al defender abiertamente la democracia no era la democracia parlamentaria, sino lo que ellos llamaban democracia parlamentaria de nuevo tipo. Terminada la Guerra Mundial, lo explicaron mejor; ese nuevo tipo era el de las democracias populares, ridícula y trágica redundancia que describía y encubría a los satélites en órbita soviética. Federica Montseny, ministra anarcosindicalista, confiesa que los soviéticos les aconsejaban en la Guerra Civil el establecimiento de una democracia controlada, es decir, una dictadura, que es lo que llegó a ser la España republicana bajo el Gobierno autoritario del doctor Negrín. Pero tampoco Largo Caballero se mostraba muy adicto a la democracia. En la citada carta de 28 de diciembre Stalin le decía: «Es posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España que lo que fue en Rusia». Y el 6 de enero de 1937 Caballero contestaba: «Cualquiera que sea la suerte que el porvenir preserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas».

Los comunistas pasaron de su proclamación de la República burguesa a la República democrática de nuevo tipo, y en esta transmutación ve Burnett Bolloten lo que ha llamado en el título de la primera versión de su libro, con resonancia mundial, *El gran camuflaje.* Todo este admirable capítulo 17 de su gran obra es una prueba documentadísima de los verdaderos propósitos de comunistas y soviéticos en la organización política de la zona republicana, que se advirtió sobre todo en la agricultura, donde los comunistas regían el correspondiente ministerio.

En agricultura, los comunistas se opusieron a la colectivización y defendieron, desde muy pronto, la pequeña y mediana propiedad, lo que fue criticado por los anarquistas que les acusaban de pretender crear «una organización de kulaks». En

vista del abandono de muchas explotaciones colectivas por la dureza de la política comunista contra ellas, la cosecha de 1937 cayó en peligro de abandono y entonces los comunistas cambiaron de política y favorecieron la ayuda a los colectivos agrícolas, con lo que salvaron la cosecha. Pero inmediatamente después los comunistas, como sabemos, disolvieron militarmente la organización anarquista del Consejo de Aragón, brutalmente liquidada por la 11 División de Enrique Líster.

Los comunistas deciden la eliminación de Largo Caballero

Sobre la penetración comunista en el Ejército Popular, en el Comisariado y en la Junta de Defensa de Madrid, ya aduciremos en este mismo libro el fundamental testimonio de Indalecio Prieto comunicado a su partido en 1939, al acabar la Guerra Civil; esta penetración se advirtió claramente durante los graves sucesos políticos y militares de 1937 y 1938 en torno a Barcelona y a Teruel.

En la polémica entre varios autores que afirman la influencia determinante de los asesores soviéticos en zona republicana y el general Vicente Rojo que la minimiza, Burnett Bolloten se inclina decididamente por los primeros. Bolloten describe también con documentación abrumadora el intento continuado del embajador soviético Rosenberg de imponer su voluntad y sus directrices a Largo Caballero, a lo que éste se resistía cada vez más hasta que se produjo el rompimiento violento, cuando ya Caballero estaba irremisiblemente condenado por los comunistas a la liquidación política. También se produjo una tensión que Indalecio Prieto caracteriza como «increíble» entre Caballero y sus ministros comunistas, que fueron piezas clave en la preparación de su derrocamiento de mayo 1937.

Acosado por los comunistas españoles y soviéticos, Caballero se volvió en busca de apoyo hacia los anarcosindicalistas, que también eran objeto de recelos y persecuciones semejantes. Pese a que Caballero era el gran promotor de la militarización de las milicias, frenó el proceso de militarización de las milicias anarcosindicalistas, por lo que éstas conservaron plenamente el control de muchas de sus unidades incluso convertidas en brigadas mixtas.

Los generales Martínez Cabrera y Asensio, jefe de Estado Mayor del ministro (Caballero desempeñaba también la cartera de Guerra) y subsecretario, respectivamente, mantenían su lealtad a Caballero y no cedían a las presiones comunistas que habían logrado la incorporación formal o virtual al partido de numerosos jefes militares de la zona, con Miaja y Rojo a la cabeza.

Al llegar el mes de febrero de 1937, la tensión entre Caballero y los comunistas, alentados por los soviéticos, se había vuelto insostenible y los comunistas se apoyaban en dos socialistas compañeros de partido del jefe del Gobierno, el ministro de Hacienda Juan Negrín y el de Marina y Aire Indalecio Prieto, para montar una operación de gran estilo que terminaría, en mayo, con la defenestración definitiva de Francisco Largo Caballero.

Luego repetirían contra Prieto la misma maniobra apoyándose en Juan Negrín.

El general Salas, en el primer tomo de su gran *Historia del Ejército Popular de la República*, coincide básicamente con Bolloten en detectar el proceso de afirmación

gubernamental y de minado político que protagonizó activa y pasivamente Caballero. «Largo Caballero —dice— se iba haciendo cada vez más poderoso y encauzaba la revolución en una dirección perfectamente acorde con su personalidad, ideología y psicología. El nuevo orden no era una vuelta al antiguo Estado republicano, pero tampoco era el caos. En la base de las reformas estaba el acuerdo entre las dos grandes centrales sindicales, logrado un poco al margen de los partidos políticos y con gran alarma de éstos. El Partido Socialista, manejado por Prieto y sus amigos; el Partido Comunista e incluso los republicanos se vieron en peligro ante la acción de Largo Caballero y reaccionaron en forma solapada contra él».

Salas interpreta la citada orden del 9 de enero sobre asunción por el Gobierno de los mecanismos de poder ocupados por los partidos como una declaración de guerra sobre todo a los comunistas. «Toda la dinámica política —sigue Salas— se centraba en esta lucha entre el Gobierno central y su inevitable tendencia a configurar un Estado monopolizador del poder y una serie de fuerzas políticas, sociales y locales, todas ellas poderosas pero que actuaban en direcciones divergentes».

Continúan las aportaciones exteriores

«En toda esta crisis política —dice el general Salas—estaba presente el problema internacional». Durante el invierno de 1936/37 continuaron los envíos en masa de voluntarios extranjeros y material a las dos zonas, y se produjo, en diciembre, la respuesta italiana a la llegada, dos meses antes, de las brigadas internacionales denominadas por el historiador americano Cattell, como sabemos, «una fuerza soviética en España».

Durante este invierno se produjeron también, por iniciativa occidental y sobre todo británica, intentos de mediación y propuestas para el establecimiento del control que reforzase los acuerdos de no intervención. El 4 de diciembre el embajador de Gran Bretaña en Madrid proponía el control al Ministerio de Estado, que lo aceptó en principio no sin exponer graves objeciones: «En España no hay dos beligerantes cuya personalidad permita dirigirse a ambos en los mismos términos». La actitud de Franco fue todavía más reticente. Por su parte, el ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, y el embajador en Londres, Azcárate, sugieren a Francia e Inglaterra importantes ventajas en cuanto al derecho de paso de tropas por España y uso de las Baleares como base naval, además de ofrecer a Francia la cesión del Marruecos español. (R. Salas, *Historia.…*, I, p. 709).

Justo cuando se disponían a acusar a Franco de hipotecar el territorio español en favor de Alemania e Italia. Más veladamente, el embajador en París, Luis Araquistain, envió a León Blum propuestas muy tentadoras para Inglaterra y Francia, como precio de una colaboración para «evitar la injerencia de las potencias fascistas en España».

A principios de enero de 1937, el presidente de los Estados Unidos, F. D. Roosevelt, firma por fin la Ley del Embargo que prohíbe el envío de material militar norteamericano a los beligerantes españoles. Ésta fue una gran victoria diplomática de Franco porque no se interrumpieron los envíos de petróleo a la zona nacional, mientras que cesaron definitivamente las exportaciones de material militar con destino a la zona republicana. La presión de los católicos norteamericanos, informados por los obispos españoles sobre la guerra civil y su verdadero sentido, fue decisiva para lograr esta victoria, a la que contribuyó la enorme impresión que hizo en los Estados Unidos la gesta del Alcázar de Toledo.

La verdadera zona republicana

La limitación de espacio no nos permite detallar en este momento la vida en la España republicana, con el acusado contraste de la alegre retaguardia valenciana y la dramática tensión en que se debatía la vida en un Madrid semicercado, mientras Cataluña se desentendía cada vez más de una Guerra Civil que consideraba lejana y ajena. Al comenzar el año 1937 las instrucciones de Stalin a los comunistas españoles provocaban una ofensiva, primero sorda y luego abierta, contra el POUM acusado de trotskista en pleno apogeo de las purgas soviéticas contra los disidentes de la ortodoxia staliniana, cuyo eco llegaba, desoladoramente, hasta las trincheras de las brigadas internacionales en la pugna en torno a Madrid.

«La partida del trotskismo fascista —tronaba el órgano comunista *Frente Rojo*, desde Valencia, el 6 de febrero— debe ser disuelta y juzgada como fascista», actitud que los servicios secretos de Franco en Cataluña aprovecharon para echar más leña al fuego en la confrontación. Manuel Tarín Iglesias, en *Los años rojos*, ha descrito de forma estremecedora la actuación de una sección de la Quinta Columna en Barcelona compuesta por muchachos que en muchos casos no habían cumplido los diecisiete años; después de las matanzas de noviembre de 1936, la Quinta Columna originaria, la de Madrid, levantaba cabeza en la capital y comenzaba el montaje de sus redes de información y evacuación, que funcionaron de manera asombrosa, y en las que participó de forma destacada un oficial llamado después a altos destinos: Manuel Gutiérrez Mellado.

Las noticias de los frentes, tan variadas en ese primer invierno, condicionaban directamente la trayectoria política en las retaguardias. Pero, pese a los esfuerzos de Caballero, la vida en la zona republicana durante el primer invierno de guerra podría describirse bien todavía por los duros trazos del presidente Manuel Azaña, mientras que el hambre y la penuria atenazaban cada vez más a la población.

El coronel Gárate Córdoba ha estudiado también exhaustivamente la formación de la oficialidad nueva en el Ejército Popular. Nacieron primero en éste los oficiales de Milicias, que se formaron a veces en academias anteriores a las de los alféreces provisionales en la zona nacional, de las que después surgieron las Escuelas Populares de Guerra bajo control militar. «Los diez mil oficiales de las Milicias Populares, de academia o de dedo fueron, hasta el final de la guerra —dice Gárate— más de la cuarta parte de los 38.473 del total y casi tantos como los 13.339 tenientes en campaña formados en las Escuelas Populares» (J. M. Gárate, *Tenientes en Campaña*, San Martín, Madrid, 1976, p. 12). Pero existía otra diferencia fundamental en la zona republicana respecto de la nacional, donde la militarización fue mucho más temprana y profunda: el hecho de que «la personalidad de unos y otros estuvo siempre eclipsada por los comisarios políticos» (Ibid.).

En una y otra zona, pues, con criterios diferentes para el reclutamiento y la enseñanza, la juventud militante se incorporaba a las escuelas de guerra y nutría las filas de los dos ejércitos más numerosos de que había dispuesto España en toda su historia. Más de dos millones de españoles sobre las armas, encuadrados por dos conjuntos de jefes profesionales y oficiales populares, tanto en una zona como en otra, y politizados muy intensamente en cuanto a ideales y objetivos. Ésta es la versión militar y popular a la vez de nuestra tragedia de los años treinta.

La correspondencia
Stalin-Largo Caballero

Para ilustrar el carácter «democrático» de la República en guerra, me parece valiosísima y definitiva la correspondencia entre Stalin y Largo Caballero a fines de 1936 y principios de 1937. Salvador de Madariaga ha difundido con resonancia mundial este cruce de cartas en las últimas ediciones de su libro *España* y creo fundamental reproducirlo en este momento. Hemos aludido ya a estas cartas pero nos parece ineludible transcribirlas de forma íntegra.

Al camarada Caballero:

Nuestro representante plenipotenciario, camarada Rosenberg, nos ha transmitido la expresión de sus fraternos sentimientos. También nos ha comunicado que usted se siente inalterablemente alentado por la seguridad en la victoria. Permítanos darle nuestras gracias fraternales por los sentimientos manifestados y significarle que somos partícipes de su confianza en la victoria del pueblo español.

Hemos juzgado y seguimos juzgando que es nuestro deber, en los límites de nuestras posibilidades, el acudir en ayuda del Gobierno español, que encabeza la lucha de todos los trabajadores, de toda la democracia española, contra la camarilla militar fascista, subsidiaria de las fuerzas fascistas internacionales.

La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia. Lo determina así la diferencia de premisas de orden social, histórico y geográfico, las exigencias de la situación internacional, distintas de las que tuvo ante sí la revolución rusa. Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia.

Con todo, creemos que nuestra experiencia, sobre todo la experiencia de nuestra Guerra Civil, debidamente aplicada a las condiciones particulares de la lucha revolucionaria española, puede tener determinado valor para España. Partiendo de ello y en vista de sus insistentes ruegos, que a su debido tiempo nos ha transmitido el camarada Rosenberg, accedimos a poner a su disposición una serie de especialistas militares, a quienes dimos instrucciones de aconsejar en el terreno militar a aquellos oficiales españoles en ayuda de los cuales debían ser destinados por usted.

Se les advirtió de modo terminante que no perdieran de vista que, con toda la conciencia de solidaridad de que hoy están penetrados el pueblo español y los pueblos de la URSS, el especialista soviético, por ser extranjero en España, no puede ser realmente útil sino a condición de atenerse rigurosamente a la función de consejero y sólo de consejero.

Creemos que precisamente así utiliza usted a nuestros camaradas militares.

Le rogamos que nos comunique en pie de amistad en qué medida nuestros camaradas militares saben cumplir la misión que usted les confía, ya que, naturalmente, sólo si usted juzga positivo su trabajo puede ser oportuno que sigan en España.

También le rogamos que nos comunique directamente y sin ambages su opinión acerca del camarada Rosenberg: si satisface al Gobierno español o conviene sustituirle por otro representante.

Cuatro consejos amistosos que sometemos a su discreción:

Convendría dedicar atención a los campesinos, que tienen gran peso en un país agrario como es España. Sería de desear la promulgación de decretos de carácter agrario y fiscal que satisficieran los intereses de los campesinos. También convendría atraer a éstos al Ejército y formar en la retaguardia de los ejércitos fascistas grupos de guerrilleros integrados por campesinos. Los decretos en favor de éstos podrían facilitar esta cuestión.

Convendría atraer al lado del Gobierno a la burguesía urbana pequeña y media, o, en todo caso, darle la posibilidad de que adopte una actitud de neutralidad favorable al Gobierno, protegiéndola de los intentos de confiscaciones y asegurando en lo posible la libertad de comercio. En caso contrario, estos sectores seguirán a los fascistas.

No hay que rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino, contrariamente, hay que atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común del Gobierno. Es en particular necesario asegurar el apoyo al Gobierno por parte de Azaña y su grupo, haciendo todo lo posible para ayudarles a cancelar sus vacilaciones. Esto es también necesario para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana.

Se podría encontrar la ocasión para declarar en la prensa que el Gobierno de España no tolerará que nadie atente contra la propiedad y los legítimos intereses de los extranjeros en España, de los ciudadanos de los países que no apoyan a los facciosos.

Un saludo fraternal.

Stalin, Mólotov y Vorochílov.

28 de diciembre de 1936, N 7.812.

La respuesta de Largo Caballero no se hizo esperar y dejó a Stalin, el mayor criminal de la Historia, como un demócrata consumado:

Camaradas Stalin, Mólotov y Vorochílov.

Mis queridos camaradas.

La carta que han tenido a bien mandarme por intermedio del camarada

Rosenberg me ha proporcionado una gran alegría. Sus saludos fraternales y su ferviente fe en la victoria del pueblo español me han producido una profunda satisfacción. A su cordial salutación y a su ardiente fe en nuestro triunfo, les contesto, a mi vez, con mis mejores sentimientos.

La ayuda que prestan ustedes al pueblo español y que se han impuesto ustedes mismos, al considerarla como un deber, nos ha sido y continúa siendo de gran beneficio. Estén ustedes seguros que la estimamos en su justo valor.

Del fondo del corazón, y en nombre de España y muy especialmente en nombre de los trabajadores, se lo agradecemos; esperamos que en lo subsiguiente, como hasta ahora, su ayuda y sus consejos no nos han de faltar.

Tienen ustedes razón al señalar que existen diferencias sensibles entre el desarrollo que siguió la revolución rusa y el que sigue la nuestra. En efecto, como ustedes mismos lo señalan, las circunstancias son diferentes: las condiciones históricas de cada pueblo, el medio geográfico, el estado económico, la evolución social, el desarrollo cultural y, sobre todo, la madurez política y sindical dentro de la cual se han producido las dos revoluciones, es diferente. Pero, contestando a su alusión, conviene señalar que, cualquiera que sea la suerte que el porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas.

Los camaradas que, pedidos por nosotros, han venido a ayudamos nos prestan un gran servicio. Su gran experiencia nos es muy útil y contribuye de una manera eficaz a la defensa de España en su lucha contra el fascismo. Puedo asegurarles que desempeñan sus cargos con verdadero entusiasmo y con una valentía extraordinaria.

En cuanto al camarada Rosenberg, puedo decirles con franqueza que estamos satisfechos de su conducta y actividad entre nosotros. Aquí todos lo quieren. Trabaja mucho, con exceso, y perjudica su débil salud. Les estoy muy agradecido por los consejos de amigo que contiene el final de su carta. Los estimo como una prueba de su cordial amistad y de su interés por el mejor éxito de nuestra lucha.

En efecto, el problema agrario en España es de una importancia excepcional. Desde el primer momento nuestro Gobierno se preocupó de proteger a los agricultores, mejorando enormemente las condiciones de su existencia. En este sentido hemos publicado importantes decretos. Pero, desgraciadamente, no se pudo evitar, sobre todo al principio, que se cometieran en el campo ciertos excesos, pero tenemos una gran esperanza de que no se repetirán.

Otro tanto puedo decirles de la pequeña burguesía. La hemos respetado y constantemente proclamado su derecho a vivir y a desarrollarse. Tratamos de atraerla hacia nosotros defendiéndola contra las posibles agresiones que pudo sufrir al principio.

Absolutamente de acuerdo con lo que ustedes dicen en relación con las fuerzas políticas republicanas. Hemos procurado, en todos los momentos, asociarlas a la obra del Gobierno y ala lucha.

Participan ampliamente en todos los organismos políticos y administrativos, tanto en los locales como en los provinciales y los nacionales. Lo que ocurre es que ellas mismas no hacen nada para recalcar su propia personalidad política.

En cuanto a los intereses y propiedades de los extranjeros, ciudadanos de los países que no ayudan a los rebeldes, instalados en España, han sido respetados y puestos bajo el amparo del Gobierno.

Así lo hemos hecho saber en muchas ocasiones. Y así lo hacemos. Y con toda seguridad aprovecharé la primera ocasión para repetirlo una vez más por el mundo.

Saludos fraternales.

Francisco Largo Caballero.

Crecen las disensiones internas

Las disensiones crecientes de la zona republicana provocaron en ella nada menos que dos guerras civiles, breves pero suficientes para destrozarla. La primera, en los «sucesos de mayo» que ocurrieron en la Barcelona de 1937 y aceleraron la ya inevitable caída de Largo Caballero; la segunda, el pronunciamiento de Madrid y Cartagena el 4-5 de marzo de 1939, al que respondió la sublevación comunista contra la Junta del coronel Casado y el socialista Besteiro, que marcó ya el final ineluctable de la Guerra Civil.

El 3 de mayo de 1937, a las dos semanas de la unificación política forzada por Franco en la zona nacional, estallaba una insensata guerra civil en Barcelona que, terminada con la completa victoria de los comunistas, aceleró un proceso político-militar promovido por los comunistas: la defenestración de Francisco Largo Caballero, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, y su sustitución por un socialista considerado como hombre de Moscú: el doctor Juan Negrín.

Para estudiar este importante capítulo republicano de la Guerra Civil española contamos —otra vez— con la magistral investigación de Bumett Bolloten en *The Spanish revolution,* con los importantísimos testimonios personales de Manuel Azaña en el tomo IV de sus *Memorias,* con las primeras entradas de su *Cuaderno de La Pobleta*, con las sencillas y muy convincentes memorias epistolares de Largo Caballero, *Mis recuerdos*-, con un estudio particularmente riguroso y atinado del general R. Salas en su citada *Historia del Ejército Popular,* al final del tomo 1; con el sugestivo *Homenaje a Cataluña* de George Orwell, testigo de los sucesos de mayo; y con la notable síntesis de Félix Llaugé, *El terror staliniano. La España republicana*, que engloba importantes testimonios como el de Manuel Cruells.

Largo Caballero, sentenciado por el PCE

Sabemos que el disentimiento entre Largo Caballero y los comunistas se venía ahondando durante el invierno de 1936-37, a medida que los comunistas comprobaban que Caballero no estaba dispuesto a convertirse en marioneta suya. La caída de Málaga el 8 de febrero de 1937 es la señal para la ofensiva comunista contra Largo Caballero, atacado a través de sus principales colaboradores militares —los generales Asensio, subsecretario de Guerra, y Martínez Cabrera, jefe de Estado Mayor del Ministerio—, que, al contrario de otros militares como Miaja y Rojo, habían preferido mantener su independencia política frente a los comunistas.

El comportamiento militar y político de los comunistas en Málaga había sido caótico como el del resto de los partidos y milicias; pero el aparato comunista de propaganda y de influencias, siempre basado en el chantaje de la ayuda soviética, se puso en marcha para desacreditar a Caballero y su equipo militar por el sensible fracaso. Los soviéticos y los comunistas criticaban sistemáticamente la forma de conducir la guerra por parte de Caballero, que no toleraba que le despertasen por cualquier urgencia cuando se había retirado a descansar, por ejemplo; y su resistencia a urgir la movilización y militarización total, lo cual no dejaba de ser una notoria injusticia, ya que Caballero había sido el auténtico creador del Ejército Popular desde que asumió la cartera de Guerra al comenzar septiembre de 1936; y el 21 de febrero de 1937 un nuevo decreto trata de vigorizar la movilización y la militarización, pese a las resistencias de la CNT que se obstinaba en mantener el carácter partidista de sus unidades.

«La ofensiva (comunista) contra el general Asensio —recuerda Largo Caballero — no tenía nombre». Le acusaban no sólo de «organizador de derrotas» sino de traidor, sin pruebas. Hasta que el embajador soviético Rosenberg, que despachaba casi a diario coactivamente con Caballero, exigió el cese del general Asensio y el presidente del Consejo le expulsó de su despacho por intromisión. El socialista Ginés Ganga ha dejado un vivido relato de esta escena, cuya noticia corrió como la pólvora por toda la zona.

Los soviéticos, despechados por este gesto de independencia, retuvieron todavía la ofensiva personal contra Caballero mientras persistía la esperanza de que el viejo líder socialista podría servirles como palanca para conseguir el objetivo básico de la estrategia soviética en España desde el Vil Congreso de la Comintern en 1935: crear con el PCE y el PSOE fusionados el partido único del proletariado, como se había logrado con las Juventudes Socialistas gracias a la traición de Santiago Carrillo contra el propio Caballero.

«El plan de los rusos —es el testimonio decisivo de Luis Araquistáin, que hasta entonces les apoyaba apasionadamente sostenido durante toda la guerra— era fundir los dos partidos. El nuevo partido se llamaría, como se había hecho en Cataluña, Partido Socialista Unificado; pero en realidad sería un partido comunista controlado y dirigido por la Internacional Comunista y las autoridades soviéticas. El nombre engañaría a los trabajadores españoles y se esperaba que no alarmaría a las potencias occidentales. Stalin quería fervientemente que Largo Caballero desde el poder, y por su enorme autoridad en el Partido Socialista, impusiera la absorción de éste por el Partido Comunista» *(El comunismo…,* cit. por Bolloten).

Paradójicamente, los moderados del PSOE, y Prieto a la cabeza de ellos, favorecían la unión PCE-PSOE para congraciarse con los soviéticos; mientras Caballero, el Lenin español, se oponía férreamente a la fusión por razones históricas y políticas. Caballero revela que el embajador en Moscú, Pascua, fue expresamente a Valencia para pedirle de parte de Stalin la fusión de los dos partidos, Socialista y Comunista. Se encontró con una fría negativa.

Cuando los soviéticos se convencieron, a fines del primer invierno, de que Caballero no sería palanca sino obstáculo para la fusión, decidieron ya definitivamente acabar con él. Lo explicó inequívocamente Caballero, ya defenestrado, durante un discurso pronunciado en Madrid en octubre de 1937 y publicado en *UGT y la guerra* con su nombre, página 5:

«¿Por qué se ha hecho esta campaña contra mí? ¿Sabéis por qué? Porque Largo Caballero no ha querido ser agente de ciertos elementos que estaban en nuestro país y porque ha defendido la soberanía en el orden militar, en el orden político y en el orden social. Y cuando esos elementos comprendieron, bien tarde por cierto, que Largo Caballero no podía ser un agente de ellos, entonces, con una nueva consigna, se emprendió la campaña contra mí. Yo afirmo aquí que hasta poco antes de iniciarse la campaña se me ofrecía cuanto hay que ofrecer a un hombre que puede tener ambiciones y vanidades. Yo podría ser el jefe del Partido Socialista Unificado; yo podría ser el hombre político de España; no me faltarían apoyos de todos los elementos que me hablaban. Pero había de ser a condición de que yo hiciera la política que ellos quisieran. Y yo dije: de ninguna manera». En sus memorias Caballero es todavía más duro y explícito; pero este testimonio tiene el valor de haber sido pronunciado en plena Guerra Civil.

El 16 de febrero de 1937 el órgano comunista *Mundo Obrero* insulta abiertamente al general Asensio. Los ministros comunistas piden oficialmente su cese, apoyados por el criptocomunista Álvarez del Vayo; Caballero se vio forzado a acordar el cese de Asensio en la *Gaceta de la República* del 21 de febrero, aunque trató de conservarle a sus órdenes directas como asesor. Pero Caballero se vengó; destituyó al comunista Cordón de la Secretaría Técnica de Guerra, a su ayudante comunista teniente coronel Arredondo y al capitán Díaz Tendero, jefe de los poderosos Servicios de Información Personal. Nombró además seis inspectores de la izquierda socialista

para el control de mandos y comisarios. Díaz Tendero atacó a Caballero duramente en *Nosotros*, órgano de la columna libertaria de Hierro, al que Caballero suspendió. El órgano de Izquierda Republicana, *Política*, criticó duramente al jefe del Gobierno; estaba claro, al final del primer invierno de guerra, que republicanos, socialistas moderados y comunistas formaban ya un frente político que buscaba la sustitución de Largo Caballero, apoyado solamente por los socialistas de izquierda, parte de la UGT y la CNT.

Pero Caballero no doblaba. Devolvía, como hemos visto en el caso de las destituciones de mandos comunistas, golpe por golpe; y reaccionaba con un manifiesto publicado en *Claridad* el 27 de febrero de 1937 donde denunciaba a «las serpientes de la traición, de la deslealtad y del espionaje». Justo cuando agonizaba en el frente de Madrid la batalla del Jarama.

A primeros de marzo, según el testimonio del entonces ministro comunista Jesús Hernández (sistemáticamente menospreciado después por algunos historiadores procomunistas), se reunía en Valencia el Buró Político del PCE con la plana mayor de los delegados de la URSS y la Comintern en España: Stepanov, Codovila-Medina, Togliatti, Marty, el segundo de Orlov en la NKVD, y el encargado de Negocios soviético Gaikiss, «más extranjeros que españoles» como comenta Hernández. Togliatti, que actúa desde 1936 como delegado principal de la política soviética para la España republicana en guerra (aunque biografías ficticias trataron después de negar su presencia en esta reunión), presenta como objetivo primordial a corto plazo la eliminación de Largo Caballero. Dos asistentes españoles se oponen: José Díaz y Jesús Hernández; éste intercambia con Marty expresiones como majadero y mierda. Pero los demás comunistas españoles, guiados por *La Pasionaria*, apoyan a los extranjeros y entonces Togliatti propone a Juan Negrín como sustituto de Caballero. Y por disciplina de partido los reunidos encargan a Hernández, ministro de Caballero, que desencadene públicamente el ataque contra su jefe de Gobierno.

Así lo hace en la reunión del pleno del PCE celebrada el 7 de marzo, a la que asiste Burnett Bolloten, el providencial testigo directo y primer historiador de la zona republicana, como corresponsal. El 13 de marzo los dos ministros comunistas fuerzan a Caballero para que destituya, en plena batalla de Guadalajara, al jefe de Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, general Martínez Cabrera, sustituido por el teniente coronel Vicente Rojo, jefe de Estado Mayor del general Miaja. (Cabrera era otro de los jefes militares que habían rechazado la aproximación al PCE). Las exigencias de la batalla (y, sin duda, los gritos de Miaja, conociéndole) impidieron que el nombramiento se consumase y Rojo siguió en el frente de Madrid, pero Cabrera no volvió a su puesto, ocupado provisionalmente por el coronel Álvarez Coque. Tras la caída de Caballero, el teniente coronel Rojo, que como el general Miaja sí que había aceptado la aproximación a los comunistas, fue nombrado jefe del Estado Mayor Central.

Seguía la ofensiva comunista, apoyada en el chantaje de los suministros

soviéticos. Los ministros comunistas Uribe y Del Vayo fueron designados representantes del Gobierno en el Consejo Superior de Guerra, organismo relativamente inoperante. Los comunistas logran de momento la adhesión del socialista Carlos de Baráibar, nombrado subsecretario de Guerra en sustitución de Asensio, pero cuando Baráibar comprendió a fondo la situación rechazó el patrocinio comunista y apoyó hasta el fin a Largo Caballero.

En un artículo publicado en *Timón* de Buenos Aires en junio de 1940, y reproducido parcialmente por Bolloten, Baráibar atestigua: «Sin afán alguno de agravio para las personas que ocupaban los puestos de mayor responsabilidad, es preciso declarar que todos, absolutamente todos los resortes en que ellas se apoyaban… estaban en manos stalinistas, que con desaprensión ética administraban los servicios del Ejército y usufructuaban sus gajes, atentos sólo al desenvolvimiento del Partido Comunista, al afianzamiento de su poder, y también en algunos casos al lucro de sus personas. Por una fabulosa red de intrigas, a pesar del carácter apolítico y de la honradez de los elementos de mayor responsabilidad técnica, los comunistas acaparaban todos los mandos, y bajo su protección se hace una campaña de proselitismo tan descarada como amenazadora».

En estos días del verano de 1997 me dicen fuentes generalmente bien informadas que un distinguido historiador de izquierdas, el profesor Elorza, va a aprovechar en próxima publicación documentos de procedencia soviética donde se demuestra que la política comunista en España durante la guerra no se hacía por impulso de Stalin, sino al margen del líder soviético, que reclamaba mucha mayor moderación. No puedo juzgar sobre la veracidad de un conjunto documental hasta que pueda examinarlo y por eso no comentaré aquí la noticia, si es cierta. Pero imaginar a unos comunistas españoles de los años treinta marcando por su cuenta una línea política es un rasgo de humor negro; ya veremos.

Largo Caballero no se rendía. Se entrevistó con el presidente de la República, Manuel Azaña, que bajó para ello desde Barcelona, donde se había refugiado al aproximarse la batalla de Madrid, a Benicarló, donde empezó a tomar nota para su incomparable diálogo de guerra *La velada en Benicarló.* Allí Caballero le denunció que uno de sus ministros, Julio Álvarez del Vayo, le traicionaba al servicio de los comunistas. Azaña le autoriza a cesarle pero Caballero le mantiene. «Hay hombres con fama de enérgicos —apostilla Indalecio Prieto, quien, pese a su anticomunismo visceral, andaba entonces haciendo el juego a los comunistas contra Caballero, quizá por resentimiento de que Caballero le hubiera cerrado el paso a la jefatura del Gobierno en mayo de 1936— susceptibles de debilidades absurdas».

El 17 de abril, en su contraofensiva, Largo Caballero toma una decisión heroica que le resultaría fatal: limita los poderes del Comisariado de Guerra —controlado por lo comunistas a través de Del Vayo, comisario general—lo vincula al Ministerio de la Guerra y exige la ratificación por él mismo de todos los nombramientos de comisario que sin ese requisito quedarían anulados a fecha fija. El órgano comunista *Frente*

Rojo ataca a fondo a

Caballero por esta medida, pero *Adelante* defiende al ministro de la Guerra. El 16 de febrero Caballero había limitado al grado de comandante los ascensos máximos que podrían obtener los jefes de Milicias, con lo que cerraba a los comunistas el control de los grados superiores del Ejército.

Para derribar a Largo Caballero, los comunistas se acercan a los republicanos de izquierda y a los socialistas moderados, quienes a través de Prieto controlaban la Ejecutiva del PSOE.

Por razones políticas, Indalecio Prieto parecía muy próximo a los soviéticos, especialmente al embajador Rosenberg y al jefe de la aviación «general Douglas», y abogaba, como decíamos, por la fusión PSOE/PCE por oportunismo, y en contra de toda su ejecutoria socialdemócrata y anticomunista; y es que la enemistad política interna contra Caballero le conducía a esa situación paradójica. En la crisis de mayo de 1937, Prieto iba a ser, junto con Negrín, la palanca de los comunistas para derribar a Caballero; ya veremos cómo en la crisis de la primavera de 1938 Negnn sería la palanca de los comunistas para derrotar a Prieto. En este mes de abril de 1937 se forma un comité de enlace para la fusión PCE/PSOE; sus hombres claves eran el prietista Ramón Lamoneda por el PSOE y el secretario general del PCE José Díaz Ramos. Al oponerse cerradamente Caballero a esta fusión, como acabamos de ver, éste fue el marco de la alianza táctica Prieto-PCE para derribar a Caballero. Faltaba solamente la ocasión, que vino redonda en los gravísimos sucesos de mayo de 1937 en la ciudad de Barcelona.

Vimos cómo después del fracaso del alzamiento militar en Cataluña, en julio de 1936, el presidente de la Generalidad, Luis Companys, y su partido, Esquerra Republicana de Catalunya, se dejaron arrastrar por la marea anarcosindicalista en espera de recuperar el poder, lo que trataban de hacer a costa, sobre todo, del Gobierno central en los terrenos político y militar. Las carencias políticas y las contradicciones esenciales de la CNT/FAI la impulsaron a mantener al Gobierno de la Generalidad pero controlándolo mediante el Comité de Milicias Antifascistas, que estaba en sus manos. Marginado el Gobierno catalán, fueron los comunistas unificados del PSUC quienes, como en el resto de la zona, asumieron la defensa de los pequeños agricultores, propietarios, comerciantes e industriales, a los que trataban de encuadrar en la UGT de Cataluña, situada bajo la obediencia comunista.

Los 2.500 afiliados del PSUC cuando el partido se constituyó en 1936 se habían transformado, gracias a esta hábil política, en 50.000 hacia marzo de 1937, con Comorera como secretario general. Erno Geroe era el comunista húngaro que actuaba férreamente como delegado de la Comintem en el PSUC, bajo el seudónimo de «Pedro». Comorera y el ex socialista Rafael Vidiella pasaron al Comité Central del PCE. Con una línea política coincidente con la del PCE, el PSUC pedía insistentemente la disolución del Comité de Milicias de predominio anarcosindicalista y la concentración del poder en manos del Gobierno catalán.

El 28 de septiembre de 1936 puede considerarse terminada la fase revolucionaria de la Guerra Civil en

Cataluña, con el nombramiento de un Consejo de la Generalidad para el que Companys designó primer consejero a Josep Tarradellas, político que como acreditaría a lo largo de su vida dilatada y fecunda (inscrita de forma indeleble en la historia de España) disponía de un alto sentido político y una notabilísima capacidad de maniobra. Companys jugaba con una importante baza histórica: había sido el abogado de la CNT en los difíciles años 20, con lo que, pese a ocasionales desbordamientos, los anarquistas le respetaban. La recuperación del poder por la Generalidad frente a la CNT/FAI entre septiembre de 1936 y mayo de 1937 es una obra maestra de Companys/Tarradellas que tal vez no se haya estudiado aún suficientemente.

En ese Consejo formado a finales de septiembre la Esquerra mantenía tres carteras, entre ellas la de Seguridad Interior, desempeñada por Artemio Aiguadé, a quien Companys mantendría en todos los gabinetes hasta el siguiente mayo; coordinaba el apoyo del PSUC a la Generalidad. La CNT disponía de otras tres carteras, el PSUC de dos (una de ellas para Comorera) y los comunistas disidentes del POUM, de una, para Andrés Nin. La Unió de Rabassaires y Acció Catalana Republicana tenían cada una, una cartera.

El nombramiento de este Gobierno supuso, por la integración de la CNT/FAI en él, la disolución del Comité de Milicias Antifascistas; pero la CNT seguía manteniendo un control político decisivo al retener sus patrullas de control y su predominio en la Junta de Seguridad y en la Consejería de Defensa, regida por el aviador independiente Felipe Díaz Sandino, pero realmente controlada por el secretario general, el anarquista Juan García Oliver. Sin embargo, de la Consejería de Seguridad Interior, firmemente en manos de la Generalidad, dependían las Fuerzas de Seguridad y Asalto (unos 2.000 hombres) y la Guardia Nacional Republicana. Companys, mediante Tarradellas (que había sido antes delegado de la Generalidad en el Comité de Milicias), hace encaje de bolillos para mantener a la CNT como contrapeso del PSUC mientras recupera importantes parcelas de poder a costa del Estado.

La medida más importante de esta etapa, en cuanto a su proyección independentista, es la creación del Exército de Catalunya el 6 de diciembre de 1936, autónomo respecto al Ejército Popular y creado según unas directrices del comandante de Estado Mayor Alfredo San Juan Colomer (R. Salas). La nueva organización no aceptaba el esquema general de brigadas mixtas y se desplegaba en divisiones y regimientos. Las crisis de

1937 impedirían que cuajase este sistema militar autónomo, pero el intento estaba claro y empezó a ponerse en práctica.

En medio de toda esta trama política vivía su vida el POUM, grupo comunista disidente, marxista-leninista y anti-staliniano, de innegables orígenes parciales y

vinculaciones trotskistas (estaba afiliado de hecho a la IV Internacional Trotskista), aunque en pleno furor de las purgas de Stalin contra el trotskismo se afanaba por proclamar su completa independencia de este movimiento, lo cual era sólo una verdad a medias. Pero el 27 de agosto de 1936 el POUM protestó por la arbitraria ejecución de Zinoviev y Kaménev; y cuando la obsesión paranoica de Stalin abrió en enero de 1937 el brutal proceso de Moscú contra sus adversarios políticos etiquetados de trostskistas, el POUM defendió justamente a los acusados y se ganó por ello la mortal hostilidad de Stalin, que ordenó a sus delegados en España la eliminación urgente y violenta del POUM. En este contexto, a fines de 1936, se produjo la llegada a Barcelona de un escritor británico idealista llamado Eric Blair, aunque ha pasado a la historia con el nombre glorioso de George Orwell, quien venía recomendado por un partido afín al POUM —el ILP— y se enroló en las Milicias del POUM que le destinaron a los frentes de Alcubierre y de Huesca, donde obtuvo el grado de teniente y concibió el deseo de incorporarse, en Madrid, a las Brigadas Internacionales de obediencia comunista. No consumó el propósito; pronto aprendió en carne propia lo que era de verdad el comunismo.

La pugna entre los comunistas del PSUC y los comunistas antiestalinianos del POUM era tan intensa a mediados de diciembre de 1936 que el prudente Companys decidió prescindir del POUM y formó un Gobierno sin él. En ese Gobierno la CNT controlaba ya la cartera de Defensa, y la depredación del Estado por parte de la Generalidad avanzó un poco más mediante la creación de una anticonstitucional Secretaría de Relaciones Exteriores a fines de año. La victoria del PSUC se puso de manifiesto cuando el consejero de Seguridad Interior Artemio Aiguadé designó para la vital jefatura de los Servicios de Orden Público a un renegado de la CNT y ahora miembro del PSUC, Eusebio Rodríguez Salas. Descartado el POUM, ahora el PSUC inicia* su ofensiva contra los comités de la CNT, lo que produce inevitablemente la aproximación defensiva de la CNT y el POUM. Esto pretendían los comunistas, de acuerdo con la Generalidad; para liberarse de tan incómodos rivales de un mismo plumazo. La estrategia de mayo del 37 se empieza a dibujar claramente en diciembre del 36.

Los sucesos de mayo en Barcelona

Desde Valencia el Gobierno Largo Caballero, en el que formaban anarquistas tan conocedores de la política catalana como Juan García Oliver y la señora Montseny, miraba con suma aprensión los progresos autonomistas de la Generalidad, y la alianza estratégica general entre Caballero y los anarcosindicalistas se afianzó ante la problemática de Cataluña. Caballero extremó sus exigencias de unificación militar y muy a su pesar la Generalidad accedió, a primeros de marzo de 1937, a someterse a las pautas organizativas del Ejército Popular para su territorio y zona de influencia. Pero el 4 de marzo el Consejo de la Generalidad refunde por decreto en un solo cuerpo a los de Seguridad y Asalto y la Guardia Nacional Republicana; los mandos serían designados por la Consejería de Seguridad Interior entre jefes y oficiales de los antiguos cuerpos.

El POUM se opone cerradamente y Tarradellas congela, de momento, los nombramientos. Los proyectos del Gobierno catalán para conseguir dentro de su nueva organización, y luego dentro de la organización general del Ejército Popular, la militarización total de las milicias provocaron grandes protestas del POUM y la CNT, empeñados en mantener su organización militar de partido, que originaba, a juicio de muchos críticos y del propio Gobierno de Valencia, la inoperancia casi completa de los frentes catalanes en Aragón, que prácticamente no ayudaban en las difíciles situaciones del frente de Madrid y del frente Norte.

Al comenzar la primavera de 1937, las tensiones políticas entre la CNT y el POUM por un lado, y la Generalidad con su aliado el PSUC por otro, se hacían intolerables y presagiaban la explosión que después reventó en mayo. Ante ello, el presidente de la Generalidad, Companys, formó un nuevo Consejo de Gobierno, ahora con carácter provisional, bajo la dirección de Josep Tarradellas, que se encargaba además de las carteras de Finanzas y de Instrucción, con Aiguadé mantenido en la Consejería de Seguridad Interior (y su fiel Rodríguez Salas en Orden Público); un hombre del PSUC, dos de la CNT (entre ellos el consejero de Defensa) y uno de la Unió de Rabassaires.

Inmediatamente después, el PSUC, que actúa como fiel satélite del PCE y los soviéticos, desencadena una campaña para la «creación rápida del Ejército Popular regular en Cataluña» como «parte integrante de un único Ejército republicano», lo que chocaba con los anteriores proyectos de Ejército autónomo, a los que, por sentido común, acababa de renunciar la Generalidad, muy a regañadientes. Seguían las tensiones y el 16 de abril Companys nombraba un nuevo gobierno provisional más parecido al de diciembre, con Aiguadé en la misma Consejería de Seguridad Interior. La CNT y el POUM unen políticamente sus voces en la prensa y claman contra la contrarrevolución representada por este Gobierno, en el que la CNT,

contradictoriamente, estaba representada.

En medio de tanta balumba política fracasaban lamentablemente los ataques organizados en el frente de Aragón por fuerzas catalanas; el 7 de abril sobre Huesca, para descongestionar al frente del Centro cuando la batalla de Guadalajara había terminado ya casi dos semanas antes; y el 16 en Teruel. La aviación nacional contribuyó decisivamente a la victoria de los contraataques; en el de Huesca los viejos Heinkel-51 estrenaron de forma mortífera la táctica de las cadenas contra las trincheras enemigas, un sistema que se basaba en el pánico infalible del enemigo, pero que ante defensores dispuestos a clavarse junto a sus ametralladoras antiaéreas resultaba suicida. No se dio el caso.

Lejos de toda preocupación por la guerra, el ambiente político del Frente Popular en Barcelona se enrarecía hasta extremos que recordaban las luchas callejeras en Madrid durante la primavera trágica de 1936. Era ya una guerra civil dentro de la Guerra Civil, justo cuando Franco lograba la unificación política de su zona. El 24 de abril se produjo un atentado fallido contra el jefe de los Servicios de Orden Público, Rodríguez Salas. El PSUC y su brazo sindical, la UGT comunista de Cataluña, clamaron «guerra implacable contra los agentes provocadores al servicio del fascismo nacional e internacional».

El entierro del dirigente del PSUC Roldán y Cortada, asesinado el 25 de abril, se convirtió en un mitin imponente. El día 29 de abril murió el anarquista de Puigcerdá Antonio Martín en un choque con los guardias de asalto y guardias nacionales republicanos de Bellver. Los carabineros enviados por el ministro de Hacienda, Juan Negrín, ocupaban poco a poco los puestos fronterizos que hasta entonces eran feudo de la CNT. Rodríguez Salas ordenaba incursiones en el reducto sindicalista de Hospitalet para buscar a los asesinos de Cortada. El 29 de abril las milicias de la CNT, presas de un gran nerviosismo, ocupan las calles de Barcelona con fusiles y granadas de mano. La proximidad de la fiesta proletaria del Primero de Mayo exacerba los ánimos pero no pueden organizarse manifestaciones conjuntas. El órgano de la CNT *Solidaridad Obrera* clama el 2 de mayo: «La garantía de la revolución es el proletariado en armas». Y la Ejecutiva del POUM acaba de advertir: «No tenemos ninguna confianza en los gobernantes. Por eso velamos desde la calle».

Durante y después de los sucesos de mayo cundieron las acusaciones de provocación atribuidas a agentes fascistas, es decir, franquistas. Vamos ahora a relatar los hechos, pero antes debemos plantear una cuestión. ¿Existió de verdad una provocación externa? ¿De parte de quién?

Largo Caballero, en sus *Memorias*, afirma que los comunistas aprovecharon los sucesos de mayo para plantear la crisis, y esto es evidente. El ex jefe del Servicio Secreto Soviético Krivitski atribuye el planteamiento del choque a los servicios secretos soviéticos en España, y cita para ello a un testigo que coincidió con él aquellos días en Moscú; varios autores rechazan el testimonio de Krivitski por algunas incongruencias, pero estamos de acuerdo con Llaugé en aceptarle. En fin, es

un hecho que la rebelión de la CNT y el POUM fue desencadenada, como vamos a ver, por Rodríguez Salas, que era un hombre del PSUC y que evidentemente no actuaba sólo en un gesto de irresponsabilidad personal, sino con toda premeditación ¿Hubo además agentes exógenos? Llaugé cita a un aventurero, Alfonso Laurencie, que admitió su provocación en los sucesos ante un Consejo de Guerra posterior, pero no confesó que trabajaba para los comunistas.

Por su parte, el embajador alemán Faupel, en carta del 11 de mayo reproducida en los documentos secretos alemanes (Wilhelmstrasse, 1952, p. 227) afirma que el general Franco le reveló que su red de agentes en Barcelona había contribuido al desencadenamiento de los sucesos. Nicolás Franco amplió detalles al embajador, cuyo testimonio, mantenido en secreto, parece verídico, así como la información de Franco que dice haber comprobado los hechos. En un ambiente político enrarecido y crítico, la conjunción de las provocaciones de inspiración soviética con las de inspiración franquista resultó explosiva.

La cara externa de los sucesos de mayo ostenta todos los signos de una provocación en regla. En su admirable relato de la Barcelona en guerra, *Los años rojos* (Barcelona, Planeta, 1986), Manuel Tarín Iglesias, que pertenecía a la Quinta Columna, refiere cómo el jefe de su grupo permaneció durante todos los sucesos de mayo en la sede de las Juventudes Libertarias, seguramente dedicado a labores de provocación.

Vayamos al sucinto relato de los hechos. Sobre las tres de la tarde del día 3 de mayo de 1937 el comisario general de Orden Público, Rodríguez Salas, miembro del PSUC, con tres camiones de guardias de Asalto y por orden del consejero Aiguadé, trata de ocupar el edificio de la Telefónica que es un conocido reducto anarquista desde donde se controlaban incluso las comunicaciones de la Generalidad y del presidente de la República, cuya residencia estaba situada en el palacio del Parlamento, parque de la Ciudadela. Ocuparon la planta baja de la Telefónica y se les ofreció resistencia desde las demás. La CNT, indignada por la provocación palmaria, exigió inmediatamente la destitución de Rodríguez Salas y de Aiguadé, a lo que se negó la Generalidad; y la negativa es la que provoca las hostilidades.

Cientos de barricadas cubren las calles de Barcelona, donde la CNT y el POUM, aliados desde el primer momento, dominan el anillo exterior mientras se lucha en el corazón de la ciudad intensamente. A las ocho de la noche el presidente Azaña, aislado en su palacio, pide refuerzos al jefe del Gobierno Largo Caballero, que se resiste a enviarlos; ya vimos cómo se apoyaba entonces en la CNT frente a la presión de los comunistas. El consejero Aiguadé pide a Valencia 1.500 guardias de refuerzo. A las 11 de la noche, el primer consejero Tarradellas —en ausencia de Companys— visita a Azaña, que según Jaume Miravitlles, acompañante de Tarradellas, es «un hombre física y moralmente destrozado». El POUM y la CNT se reúnen esa noche; el POUM se asocia inmediatamente al movimiento, atizado sobre todo por los grupos extremistas de las dos organizaciones; el sector trotskista del POUM y la asociación

anarquista Los Amigos de Durruti de la CNT/FAI.

El 4 de mayo en Barcelona es la guerra civil declarada. Testimonios directos como los del periodista Manuel Cruells y el escritor Orwell, que acaba de llegar con permiso del frente de Huesca, lo confirman plenamente. Aiguadé reitera su petición de refuerzos a Valencia pero Caballero y su ministro de la Gobernación Angel Galarza se resisten a intervenir. La lucha es abierta en Barcelona, desde barricadas y azoteas, pero más bien de posiciones y sin grandes movimientos ni asaltos, como si los contendientes se percatasen de la enormidad de su acción. A las 14 horas la CNT da la orden de alto el fuego y, apenas respaldada por las milicias callejeras, la revolución aparece sin rumbo ni objetivos, sólo pretende la destitución de Aiguadé y Salas. Rodríguez Salas, en mantenimiento de su actitud provocadora, atiza los combates, así como los extremistas de la CNT y del POUM.

George Orwell observa todo atónito, desde su puesto de vigilancia en una azotea. En Valencia, Largo Caballero amenaza con la incautación de los Servicios de Orden Público de la Generalidad, pero retrasa la medida. Una importante delegación de la CNT y de la UGT (García Oliver, el secretario general de la CNT Rodríguez Vázquez y el socialista Hernández Zancajo) sale de Valencia hacia Barcelona para mediar. El juzgado de guardia registra 74 muertos.

En un Consejo de Ministros que se celebra en Valencia, los comunistas, los republicanos de Azaña y los socialistas de Prieto exigen a Largo Caballero medidas fulminantes e incautación de los Servicios de Orden Público de la Generalidad. Caballero propone a Companys estas medidas y el presidente de la Generalidad, acosado en la calle, tiene que aceptarlas; durante estas gestiones Comorera, del PSUC, no se apartaba de Companys.

Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, ordena al jefe de la Aviación, Hidalgo de Cisneros, que se presente en Reus con destacamentos de fuerzas de tierra y aire preparadas para intervenir en Barcelona.

Ante las histéricas reclamaciones de Azaña por telégrafo (las cintas se conservan en el Servicio Histórico Militar y han sido profundamente analizadas por R. Salas), Prieto ordena que vayan a Barcelona los destructores Lepanto y Sánchez Barcáiztegui para rescatar al presidente, «que aparece —dice Salas— constantemente aterrorizado, víctima de unos acontecimientos que no controla ni intenta controlar, perdida la serenidad y el dominio de sí mismo, cobarde y suplicante, sin personalidad suficiente para tomar las decisiones, que según él se imponían en tan dramática situación» (R. Salas).

Las masas revolucionarias no hacen caso al alto el fuego pedido por la dirección de la CNT, ni siquiera cuando los recién llegados de Valencia, García Oliver y Rodríguez Vázquez, se unen a la petición de que cesen las hostilidades. Los emisarios de Valencia se reúnen con la Generalidad, entre discrepancias y un acuerdo: acabar cuanto antes con tan vergonzosa situación.

El 5 de mayo prosiguen los combates callejeros sin el menor respeto a las órdenes

de apaciguamiento; los extremistas y los agentes provocadores siguen azuzando a los luchadores. Se advierte una diferencia entre la dirección del POUM, que mantiene su apoyo a los revolucionarios, y la de la CNT, que trata de reprimirlos. Los dirigentes de la CNT acuden temprano, con este propósito, al palacio de la Generalidad. Pero sigue la lucha en la plaza de Cataluña y alrededores, con muchos pacos en las terrazas. A media mañana se aplica, por comunicación del Gobierno central, la incautación de Servicios de Orden Público, lo que supone un gravísimo revés a la autonomía de la Generalidad. La hora de la comunicación fue las 12,30.

El jefe de la Guardia Nacional Republicana y héroe de los combates del 19 de julio, coronel Escobar, recibe el nombramiento de delegado de Orden Público y el general Sebastián Pozas sustituye al débil general Aranguren en la jefatura de la Cuarta División Orgánica, que lleva aneja la de todas las unidades del hasta ahora Exército de Catalunya, que va a llamarse Ejército del Este, con lo que desaparece también la autonomía militar. La Generalidad, en un comunicado, acata las decisiones del Gobierno de Valencia, expresamente; el miedo a la CNT la poseía. Companys trataría varias veces después de recuperar el orden público; sería en vano.

Companys nombra un Gobierno provisional con cuatro consejeros; ni Tarradellas ni Aiguadé figuran ya en él. Hay un consejero de la Esquerra, otro de la CNT, otro, Antonio Sesé, del PSUC-UGT y otro de la Unió de Rabassaires. Rodríguez Salas seguía por el momento como comisario general de Orden Público, pero a las órdenes del delegado del Gobierno central. El conseller Sesé fue asesinado cuando iba a tomar posesión; y Escobar, gravemente herido al llegar a Barcelona para lo mismo, fue sustituido por el teniente coronel Arrando, a quien Caballero forzó para que destituyese a Rodríguez Salas. Los destructores prometidos por Prieto llegaron a puerto, pero no pudieron enviar la fuerza. Las quejas de Azaña, en las que recriminaba a Largo Caballero por su «indiferencia glacial» y su «insolente conducta» fueron elegiacas, y el presidente volvió a esgrimir su recurso de la dimisión. Varias unidades revolucionarias del frente de Aragón se mueven hacia Barcelona; a algunas hay que detenerlas a viva fuerza con la aviación. La red de espionaje de Franco en Barcelona comunica a su central, SIFNE, según el testimonio de Bertrán y Musitu, estos movimientos con singular detalle.

El jueves 6 de mayo la rebelión puede considerarse vencida. Aún hubo, sin embargo, 42 muertos registrados contra 55 en la jornada anterior. Uno de ellos es, durante la noche del 5 al 6 de mayo, el anarquista histórico italiano Camilo Bemeri. Manuel Azaña, algo más tranquilizado, sigue dictando los diálogos de *La velada en Benicarló*; el comandante del Lepanto le propone la salida, a la que Azaña se niega; y cuando quiere salir, el tiroteo no se lo permite. El POUM ordena ya el abandono de las barricadas. Por la tarde llegan a Tortosa 1.500 guardias de Asalto. Federica Montseny, que había venido la víspera, y Mariano Rodríguez Vázquez acuden al Palacio de la Generalidad para hablar desde allí con Valencia. Trabajan toda la noche para concertar la tregua, ante el agotamiento general de los revolucionarios. Entran en

Barcelona los guardias de Asalto de Valencia y los carabineros de Negrín. En pocos días Valencia sitúa en Barcelona a más de doce mil hombres de las Fuerzas de Orden Público.

Según Federica Montseny, el número de muertos por los sucesos de Barcelona llega a 400 con 1.000 heridos; como una batalla campal. Bolloten saca una atinada conclusión: «El poder de los anarcosindicalistas en Cataluña, ciudadela del movimiento libertario español, había sido aniquilado. Lo que habría parecido inconcebible pocos meses atrás, en el momento de apogeo de la CNT y la FAI, se había hecho realidad ahora, constituyendo la victoria más portentosa que habían conseguido los comunistas desde el comienzo de la revolución».

George Orwell volvió al frente de Aragón. Recibió una bala en el cuello. Cuando le evacúan a Barcelona se ve a punto de perecer por la terrible represión comunista staliniana que aniquiló al POUM en los meses siguientes a los sucesos de mayo. «En Barcelona —escribe— en las últimas semanas que pasé en la ciudad, se respiraba como un aire enrarecido, una atmósfera de sospecha, de miedo, de incertidumbre, de odio velado. Los sucesos de mayo habían tenido consecuencias imborrables. Con la caída de Largo Caballero los comunistas se habían instalado definitivamente en el poder, el mantenimiento del orden interno había sido confiado a ministros comunistas y nadie dudaba de que iban a aplastar a sus rivales políticos tan pronto como se presentara la primera oportunidad». Orwell no quiso ser aplastado. Ya no pretendió reincorporarse a las Brigadas Internacionales en Madrid, sino simplemente huir de España para salvar su vida.

Las palabras que acabamos de transcribir pertenecen a su incomparable relato *Homenaje a Cataluña,* que publicó en 1938 con escaso éxito (Barcelona, Ariel, 1970). La brutal decepción que había experimentado con el stalinismo se revelaría, sobre todo, en sus dos obras geniales, *Animal Farm* y *1984.* Que nacen directamente de su experiencia, es decir, de su conversión anticomunista en España.

La caída de Largo Caballero

Orwell acaba de decirnos que Caballero cayó a consecuencia de los sucesos de mayo. Tiene toda la razón. Rabiosamente, impulsados a distancia por el odio de Stalin, como marionetas, los comunistas exigieron a Caballero la supresión del POUM. José Díaz arremetió contra el POUM en su mitin del 9 de mayo. Azaña había por fin conseguido huir de Barcelona por avión el 7 de mayo y al aterrizar en Valencia, después de que hablara con Besteiro que salía para Londres en misión mediadora, el ministro Giral le comunica —a él, que era su jefe— el acuerdo de republicanos, socialistas y comunistas para derribar a Caballero.

Azaña, indignado con el jefe del Gobierno por el abandono a que le había sometido en Barcelona, calla y otorga. Durante toda la crisis, que se va a abrir inmediatamente, Azaña coopera con habilidad para ese objetivo. El 13 de mayo, dos días antes que terminara el plazo para la ratificación de los comisarios por el ministro de la Guerra, los ministros comunistas exigen en Consejo un cambio radical en la política militar y de orden público, a la vez que reclaman la inmediata disolución del POUM por traidor. Caballero les llamó «embusteros y calumniadores» y Negrín apoyó a los comunistas. Cuando Caballero se niega a destruir al POUM los dos ministros comunistas se levantan y se marchan; Prieto tiene que advertir al jefe del Gobierno que ese acto desencadena la crisis. El ministro comunista Uribe testifica: «Prieto participó en el plan para cambiar a Caballero en la presidencia del Gobierno», aunque Prieto, con flagrante mentira, lo negaría después.

Caballero plantea la crisis a Azaña con la esperanza de quedarse; se creía insustituible. Pensaba que sus planes (fantasmagóricos) de atizar una revuelta contra Franco en Marruecos (según el subsecretario Baráibar) y su proyecto militar para desencadenar una ofensiva en Extremadura contendrían la crisis y asegurarían su permanencia; pero el general Miaja, manejado por los comunistas, ponía obstáculos insalvables al plan extremeño.

Caballero, en sus recuerdos escritos, concede extraordinaria importancia al descubrimiento —por aquellos días— de una documentación secreta de la UME facciosa en cuyas listas estaban incluidos, en 1936, Miaja y Rojo; es un importantísimo testimonio que los historiadores suelen menospreciar. Azaña propone a Caballero el aplazamiento de la crisis y la reintegración de los ministros comunistas en el Gobierno; pero Caballero no les hace la invitación. Los socialistas impiden el aplazamiento de la crisis. Tres de ellos —Lamoneda, Negrín y De Gracia, con Prieto entre bastidores— se presentan a Caballero y le comunican que los ministros socialistas le dimiten también; es el golpe definitivo. Caballero tiene que reiterar la dimisión a Azaña. En la ronda de consultas se ve clara la conjunción de socialistas moderados y comunistas para evitar a toda costa que Caballero siga asumiendo la

cartera de Guerra, como exigía a todo trance.

El 17 de mayo Caballero juega al órdago y presenta a Azaña una lista de Gobierno en la que no solamente asume la presidencia y la cartera de Guerra sino que incorpora además la de Marina y Aire a un Ministerio de Defensa y relega a Prieto al Ministerio de Agricultura. Los comunistas exigían a Prieto en el Ministerio de Defensa y adelantaban casi abiertamente la candidatura del procomunista doctor Negrín, casado con una soviética y candidato formal de Stalin, según testimonios abrumadores del momento, que ahora los «nuevos historiadores» de la Guerra Civil pretenden inútilmente desvirtuar. Inspirados por un colaborador de la KGB, ya se sabe.

La CNT apoya a Caballero en agonía, pese a que les ha reducido a dos las carteras en su lista. En unas tormentosas escenas en las que Azaña, extraordinariamente, propicia un humillante careo entre Caballero y sus adversarios, queda clara la incompatibilidad de los conjurados —Izquierda Republicana, socialistas moderados y comunistas— con Largo Caballero, que cae en beneficio del candidato soviético Negrín con el compromiso previo de atribuir a Prieto, como premio, la cartera de

Defensa Nacional. Las pruebas de que Negrín era el candidato soviético están abrumadoramente presentadas por Bolloten sobre los testimonios de Krivitski, Serra Pamies y Jesús Hernández. Los comunistas habían vencido. Caballero había caído para siempre y sufriría desde entonces una verdadera persecución. La Guerra Civil española por parte republicana entraba en una nueva fase. Cuando agonizaba, el 6 de mayo, la revolución de Barcelona, el general Mola desecadenaba su ofensiva hacia el Cinturón de Hierro de Bilbao. Ni Franco hubiera organizado mejor las cosas en la retaguardia enemiga.

Presentan a Negrín como candidato de Stalin

En mis conversaciones con Stashevsky en Barcelona, en noviembre (de 1936), ya se perfilaban los próximos movimientos de Stalin en España. Stashevsky no me ocultó que Juan Negrín sería el próximo jefe del Gobierno de Madrid. En aquel entonces, todo el mundo creía que Caballero era el favorito del Kremlin, pero Stashevsky ya había elegido a Negrín para sucederle.

Juan Negrín tenía todas la características de un político burocrático. Aun siendo profesor, era un hombre de negocios, con visión de empresario. Era exactamente el tipo que se ajustaba a las necesidades de Stalin. Impresionaría al mundo exterior con la «cordura» y la «limpieza» de la causa republicana española; no asustaría a nadie con observaciones revolucionarias.

El doctor Negrín, por supuesto, veía la única posibilidad de salvación para su país en una estrecha colaboración con la Unión Soviética. Ya era evidente que sólo de ella se recibiría apoyo activo. Negrín estaba dispuesto a avenirse con Stalin en todo, a sacrificar todas las demás consideraciones en aras de conseguir su ayuda.

Prieto comenta en 1955 la destitución de Largo Caballero

En México acaba de aparecer un libro titulado «Yo fui un ministro de Stalin». Efectivamente, el autor fue ministro, pero no en Rusia ni en ninguna de las naciones sovietizadas, sino en España. Hablo de Jesús Hernández que, desempeñando la cartera de Instrucción Pública, formó parte entre 1936 y 1938 de los gobiernos presididos por Francisco Largo Caballero y Juan Negrín.

Si el libro de Roberto Cantalupo, primer embajador de Mussolini cerca de Franco, descubrió ciertos entresijos de la guerra de España, el de Jesús Hernández, escrito con menos arte aunque más rico de materiales, descubre otras interioridades, dignas también de divulgación y análisis. Cantalupo evidenció las turbias finalidades que perseguían Italia y Alemania cooperando militarmente con Franco, y Hernández revela los manejos de Rusia, igualmente oscuros, ayudando a los republicanos, y tras prolijas disertaciones para demostrarlo, afirma que Stalin, al ofrecernos su apoyo, regatearlo luego y suprimirlo después, se atuvo exclusivamente a conveniencias de su oscilante política internacional, sin importarle nuestro destino.

Para mí no constituyen novedad todas las revelaciones que ahora hace el mencionado ex ministro. Algunas las adelanté yo en mi informe de agosto de 1938 al Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español, documento editado en París el año 39 y reeditado en México el 40 bajo los títulos «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España». Lo curioso es que entonces mi informe y mis aseveraciones en los dos prólogos me valieron torrentes de injurias desencadenados por los comunistas para presentarme como infame calumniador, y ahora uno de los más significados entre ellos corrobora cuanto yo dije e inclusive cita testimonios míos para avalar los suyos.

¿A qué se debe tal mudanza? A que Jesús Hernández no pertenece ya al Partido Comunista. Si lo hubiera abandonado por propia decisión, podría creerse en el sincero arrepentimiento de que protesta en su libro, mas no se trata de una baja voluntaria, sino de una expulsión, por lo cual, en vez de catalogar al renegado entre los comunistas arrepentidos, actualmente severos condenadores del proceder staliniano, debe incluírsele entre los comunistas despechados. Aunque el despecho macule el arrepentimiento, suele ser vehículo de verdades y cuántos crímenes se han descubierto por rencores, envidias y afanes de venganza. Jesús Hernández, concluida nuestra guerra, se refugia en Rusia donde ejerce cargo tan destacado como el de representante de España en la Internacional Comunista, la cual lo envía más tarde a México con instrucciones directas de Dimitrov para poner coto a las corruptelas que aquí enfangaban a los dirigentes del stalinismo español. Viéndose pospuesto con el

otorgamiento a Dolores Ibárruri de la jefatura vacante por el suicidio de José Díaz, no sabe ocultar su irritación, cae en desgracia y quienes todo lo pueden dentro del comunismo decretan su expulsión.

Hasta ese momento no abomina de «la vileza de la política del Kremlin en España» que, según dice hablando en primera persona, «salpica a todos sus servidores», a los comunistas españoles «que no constituíamos una fuerza nacional, sino una organización de fuerzas indígenas dependientes y al servicio del Comisariado de Negocios Extranjeros de la Unión Soviética». Además de no condenar dicha vileza, sigue siendo agente de otras, difamando a cuantos combatían aquello mismo que él aborrece hoy, y no ciertamente por habérsele presentado pruebas nuevas, pues nada de cuanto narra en páginas recientemente impresas es posterior a su expulsión.

Cabe disculpar que, por eludir crueles represalias, callara sus discrepancias y ahogase su asco mientras vivía en Rusia; pero, ¿cómo explicar que ya libre en México prosiguiera asintiendo a lo que detestaba y continuara secundando lo que reputaba inicuo? Si en lugar de a «Pasionaria» se hubiese designado sucesor de José Díaz a Jesús Hernández, éste dejaría inédito cuanto publica en «Yo fui un ministro de Stalin».

Stalin no sólo nombraba ministros en España; además, los destituía, complemento natural de aquella facultad. Voy, metiéndome en el cenagal, a bucear en esa parte del nuevo libro que deberá ser leído por quienes ansíen conocer las entretelas de nuestra guerra.

Los comunistas españoles, conforme se dispuso en Moscú, recibieron hostilmente a nuestra República, combatiéndola desde el instante que advino y distinguiendo con su encono a los socialistas, tal como se hizo en Alemania con la República de Weimar y con la socialdemocracia. En 1935 hubo un brusco viraje, el del Frente Popular, merced al cual los stalinianos de nuestro país aumentaron de uno a diecisiete el número de sus diputados a Cortes. La hostilidad a los socialistas fue reemplazada con halagos que afluían de modo particular hacia Francisco Largo Caballero, y los comunistas parecían satisfechísitnos con éste cuando, ya en plena guerra, ocupó la jefatura del Gobierno y les adjudicó dos carteras ministeriales. De pronto, se volvieron iracundos contra él obedeciendo órdenes moscovitas.

Los delegados del Komintern exigían que Largo Caballero fuese sustituido por otro presidente «más enérgico y dinámico»; José Díaz, secretario general del partido, y Jesús Hernández manifestábanse opuestos. Para resolver el asunto se reunió en Valencia el Buró Político, hallándose presentes todos los delegados del Kremlin: Stepanov, Codovila, Gueré, Togliatti, Marty, Orlov (de la GPU) y Gaikiss (consejero de la Embajada soviética). Jesús Hernández pone de relieve que había más extranjeros que españoles. «El Buró Político —aclara— era un buzón de los mandatos transmitidos desde Moscú; era el retablo de maese Pedro, cuyos muñecos movía la mano habilidosa del señor del Kremlin».

Stepanov y Marty —el Marty ha poco expulsado del comunismo francés— llevaban la voz cantante contra Caballero, acusándole de ser personalmente responsable de los reveses que sufrían las milicias republicanas, pero fue Gaikiss quien se acercó más a los verdaderos móviles señalando que el jefe del Gobierno rechazaba las insistentes solicitudes del embajador Rosenberg para que pusiese fuera de la ley al Partido Obrero de la Unificación Marxista (el POUM, formado por adictos de Trotsky).

Jesús Hernández añade por propia cuenta una suposición entonces no examinada: el disgusto de Stalin por haber emprendido Largo Caballero ciertas gestiones en París y Londres para resolver el problema de España a cambio de concesiones en nuestro protectorado marroquí.

Declaro que jamás se sometió a Consejo de Ministros semejante intento y que no tuve noticias de él mientras figuré en el Gobierno. De haberse examinado en Consejo, yo me habría opuesto a dar paso alguno en pro de idea tan impracticable.

Salvador de Madariaga habla de ella en el suplemento de su obra histórica «España» diciendo que el 19 de febrero de 1937 «los revolucionarios presentaban a los Gobiernos francés e inglés una nota ofreciendo cambios en Marruecos favorables a Francia y a la Gran Bretaña y con detrimento de España a cambio del auxilio de esas dos potencias en la Guerra Civil». «La Gran Bretaña —añade Madariaga— contestó negativamente el 20 de marzo». Algo debió de haber, aunque yo no lo conociera.

Pero volvamos al concilio ruso-hispano. Jesús Hernández, según nos cuenta, expuso que Largo Caballero se había conducido lealmente con los comunistas; que gracias a él habían podido organizar el Frente Popular, unificar las juventudes, estrechar la colaboración con los socialistas y atraer a gran parte del anarquismo a la colaboración gubernamental; que había facilitado el predominio comunista en el Ejército y en el Comisariado; que no se había opuesto a que las mejores armas fueran a parar a las unidades comunistas; que había sido dócil al consejo de los «técnicos» soviéticos; que era el punto de apoyo para la unificación de socialistas y comunistas.

La discusión se fue encrespando con palabras gruesas hasta convertirse en gresca tabernaria, de la que el relator no ahorra detalle. Togliatti medió con aire conciliador: «No vale la pena detenernos en las reservas exteriorizadas por Díaz y Hernández hacia la Casa (así denominan familiarmente los comunistas al Kremlin). Sería tanto como aceptar que puede haber una base de discusión, cosa inadmisible. Creo que todo lo demás está perfectamente aclarado. Propongo comenzar inmediatamente la campaña para "ablandar" la posición de Caballero. Debemos comenzar con un gran mitin en Valencia donde el camarada Hernández hará el discurso. Será de gran efecto político que un ministro del propio Caballero se alce contra el presidente». Hernández alegó que el discurso podía pronunciarlo cualquier otro miembro del Buró, pero hubo de admitir el encargo, pronunciar el discurso y

dedicarse al ablandamiento que proponía Togliatti, un ablandamiento a fuerza de palos.

«En cuanto al sucesor de Caballero —dijo Togliatti para poner fin al debate—, es un problema práctico sobre el que invito a los camaradas a reflexionar. Creo que deberemos proceder a elegirlo por eliminación. ¿Prieto? ¿Vayo? ¿Negrín? De los tres, Negrín puede ser el más indicado; no es anticomunista como Prieto, ni tonto como Del Vayo».

Jesús Hernández pronuncia un violento discurso contra Largo Caballero. Sigamos lo que el orador cuenta sobre los resultados de su oración.

«El jefe del Gobierno, tan arteramente herido, reaccionó de la única manera que podía hacerlo, dimitiéndome. El lunes, al llegar a mi despacho del Ministerio, un sobre con membrete de la Presidencia me hizo comprender su contenido sin necesidad de leerlo. La breve misiva decía: "Después de sus manifestaciones públicas en el Cinema Tirys el día de ayer, considero inadecuada su permanencia en el Gobierno de mi presidencia."

Contesté al presidente diciéndole "que mi colaboración no era personal, sino en representación de un partido, por mandato del cual y reflejando la opinión del mismo había hablado en el Cinema Tirys; que inmediatamente daba cumplimiento a su decisión, y que ello implicaba el cese de la colaboración gubernamental del Partido Comunista

El argumento —sigue el dimisionario inmediatamente— no tenía ninguna fuerza legal. Constitucionalmente, los ministros eran designados por el presidente del Gobierno, quien tenía plenas facultades para revocarlos. Los partidos políticos podían proponer los candidatos, pero los nombramientos eran de exclusiva decisión del presidente. Caballero vaciló. Era difícil en aquel momento prescindir de la colaboración gubernamental de los comunistas. Pidió al Buró Político la designación de otro ministro. El Buró Político se negó a ello. Caballero se allanó a la imposición».

El narrador de su propia hazaña pone esta glosa: «La enorme autoridad del líder obrero, a quien se había llegado a denominar "el Lenin español", presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, las dos organizaciones proletarias numéricamente más importantes del país y de más añejo prestigio, cayó a tierra, hecha añicos. Después de esta claudicación, el "agit-prop" del partido (organismo de agitación y propaganda comunista) se puso en plena actividad. Fueron suficientes unas semanas para que aquel coloso de la autoridad política quedara convertido en un guiñapo invertebrado al que se iba a arrojar del poder como se arrumba en el desván un trasto inservible. Caballero estaba vencido. Los "tovarich " podían telegrafiar a Moscú: Consummatum est».

Juan Negrín formó Gobierno, al que los comunistas llamaron "Gobierno de la Victoria". Clara y detalladamente sabemos hoy por qué sustituyó Juan Negrín a Francisco Largo Caballero.

Se ha dicho que yo estuve en connivencia con los comunistas; que Manuel Azaña me pidió que yo fuera el sustituto de Caballero y que, negándome a ello, sugerí el nombre de Negrín. Las tres cosas son falsas por completo. Yo no estuve jamás en connivencia con los comunistas, ni para eso ni para nada, a espaldas de mis correligionarios o de los demás ministros. Además de las páginas ya extractadas, hay en el mismo libro otras probatorias de lo que afirmo.

Cuando Jesús Hernández y Vicente Uribe, el otro ministro comunista, se retiraron del Consejo, yo, advirtiendo que Largo Caballero, ofuscadísimo por su altercado con ellos, no iba a interrumpir la reunión, me creí en el caso de recomendarle que fuera a dar cuenta al jefe del Estado de lo que acababa de suceder. Era lo correcto y lo indispensable. Los ministerios de Instrucción Pública y Agricultura quedaban vacantes. El Gobierno no podía continuar deliberando sin una ratificación de la confianza presidencial.

Por cuanto atañe al nombramiento de Negrín, ni yo lo aconsejé a Azaña, ni éste me lo anunció, ni me pidió parecer; no tenía por qué pedírmelo. Conocí la designación cuando se hizo pública. Días más tarde, a través de Giral, me explicó Azaña que no me había nombrado jefe del Gobierno por ser yo demasiado adversario de los comunistas para presidir una coalición donde éstos figurasen. Agradecí mucho la explicación y agradecí mucho más que se hubiera prescindido de mí, para lo que yo no servía ni quisiera servir.

La irresistible ascensión de los comunistas según Prieto

Indalecio Prieto, el líder socialista de tendencia socialdemócrata, había sido, sin cargo oficial alguno, alma de la resistencia del Frente Popular contra el Alzamiento desde el primer momento de la Guerra Civil. Se había instalado en el Ministerio de Marina y desde allí hacía lo imposible por animar y coordinar la resistencia. Cuando Largo Caballero asumió el poder el 4 de septiembre de 1936, le nombró ministro de Marina y Aire. Prieto aborrecía a Caballero, que por su extremismo procomunista lo había apartado de la jefatura del Gobierno en la primavera de 1936, después de la elección de Manuel Azaña como presidente de la República en mayo. Ahora, aunque él se obstina en disimularlo, a finales de 1936 advirtió claramente que los comunistas, respaldados por la vital ayuda soviética, habían decidido deshacerse de Largo Caballero y liquidarlo políticamente, para lo cual empezaron a utilizar contra él dos cuñas socialistas; el propio Indalecio Prieto y el doctor Juan Negrín. Prieto les dejó hacer e incluso apoyó, contra sus convicciones de siempre, la fusión del PSOE y el PCE en un «partido único del proletariado», según la principal consigna para España que había emanado del VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935.

En efecto, cuando Largo Caballero fue destituido por Azaña por las exigencias de los comunistas después de los trágicos sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, el presidente Azaña designó, por instigación de los comunistas azuzados por los asesores soviéticos, jefe del Gobierno al doctor Juan Negrín, el cual nombró a Prieto ministro de Defensa Nacional, encargado de todo el esfuerzo de guerra, con los departamentos del Ejército de Tierra, la Marina y la Aviación.

Indalecio Prieto se pasó la Guerra Civil viendo cómo todo el mundo le acusaba de pesimista impenitente. Pero más que pesimista era realista. En su famosa alocución del 8 de agosto de 1936 mostró un optimismo desbordante, que él creía realismo, al proclamar la victoria segura del Frente Popular una vez comprobado que los recursos materiales y financieros de la República superaban por todas partes a los del enemigo; pero se equivocó de medio a medio al no valorar el factor religioso y el factor moral.

Luego, a medida que avanzaba la Guerra Civil, su pesimismo era objetivo; comprendía, como su amigo el general Vicente Rojo, que el enemigo era superior moralmente, sobre todo en cuanto a unidad y en superior administración para el esfuerzo de guerra.

En 1938 Negrín y los comunistas aplicaron a Prieto el mismo sistema que, con ayuda de Prieto, habían utilizado para deshacerse de Largo Caballero y sacaron de escena a Prieto para enviarlo a una misión intrascendente a Iberoamérica, de donde

ya no regresó. En este momento de nuestra historia nos parece fundamental comunicar el testimonio que Prieto elevó a la Ejecutiva de su partido, el PSOE, después de su defenestración en 1938 y que se publicó poco después de la Guerra Civil en 1939. Es uno de los alegatos anticomunistas más contundentes que jamás se han publicado y Prieto se atuvo a estas tesis sobre la guerra de España durante los muchos años que le quedaban de vida, hasta que falleció en 1962.

INTRIGA DE LOS RUSOS EN ESPAÑA
Informe de Indalecio Prieto ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español

Desde luego me creía obligado a intervenir en la reunión que estamos celebrando, pero, después de haber oído esta mañana al compañero Negrín, tal obligación la considero ineludible.

Del discurso pronunciado por el amigo Negrín, que ha sido interesantísimo, he de descartar toda la parte en la que, por ser mis apreciaciones distintas a las suyas, habría yo de contradecírselas, lo cual nos conduciría a que cada uno quedara emplazado en puntos de vista diferentes, en atalayas opuestas. Me he de limitar, simplemente, a hacer, a mi vez, ante el Comité Nacional un relato que será confirmación y ampliación del que, espontáneamente, hice en su día ante la Comisión Ejecutiva y del que, después, casi calcado, hice, a su requerimiento, ante el Comité del Partido Socialista del País Vasco. Y mi relato habrá de terminar el 5 de abril (de 1938), que es cuando dejé de participar en el Gobierno. Por tanto, no he de exponer aquí mis apreciaciones respecto a cómo quedará España cuando termine la guerra, ni he de formular ninguna clase de observaciones en relación con las operaciones militares que se han venido desarrollando desde abril y el concepto que, por lo visto, merecen al compañero Negrín. Mi propósito decidido es limitarme a hacer un relato que complete el de Negrín. En la forma que indico, voy pues, a cumplir mi deber ante el Comité Nacional. Haré un relato escueto de los hechos que producen mi separación del Gobierno el 5 de abril último, y para ello, deberé realizar un esfuerzo considerable porque he de fiarlo todo a la memoria. Otra condición: no me he de referir más que a sucesos en los que yo haya sido actor o testigo directo, de modo que, en todo instante, pueda yo mismo responder de lo que digo. Además, estando presentes el compañero Negrín y los miembros de la Ejecutiva, quedo sujeto a aquellas rectificaciones que su mejor memoria o su más serena contemplación de los hechos les inspiren.

La vejez de mi pesimismo

Por deferencia, que agradezco, del compañero Negrín, me encargué, cuando se produjo la crisis de mayo de 1937, de la cartera de Defensa Nacional. Como Negrín, no soy hombre que rehuía las responsabilidades. Sabía toda la pesadumbre que para mí representaba la tarea que se me encomendaba, sabía —desde luego lo tenía descontado— el fracaso en que iría a estrellarse mi gestión, pero éstas no podían ser razones por las cuales yo eludiera la aceptación de un compromiso de esa clase. Y acepté sin vacilar, lo mismo que en septiembre de 1936, cuando hube de vencer escrúpulos —desde mi punto de vista, motivados—, para colaborar con hombres que no voy a citar. (Se refiere a Largo Caballero y a los ministros comunistas por él nombrados, N. del A.) *En esta segunda ocasión no tenía por qué sentir ni sombra de semejantes escrúpulos.*

Ha sido como «leitmotiv» de la parte del discurso del compañero Negrín dedicada a explicar las razones y fundamentos de la crisis de abril (de 1938) lo que se ha dado en llamar mi pesimismo. Conste que, al hablar como hablo, no vengo a promover querella alguna, ni siquiera a entablar la menor discusión con nadie; sólo vengo a esclarecer los hechos, a hacer aclaraciones que pueden interesar al partido, ante las circunstancias verdaderamente dramáticas en que vivimos.

Acepté, digo, la cartera de Defensa Nacional. Mi pesimismo, al cual se ha atribuido mi separación del Gobierno, ¿es algo que surge en abril o marzo de 1938? No. Mi pesimismo me ha acompañado perennemente desde mucho antes de mi participación en el Gobierno Negrín. No desconozco el valor moral del optimismo en todo elemento dirigente; pero no puedo aceptar la teoría de que el pesimismo en un dirigente supone la deflación, la depresión, la debilitación, el desmayo, el derrumbamiento de todos los medios que el pesimista tenga a mano para lograr su empresa. Por ejemplo, un médico que supone al enfermo en estado gravísimo, desesperado, incluso moribundo, ¿no atiende, por tener ese concepto de la gravedad de la dolencia, a la curación del paciente con todos los recursos de la ciencia que él posee? Pero, en fin, vayamos a los hechos, mondándolos de comentarios.

Se constituye el Gobierno presidido por el camarada Negrín, y en el primer Consejo de Ministros que se celebra, la noche misma de su constitución, el Gobierno en pleno, a propuesta de su presidente, acuerda que yo, ministro de Defensa Nacional, me dirija al pueblo español por radio. Callé, porque había, de momento, otros problemas más interesantes a examinar. Pero dos días después, en otro Consejo, se me instó de nuevo a dirigirme por radio en nombre del Gobierno al pueblo español, y entonces dije ante Negrín y ante todos los ministros, que eso no lo podía hacer porque, necesitándose para ello fe en la victoria y no teniéndola yo, cualquiera podía dirigir la palabra al pueblo español en mejores condiciones, pues por mucho esfuerzo que yo pusiese en disimular mi pensamiento, acaso se transparentara éste ante mis oyentes, con lo cual iba a prestar muy flaco servicio al Gobierno. El primer testimonio de mi pesimismo quedó, pues, consignado en el primer Consejo de Ministros presidido por Negrín.

Surge poco después otro hecho, que el compañero Negrín recordará. Fue cuando la agresión de la Escuadra Alemana al puerto de Almería. Por mi iniciativa, ese día se reunió el Consejo de Ministros, y Negrín tuvo la deferencia de que la reunión se verificara en mi propio despacho del Ministerio de Defensa Nacional. En aquel Consejo yo propuse buscar a la flota alemana, autora de la agresión, en el puerto donde estuviera refugiada, fuese Palma, Pollensa, Ceuta, Cádiz o Málaga, donde se hubiere metido, y con la masa de aviones de bombardeo, que entonces teníamos en número considerable, realizar como represalia una agresión contra dicha escuadra, aunque ello provocara la guerra y, por consiguiente, la conflagración europea. Mis compañeros de Gobierno y el jefe del Estado —pues seguidamente nos reunimos bajo la presidencia de éste— estimaron que mi idea era un desatino, y la proposición fue desechada.

Era la proposición de un pesimista, de quien no veía la posibilidad de ganar militarmente la guerra, porque media nación española o un tercio largo de la nación española luchaba con el resto del país y, además, con Portugal, con Alemania y con Italia, a todo lo cual había que sumar la indiferencia, cuando no la hostilidad, más o menos disimulada, del resto de Europa. (Prieto no añade que su media España luchaba con la URSS como poderorísima aliada, lo que equilibraba más que de sobra la aportación extranjera al enemigo, N. del A.) *Seguía creyendo —y ojalá me equivoque— que, militarmente, la guerra no podía ser resuelta por nosotros solos de manera victoriosa, y en aquella propuesta buscaba la solución que pudiera surgir de un conflicto internacional, mediante la declaración de guerra de Alemania a España, porque, bajo el peligro de la conquista del territorio español de modo abierto por Italia y Alemania, acaso las naciones occidentales de Europa se creyeran en el caso de intervenir.*

Se desechó mi proposición. Sin duda, el juicio de mis compañeros de Gobierno y del jefe del Estado fue más sensato. Ahora sólo me interesa consignar aquí lo que dije entonces, que aquélla era la proposición de un pesimista, porque, quien no fuera pesimista y creyese que la guerra podía ser ganada militarmente con nuestros propios medios, no podía proponer la agresión de nuestros aviones a los barcos germánicos para provocar la guerra con Alemania.

Los dos hechos referidos, que datan del mes de mayo de 1937, denotan a las claras los viejos y claros antecedentes de mi pesimismo. Cito esos dos hechos como demostrativos de que mi pesimismo es el mismo en abril de 1938 que en mayo de 1937, y que quien me requirió para desempeñar en el Gobierno cartera tan compleja como la de Defensa Nacional conocía perfectamente, no sólo mi temperamento, sino mi posición ante la guerra, y, por tanto, no los pudo descubrir súbitamente y a última hora.

Dicho esto, procuraré establecer un orden cronológico que permita al Comité Nacional ir conociendo, gradualmente, el proceso que, a mi juicio, culmina en mi eliminación del Gobierno.

Conste por adelantado —el tono en que me he de expresar lo confirmará— que no tengo ni sombra de agravio con el compañero Negrín por haberme destituido del Ministerio de Defensa Nacional; creo que lo hizo en la plenitud de su derecho; yo hubiera hecho exactamente lo mismo que él, pues he sostenido siempre la teoría de que no es admisible que, en cuestiones fundamentales de gobierno, los ministros discrepen del criterio de quien tiene, constitucional y políticamente, la responsabilidad directa que encarna la jefatura del Gobierno. Si yo tuviera que aducir pruebas de la antigüedad de este criterio mío, recordaría lo sucedido cuando sobre el compañero González Peña pesaba la condena de muerte. Entonces hubo vacilaciones en el Gobierno. Lerroux, que lo presidía, no estaba conforme con el cumplimiento de la sentencia; pero había ministros que se oponían al indulto. Y entonces escribí yo a un miembro de aquel Gobierno diciéndole, en síntesis: «Si Lerroux quiere indultar a González Peña y le estorba la actitud de varios ministros, debe suprimir esos ministros, porque, dada la índole eminentemente política del asunto, ha de prevalecer el criterio del jefe del Gobierno». Y en varias ocasiones, no ciertamente de modo más acusado en el gabinete Negrín que en el de Largo Caballero, después de discrepar del presidente, he dicho en Consejo: «Mi voto está con el presidente, no obstante mi discrepancia».

De modo que, contra toda esa chismorrería absurda que ha andado por ahí de agravios y de diferencias, debo decir que no tengo absolutamente ninguno con el compañero Negrín, en cuanto a su actitud conmigo. La forma en que procedió acaso no fue regular; quizá fuese producto de su timidez; pero eso carece de importancia.

Y vamos, por fin, al relato.

Poco después de encargarme yo del Ministerio de Defensa Naciorial, con ocasión de un Consejo de Ministros que se celebraba en mi despacho, vinieron a verme, antes de la hora de convocatoria, los dos ministros comunistas, Uribe y Hernández, quienes me dijeron que querían proceder de estrecho acuerdo conmigo y que deseaban previamente un cambio de impresiones. Se concretó su pensamiento en una indicación de Jesús Hernández, al manifestarme que si yo no tuviera el temperamento que tengo —o el que me atribuyen—, diariamente acudiría él a mi despacho a traerme las cuestiones, en nombre del Buró Político del Partido Comunista sobre los asuntos de guerra. Contesté a Jesús Hernández, con claridad rayana en la crudeza, que no necesitaba inspiraciones del Buró Político del Partido Comunista, que no admitía esa forma de gobernar y que si el Buró comunista quería indicar algo con respecto a la política general de guerra, lo podía hacer, por conducto de sus dos ministros, ante el Gobierno en pleno, y, si se trataba de algo relacionado con las operaciones militares, lo debería hacer, a través de Uribe, en el seno del Consejo Superior de Guerra.

Y como, después de una parte semiafable, la conversación, por cambiar ellos de

tono, adquiriera cierta brusquedad, les dije: «Ustedes se han equivocado si suponen que van a sostener conmigo una lucha como la que sostuvieron con Largo Caballero. Con razón o sin ella, Largo Caballero se creía imprescindible, estimándose el salvador de la situación de España. Yo no tengo en mí la confianza que Largo Caballero tenía en sí; yo me considero diente mellado de una rueda destartalada, y entiendo que se puede prescindir de mí con ventaja; no me estimo insustituible; de manera que a mí no me meten en querellas políticas con ustedes. ¿No están ustedes conformes? Planteen la cuestión ante quien deban plantearla; pero a mí no me manejan ustedes, ni soporto disputas como las que sostuvieron con Largo Caballero en consejos de ministros de desdichada memoria».

La conversación se interrumpió porque había llegado ya la hora del Consejo y comenzaron a entrar los demás ministros.

Creo que esta escena ocurrió a seguida de haber yo propuesto, sin éxito, en el Consejo Superior de Guerra, el reajuste del Comisariado en proporciones más equitativas.

Poco después se emprendió la operación de Brúñete y los dos ministros comunistas llegaron a Madrid, donde ya estaba yo. Volviendo un día de los frentes de la sierra, me dijo Negrín que Uribe y Hernández deseaban cambiar impresiones conmigo en su presencia. Y yo dije a Negrín: «Temo que ocurra una escena desagradable; supongo que pretenden continuar la conversación de Valencia y su resultado puede ser poco armonioso».

Negrín, hombre suave, fino, convincente, me replicó: «No se ponga usted así; es un cambio de impresiones».

Y me citó para el día siguiente, a las 11 de la mañana, en la Presidencia. Allí nos reunimos Negrín, los dos ministros comunistas y yo en torno a la propia mesa del Consejo de Ministros.

Los comunistas formularon quejas en las que no llegaron a ninguna concreción: que yo estaba destituyendo mandos comunistas. Les dije la verdad: «Quizás peque de lo contrario. Firmo todos los mandos que me trae el Estado Mayor después de examinados por la llamada Junta de Destinos, y hasta el presente no he hecho indicación alguna, no he rechazado un solo nombre, ni he propuesto yo ninguno». Y tras estas explicaciones, que eran bien convincentes, el más audaz de los dos ministros comunistas, Hernández, me dijo: «Mire usted, las verdaderas fuerzas del Gobierno somos comunistas y socialistas, que acabaremos por fusionamos, y creo que nosotros, los comunistas y socialistas del Gobierno, debemos proceder de estrecho acuerdo, tomando las resoluciones que estimemos convenientes». Yo dije entonces —lo recordará el compañero Negrín—: «A eso no puedo llegar. Ustedes me invitan a que, a espaldas del resto de los ministros, tomemos acuerdos que corresponden al Gobierno en pleno. Cualquiera que sea la proximidad entre su partido y el nuestro, yo, por ese camino de pactar con ustedes sobre problemas que corresponden a todo el Gobierno, no lo puedo seguir, porque lo estimo

profundamente desleal». Y no hubo acuerdo, naturalmente.

Campaña contra el ministro de Defensa Nacional

(La denuncia de Prieto es valerosa y habilísima. La reunión se celebraba en plena guerra, cuando aún quedaban bazas importantes que jugar para la República, aunque Prieto, que no lo dice, había generado su pesimismo definitivo al caer la ciudad de Bilbao, por la que era diputado, en manos del Ejército nacional. Pero la presencia de Negrín, de quien no consta protesta alguna, es la mejor prueba de la veracidad de todas estas durísimas afirmaciones, N. del A.).

Tras esta entrevista empecé a advertir —prescindiré de detalles, en evitación de ser excesivamente prolijo—una táctica agresiva de los comunistas contra el ministro de Defensa Nacional. Me llegaban noticias, algunas de las cuales, por su origen, no me podían ofrecer dudas en cuanto a su certeza, de que a las células comunistas en el Ejército se les había dado orden de hacer campaña contra el ministro de Defensa Nacional. Respecto a tal extremo recibía informes continuos. Cuando ocurrió la explosión a bordo del acorazado Jaime I en Cartagena, durante el entierro de las víctimas, al cual no asistí, aunque estuve allí el día de la catástrofe, se produce en el cementerio un incidente, a cuenta de la protesta de algunas familias, por no hallarse cavadas todas las hoyas en que se habían de sepultar los cadáveres. La protesta la secundan alborotadamente los comunistas. El comisario de la flota, Bruno Alonso, con palabra cordial, trata de poner paz y, entonces, dirigentes comunistas anuncian en pleno cementerio que echarán al ministro de Defensa como habían echado con anterioridad a Largo Caballero.

Posteriormente se produce el hecho siguiente: el Comité Comarcal Comunista de Cartagena presenta a la censura, allí ejercida por el jefe de la base naval, que asume la autoridad militar y civil, un manifiesto firmado por dicho Comité, manifiesto que constituía un ataque contra mí y cuyo título era «Los enemigos del Comisariado son los enemigos del pueblo». La censura no consiente la publicación del manifiesto, y entonces se somete éste al gobernador civil de Alicante —un comunista—, siendo autorizada la publicación. Tal documento aparece, con caracteres tipográficos muy llamativos, en la primera plana del periódico «Nuestra

Lucha», órgano oficial del Partido Comunista en Alicante… (Lamoneda: «Nuestra Bandera».) Eso es, Nuestra Bandera, y después, en hojas sueltas, se reparte por las calles de Cartagena, entre marinos y soldados. El jefe de la Base Naval de Cartagena, al darse cuenta del desacato, me anuncia su resolución de detener al Comité Comarcal de Cartagena, por suscribir el documento en que se atacaba a un ministro. La medida era completamente justificada, pero entrañaba un conflicto político y no la autoricé. Notifiqué todo esto al compañero Negrín, a quien iba yo dando cuenta de cuantos hechos envolvían agresiones claras de los comunistas al ministro de Defensa Nacional. Poco más tarde ocurre lo siguiente. Me llegan

referencias —una de ellas creo que me la dio el propio compañero Castillo, aquí presente— de que un comandante de Milicias, perteneciente también al Partido Comunista o al Partido Socialista Unificado, que, en el fondo, es lo mismo, muy popular por su facha —le llaman «El Negus»— visitaba a los jefes de las divisiones del Ejército del Este para proponerles un movimiento de protesta a fin de echar de su puesto al ministro de Defensa Nacional.

Cuando tuve la confirmación de esto, agravado por la circunstancia de que, como consecuencia de tales gestiones, un enviado del Ejército del Este había ido al Ejército del Centro a hacer lo mismo, dirigiéndose, incluso, al jefe de una división de marcada tendencia sindicalista, en quien encontró, por cierto, muy enérgica repulsa, ordené al Servicio de Investigación Militar que procediera a la detención de «El Negus». No podía yo consentir que un comandante del Ejército anduviera de una a otra jefatura de división organizando un movimiento contra el ministro de Defensa Nacional. El SIM no consigue dar con «El Negus», a pesar de ser hombre popular, a quien, incluso, había visto yo una de aquellas tardes en un restaurante de Barcelona. A poco recibí la visita del ministro comunista Uribe. Venía a decir que se había enterado de las gestiones hechas por «El Negus» y que «El Negus», al dar yo la orden de que fuera detenido —orden que se confió a un agente del Sim perteneciente al Partido Comunista—, en vez de ser conducido al Sim había sido puesto a disposición del Buró Político del Partido Comunista, en cuya situación estuvo días y no sé si semanas. Uribe me manifestó que se había comprobado la exactitud de las denuncias y que otro jefe militar, también de filiación comunista, era autor de delitos análogos, pero que el Partido Comunista, ajeno a estos manejos, los desautorizaba por completo.

Posteriormente, como consecuencia de una orden que respecto al proselitismo en el Ejército apareció en el «Diario Oficial», a virtud de acuerdo del Gobierno, se promueve otra campaña contra mí por el Partido Comunista: Luego viene el decreto del 21 de octubre de 1937, relativo a las exenciones militares, que restringe la participación en el Comisariado de hombres comprendidos en los reemplazos movilizados, disponiendo que sólo puedan desempeñar cargos de comisarios en unidades combatientes.

Un buen día, el ministro Uribe provoca la reunión del Consejo Superior de Guerra, reunión que se celebra en tomo a la cama del señor Giral, quien, por entonces,

se encontraba enfermo, reunión que se celebra para tratar de la aplicación de este decreto y, singularmente, por lo que afectaba a uno de los comisarios pertenecientes al Partido Comunista, llamado Antón, comisario del Ejército del Centro. Para los comunistas, Antón resultaba hombre indispensable en dicho puesto. Expuse mi concepto sobre Antón, no muy satisfactorio, por cierto, y dije que le correspondía, según el decreto, bajar de categoría para incorporarse a una brigada. Uribe me habló, de modo genérico, de abusos en el Comisariado y yo le pedí que me

los concretara para corregirlos si se comprobaban. A cuenta de esta tremolina que se armó —por el motivo verdaderamente pueril de que un comisario tuviera que bajar de categoría e irse a una unidad combatiente en vez de estar mangoneando en dos o tres ejércitos—, recibí la visita de Jesús Hernández, para indicarme que, si no era posible en el terreno oficial, diese cualquiera otra solución al caso de Antón, miembro del Buró del Partido Comunista. «¿ Qué quieren que haga ? —contesté—. No sé a qué solución acudir. Quisiera no dar a ustedes prueba de animadversión. Estudiaré la manera de que Antón quede como soldado y pueda atender, sin perjuicio de su servicio, a las cosas del partido». Hablé de esto con el subsecretario del Ejército de Tierra, Bolaños, quien me dijo: «Daríamos un mal ejemplo, porque en la Subsecretaría no he dejado a nadie que no pertenezca a servicios auxiliares».

Pasaron los días, y el comisario general interino me participó que Antón no se había incorporado a su puesto en la brigada a que estaba destinado —una de las que combatían en Teruel— y que andaba por otros sitios. Escribí a Hernández rogándole una solución porque el comisario general acudió a mí protestando contra el hecho de que Antón no se hubiera incorporado a su puesto, con lo cual se menoscababa mi autoridad. Sobrevino el desastre de Teruel y una de las unidades machacadas fue aquélla en la que le correspondía ser comisario a Antón. En vista de todo esto, di de baja en el Comisariado a Antón.

Primeros ataques públicos y directos del comunismo

Por entonces se celebró en Barcelona un acto, que se llamaba conferencia o cosa parecida, del Partido Comunista, acto en el que hablaron exclusivamente «La Pasionaria» y Valdés, del Partido Socialista Unificado de Cataluña. Vi el extracto en la prensa, vi después las galeradas tachadas por la censura del periódico «Las Noticias», que publicaba íntegros los discursos, y me creí en el caso de dirigir a Negrín esta carta:

«Barcelona, 1 de marzo de 1938. Excelentísimo señor don Juan Negrín. Mi querido amigo: Invito a usted a que lea, si no los ha leído, los discursos pronunciados en un acto comunista que se celebró anteayer en Barcelona y cuyo texto literal publica hoy la prensa afecta a dicho partido.

»Fácil sería advertir a cualquiera de los concurrentes al último Consejo de Ministros presidido por el jefe del Estado, que, tanto en la oración de Valdés como en la de Dolores Ibárruri, palpitan comentarios, mejor diríamos una repulsa, a determinadas manifestaciones que en dicho Consejo se hicieron. Pero no es precisamente a cuenta de esto —que no me incumbe— por lo que me permito llamar la atención de usted sobre dichos discursos.

»En ellos, y de manera muy singular en el de Valdés (en el de "Pasionaria " aparecen párrafos tachados por la censura, que no conozco), hay alusiones muy claras a mi gestión ministerial, alusiones que, engarzadas, constituyen un ataque.

Esto, unido al manifiesto que hizo público el Comité Comarcal del Partido Comunista de Cartagena, calificándome, nada menos, que de enemigo del pueblo —documento del cual ya di cuenta a usted—, significa que está en medio de la calle, cosa prevista por mí, el disgusto del Partido Comunista que, como usted sabe, vino a notificarme, de manera oficial, Dolores Ibárruri, acerca de mi actuación en la cartera de Defensa Nacional. (Con respecto a esto debo decir a ustedes que recibí la visita de "Pasionaria ", quien vino a manifestarme que el Buró Político del Partido Comunista no estaba conforme con mi gestión.) Claro —sigo leyendo— que me sería muy fácil defenderme contra esos ataques y obtener —estoy seguro de ello— puesto de ventaja en la polémica, dando a mi defensa carácter ofensivo.

»Me sobran argumentos para colocarme en esta posición ventajosa y tengo arte suficiente para saberlos exponer; pero renuncio a discutir en público en las presentes circunstancias. Entiendo de mi deber guardar silencio. Por cierto que los oradores del acto también censuraron lo que llaman política de silencio y no sé a cuál se referirán; a la del Gobierno, ciertamente, no puede ser, puesto que el Gobierno habla con frecuencia a través de su jefe, y media, además, la circunstancia de que el acto referido se verificaba pocas horas después de haberse dirigido usted al país por la radio.

»Al decir a usted lo que le digo, conste que queda de mi parte abdicado cuanto al amor propio concierna pero puede llegar momento, y creo que está arribando, en que ciertas cosas, además de romper la solidaridad ministerial, afecten, no al amor propio personal, sino a la dignidad del gobernante, y siempre he estimado que sin dignidad no hay autoridad.

»No me pongo ahora a evidenciar la paradoja de que actos públicos anunciados como de adhesión al Gobierno se conviertan en censuras contra resoluciones ministeriales. Me limito a reiterarle lo que verbalmente dije a usted luego de recibir la visita de "Pasionaria que mi actuación como ministro, ante la hostilidad de un partido representado directamente en el Gobierno, es muy difícil, y que nada más lejos de mi ánimo que ocasionar a usted conflicto alguno. Ahora bien, las cosas tienen su límite.

»Como tengo dicho a los ministros comunistas, y repetí a "Pasionaria ", no me hallo dispuesto a soportar una campaña como la que dichos elementos hicieron contra Largo Caballero. Mi posición es distinta a la de aquel camarada. Largo Caballero se creía insustituible en su puesto; yo, por el contrario, creo que me puede sustituir cualquiera y, en la mayor parte de los casos, con ventaja.

»Otra manifestación haré a usted, por si le sirviera para allanar el camino. El Partido Comunista aspira a crear, separándolas de los servicios del Ministerio de Defensa Nacional, un Ministerio de Industrias de Guerra.

»Por mi parte, no hay en ello inconveniente. Presidía aún el Consejo de Ministros Largo Caballero cuando le sometí esa idea, que él rechazó. No pongo porfía alguna en defender facultades del Ministerio de Defensa Nacional, gran parte de ellas

arrogadas por otros departamentos ministeriales y, desde luego, estoy dispuesto, ya lo sabe usted, a declinarlo todo. Puede usted disponer libremente de la cartera de Defensa Nacional; eso en cualquier instante. Mas ante el rumbo que llevan las cosas, no le sorprenda que llegue momento en que yo estime que por ninguna clase de consideraciones debo continuar en este puesto.

»Suyo afmo. amigo, Indalecio Prieto».

Es, como he dicho, una carta del 1 de marzo. Allá, hacia el 25, el 26 ó el 27 del mismo mes —me inclino a creer que el 26—, se verificó en la propia residencia del compañero Negrín una reunión provocada por la Comisión Ejecutiva del partido, reunión a la cual se nos invitó a los tres ministros socialistas. La Comisión Ejecutiva, según exposición que hicieron sus miembros, quería cambiar impresiones con los socialistas participantes en el Gobierno sobre la cuestión militar, sobre la cuestión política y sobre la económica o financiera. Hablé yo, en primer término, sobre la situación militar. Lo hice —no tengo por qué negarlo— en los términos de pesimismo que me caracterizan y que ojalá los hechos desmientan, pues esto sería la mayor satisfacción de mi vida y el error mejor pagado en que yo pudiera haber incurrido. El compañero Negrín interviene y dice a la Comisión Ejecutiva algo parecido a lo que ha reseñado esta mañana: «Ya conocen ustedes a Prieto: es un pesimista temperamental; recarga, acentúa siempre con tintas negras todas las cosas: en materia electoral, en materia política, nunca le habrán oído vaticinar victoria alguna; no se le debe hacer caso». Y luego se deshizo en elogios muy parecidos a los que, con benevolencia que le agradezco, ha hecho esta mañana, refiriéndose a mí. Pero me interesa decir, con respecto a dicha reunión, que el problema allí surgido no versó sobre la cuestión militar, con mi pesimismo o mi optimismo. Eso quedó liquidado con las referidas palabras de Negrín. Es la cuestión política la que adquiere matiz grave, por un relato del compañero Zugazagoitia. Es el problema político creado por la actitud de los comunistas.

Y aquí no hay iniciativa mía, ni la más mínima. Son los miembros de la Ejecutiva quienes hablan al presidente del Consejo de Ministros de la actitud, que estiman intolerable, de los comunistas, incluso dentro del Ejército. Negrín pretende restar importancia a la cosa. Pero entonces el compañero Zugazagoitia exclama, en un alarde de sinceridad: «Don Juan, vamos a quitamos las caretas. En los frentes se está asesinando a compañeros nuestros, porque no quieren admitir el carné comunista, y en cuanto a Prieto, vea usted el artículo que ayer o anteayer se ha publicado en "Frente Rojo " y en "La Vanguardia ", con la firma de «Juan Ventura», seudónimo del ministro de Instrucción Pública, artículo que quiere ser una biografía de Indalecio Prieto». Yo, entonces, siendo ministro, no tenía tiempo de leer periódicos, y no los leía; creo que así me iba muy bien. La verdad la conocía yo y los comentarios, artículos y soflamas no me interesaban, pues no podían tranquilizar ni consolar mi espíritu. Desconocía, por tanto, dicho artículo. Negrín, aludiendo no a la cuestión militar, sino al problema político planteado por la actitud de los

comunistas, dijo terminantemente: «Bueno, voy a decir ante ustedes, oficialmente, lo que en el orden particular e íntimo he manifestado a alguien: No puedo prescindir de los comunistas, porque representan un factor muy considerable dentro de la política internacional y porque tenerlos alejados del poder sería, en el orden interior, un grave inconveniente; no puedo prescindir de ellos, porque sus correligionarios son en el extranjero los únicos que eficazmente nos ayudan, y porque podríamos poner en peligro el auxilio de la URSS, único apoyo efectivo que tenemos en cuanto a material de guerra. Pero de la misma manera que no prescindo de los comunistas, digo que no continuaré un solo minuto en la Presidencia del Consejo de Ministros si Prieto no está en el Ministerio de Defensa Nacional».

Yo había dicho, y está consignado en la carta leída, que, en cualquier instante, para resolver un conflicto político, podía Negrín prescindir de mí, sin que ello me produjera enojo ni despecho. Conozco las necesidades políticas, comprendo las fluctuaciones de una situación como la presente, en que es preciso acudir a gobiernos de coalición, heterogéneos, y me someto, por tanto, a decisiones que pudieran reputarse de sacrificio, impuestas por el complejo de las circunstancias.

Así terminó la reunión. Esto, repito, ocurre el 26 ó 27 de marzo.

Yo, naturalmente, sigo dispuesto a continuar cargando con la cruz del Ministerio de Defensa Nacional, aun cuando con mi autoridad muy disminuida. Al día siguiente, ojeando la prensa, topo con otro artículo de «Juan Ventura» Entonces, sabiendo ya que «Juan Ventura» es el ministro de Instrucción Pública, me decido a leerlo. Y pido, además, el artículo anterior. Leo el último, que se titulaba «El silencionismo», el cual decía que yo era un hombre que guardaba silencio, que lo explotaba en mi provecho personal y que cuando llegaba la hora de la victoria sacaba el pecho para que me cubrieran de galardones; en fin, un artículo no excelente desde el punto de vista literario, pero, como insidia, bastante perfecto. Y, entonces, puse una carta a Negrín, en la que, simplemente, le invitaba a leer el nuevo artículo que contra mí había escrito y publicado Jesús Hernández, compañero de Gobierno.

El artículo anterior se titulaba «Pesimista impenitente». Y su tesis era la misma sostenida hoy aquí por el compañero Negrín y la cual, según él, fue motivo de mi eliminación del Gobierno; que, por grande que sea mi capacidad de trabajo, etcétera, soy hombre que no sirve para dirigir la guerra, porque infiltro mi pesimismo en las masas combatientes y las desmoralizo.

Los dos últimos consejos de ministros a que concurrí

Aquella tarde se celebra Consejo de Ministros.

Yo llevaba propósito decidido de no provocar la cuestión. Despachó Giral, luego despachamos otros ministros y al llegar el tumo al de la Gobernación —yo no había cambiado con él una palabra, a pesar de haber almorzado juntos, como todos los días—, abre Zugazagoitia la cartera y saca las galeradas del artículo que «Frente

Rojo» había publicado por la mañana bajo el título «El silencionismo».

Y Zugazagoitia dice: «Este artículo ha sido tachado por la censura, no obstante lo cual "Frente Rojo " lo ha publicado; y al pedir Gobernación explicaciones a "Frente Rojo" han contestado del periódico alegando órdenes del ministro de Instrucción Pública, que, aun cuando lo tachara la censura, el artículo se publicase. Vengo a quejarme del desacato que esto supone, a exponer la merma que para mi autoridad entraña, etcétera, y ustedes comprenderán que el ministro de la Gobernación queda en ridículo, etcétera».

El de Instrucción Pública, declara: «Yo soy el autor de los artículos y, aunque no en los términos que ha indicado el ministro de la Gobernación, he dado esa orden, porque quien ejerce la censura es un funcionario ministerial y un funcionario no puede impedir la publicación del pensamiento de un ministro; no tolero que la censura, sabiendo que "Juan Ventura " soy yo, prohíba expresar mi pensamiento, pues para esto sólo tiene autoridad el jefe del Gobierno».

Intervención de Negrín, muy ponderada, diciendo: «Hombre, Hernández, no tiene usted razón. La censura puede tachar manifestaciones de ministros; ha tachado algunas veces las hechas por mí, a pesar de ser presidente del Consejo; y, aun discrepando yo de que hubiera razón para tacharlas, no me querellé. Los ministros están obligados a acatar la censura. Pero, de la misma manera, ruego al ministro de la Gobernación que cuando la censura sepa que se trata de artículos de un ministro, proceda con cierta tolerancia».

Entonces decido intervenir. Veo un gesto de intranquilidad en Negrín. «No se preocupe usted —le digo—, que mis palabras serán muy sobrias y serenas. Creo que de esta cuestión sólo se ha ventilado un aspecto secundario. El señor ministro de Instrucción Pública ha declarado ser autor de esos artículos contra el ministro de Defensa Nacional. Juzgo inadmisible el procedimiento. Que un ministro, bajo seudónimo, cierre en la prensa contra otro, acerca de cuestiones de su gestión ministerial sería intolerable para mí en todo tiempo. Aquí, en Consejo, se discute para luego acatar lo que se acuerde. Ir a la prensa a criticar la gestión de un ministro lo considero inaceptable en cualquier momento, pero mucho más si el ministro es el de Defensa Nacional, y esto ocurre en plena guerra. Descarto todo lo personal, porque a Indalecio Prieto le tienen sin cuidado los ataques de Jesús Hernández. Ahora bien, no sólo por la retaguardia, sino en los frentes, andan circulando artículos contra el ministro de Defensa Nacional y, además, se tiene interés en recalcar que esos artículos se escriben por otro ministro. Mi intolerabilidad respecto de ello debe ser absoluta.

»Pero las circunstancias son ahora de tal gravedad que no puedo adoptar la decisión, que adoptaría sin vacilaciones en tiempo normal, declarando que no puedo convivir en el Gobierno con este señor. No puedo marchar de aquí, porque equivaldría a desertar en estos instantes de derrumbamiento del frente del Este. Con el decoro quebrantado, sigo como ministro de Defensa Nacional; mas de hoy en

adelante no tendré con este señor otras relaciones que las estrictamente oficiales y, así y todo, me ha de resultar un poco penoso convivir ministerialmente con él».

Así queda terminado este incidente el 27 o 28 de marzo. Prosigo mis relaciones oficiales con Jesús Hernández. Como a todos los ministros, le mandaba al de Instrucción Pública el parte de novedades.

El 29 se vuelve a reunir el Consejo de Ministros —es la reunión a que ha aludido el compañero Negrín— en mi despacho. Hay ministro que me pide informes sobre la situación militar; yo la expongo con las tintas negras con que, según el compañero Negrín, pinto los cuadros. ¡Ojalá a estas fechas pudiera confesar aquí paladinamente ante usted y demás compañeros mi equivocación! La síntesis de mi exposición fue la siguiente: «Señores, ante la falta de combatividad de nuestras tropas, su desorden y desorganización, ante la enormidad de material por parte del adversario, preveo que los facciosos llegarán al Mediterráneo; tengo por inevitable el hecho, y deben tomarse ya las medidas procedentes».

No sería tanta la negrura con que me expresé cuando, luego de exponer este supuesto, por desgracia ya realizado, someto al Gobierno una serie de ideas por si el corte llega a verificarse. Y digo, aproximadamente: «Si el corte se produce y bajan hasta el Mediterráneo los facciosos, que vienen ocupando sin dificultad posiciones del Maestrazgo que parecían inexpugnables, del lado de allá quedarán: íntegro el Ejército del Centro, que supone del 40 al 45 por ciento de las tropas de la República; íntegro el Ejército de Extremadura, íntegro el Ejército de Andalucía e íntegro el Ejército de Levante, más la parte del Ejército de Maniobra que, al producirse el corte, se quede al sur. Quiere decir esto que quedarán en aquella zona cuatro quintas partes del Ejército republicano. Y en cuanto al territorio, la desproporción, muy considerable, está a la vista. El Gobierno, por tanto, ha de fijar criterio sobre su residencia: si ésta debe seguir siendo Barcelona o si, por el contrario, atendidas las circunstancias de que ha de haber fuerzas militares considerablemente superiores en territorio muchísimo mayor, debe trasladarse a la otra zona».

Interrupción de Negrín: «El Gobierno debe continuar aquí para no perder contacto con la frontera».

—Pues bien —continué diciendo—, siendo ése el criterio del Gobierno, que veo reflejado en las palabras del presidente del Consejo, invito a que se tomen con urgencia medidas de previsión, nombrando delegaciones ministeriales con suficiente amplitud de facultades para proceder holgadamente. Pienso, desde luego, que, sean cualesquiera los defectos del general Miaja, habida cuenta de su popularidad, se encargue éste de la jefatura militar en toda la zona, auxiliado por personas de mérito intelectual y de juicio mesurado. Tengan ustedes en cuenta, lo repetiré, que las facultades que se han de conceder a las delegaciones deben ser amplias, porque las comunicaciones, después de verificado el corte, serán cada vez más difíciles. Habrá de utilizarse la radio; tendrán que cifrarse los despachos al ser transmitidos y descifrarse al recibirlos y, todo ello, con pérdida de tiempo. Por tanto, cuantas más

facultades se den a esas delegaciones será mejor y, además, conseguirán ustedes que en la reacción que produzca el corte no surjan allá donde no esté el Gobierno de la República gobiernitos regionales, provinciales y hasta locales. Lo que les indico es urgente. A mí me preocupa preferentemente la dificultad de comunicar con aquellos ejércitos y, en igual medida, me preocupa el problema de su abastecimiento. La guerra entrará en una fase mucho más difícil desde que se haga el corte.

Parece que los ministros, quizá por el tono que yo diera a la exposición de estas presunciones mías, se apesadumbraron ante perspectivas tan desagradables. Descontando las negruras que yo pusiera en el cuadro, me limité a vaticinar el 29 de marzo lo que tuvo realidad desconsoladora el 14 de abril. Ni más ni menos.

(Prieto se refiere en que, en esta última fecha de 1938, las vanguardias de la Quinta División de Navarra se asomaron al mar junto a Vinaroz y cortaron en dos la zona republicana, N. del A.)

Negrín nos ha referido el estado de ánimo en que aquella noche; después de oírme, se retiró a la Presidencia del Consejo. Los demás ministros, por lo visto, se conturbaron. Pero yo no sé proceder de otra manera. A los compañeros de Gobierno, que participaban de mi propia responsabilidad, no les podía ocultar mi parecer.

No revelé ante el Consejo, ni entonces ni nunca, secretos acerca de operaciones militares para el futuro; lo que he hecho en todo instante ha sido no ocultar la situación ni disfrazarla, sino exponerla tal como yo la veía.

El ministro de Defensa Nacional —se dice— era un pesimista, un hombre de espíritu negro. Pues bien, sus compañeros, que le conocían por convivir con él, podían rebajar el pesimismo, atenuar las tintas negras de la pintura. Yo hablé el 29 de marzo de hechos probables y propuse medidas adecuadas a ellos. Los hechos están ahí, desgraciadamente, dándome la razón. ¿Era un crimen haberlos previsto? ¿Me desmoronaba yo ante la presunción de que ocurrieran? ¿Cómo, si proponía los medios para hacerles frente?

Singular notificación de mi cese ministerial

La mañana del día siguiente, 30 de marzo, llega a mi despacho, muy temprano, el compañero Zugazagoitia. Gran extrañeza de mi parte, porque no era habitual en él madrugar, puesto que trasnochaba mucho en el Ministerio de la Gobernación.

—Me ha llamado el presidente del Consejo —me dijo— y me ha preguntado si usted se enfadaría mucho si le quitara del Ministerio de Defensa Nacional, y me he adelantado a decirle que no se enfadará usted. ¿He acertado en la respuesta?

—Plenamente —contesté.

—Pues me alegro —añadió Zugazagoitia—; voy a confirmárselo al presidente del Consejo.

—Yo también se lo confirmaré, para que no tenga dudas. Voy a escribirle una carta, diciéndole que prescinda del supuesto de que me enojaré.

Y una hora después pasé al presidente esta carta, cuya copia obra también en el archivo de la Ejecutiva:

«Barcelona, 30 de marzo de 1938. Excelentísimo señor don Juan Negrín. Querido amigo: Le escribo luego de hablar con Julián Zugazagoitia, quien ha venido a darme cuenta de una conversación tenida con usted y

de la cual fue tema mi actitud en el seno del Gobierno y mis perspectivas de la guerra. Zugazagoitia estuvo muy justo al decirle que no encontraría usted de mi parte dificultades para sustituirme en la cartera de Defensa Nacional, que no me resentiría por tal acuerdo y que seguiría incondicionalmente a su disposición. Solamente, y en cuanto a esto último, habré de pedirle un favor: el de que, si dispusiera de mí para algún otro cargo, no fuese dentro del Gobierno.

»Esta petición es consecuencia de las manifestaciones que me vi en el caso de formular durante el penúltimo Consejo de Ministros, cuando, al quejarse Zugazagoitia de que, con pleno desacato, el órgano comunista "Frente Rojo " había publicado un artículo, que tachó íntegro la censura. Jesús Hernández se declaró autor de ese trabajo y de otros que con el seudónimo de "Juan Ventura " aparecieron en la prensa barcelonesa y en los que se me atacaba por mi visión de nuestra lucha y por mantenerme silencioso. Recuerdo mis palabras de entonces, tan sobrias como terminantes: "Si nos halláramos en período de normalidad, aunque ésta sólo fuera relativa, yo abandonaría en el acto el puesto que ocupo, pues por mi concepto de lo que debe ser la solidaridad ministerial en todo momento y de manera muy singular en los presentes, estimo inadmisible el proceder del ministro de Instrucción Pública al atacarme en la forma que lo ha hecho. Mas la situación actual me impide marcharme. El deber me ata al cargo. Abandonarlo ahora por propia voluntad, aun con motivo tan poderoso, equivaldría a desertar y yo no deserto. Sigo, pues, siendo ministro de Defensa Nacional, pero sabiendo que, desde ahora, ejerceré el cargo sin autoridad y sin decoro. Únicamente me será permitido que, a partir de este instante, mis relaciones con quien ha procedido de ese modo, se limiten a las estrictamente oficiales. Aun así, mi convivencia con él habrá de resultarme muy penosa. " A lo que dije entonces sigo ateniéndome, y de ahí mi ruego de que, al prescindirse de mí en el Ministerio de Defensa Nacional, me releve de seguir sufriendo tan penosa convivencia.

»Al caer Bilbao en manos del enemigo, pedí a usted que aceptara mi dimisión y reiteré esa súplica cuando, al rendirse Gijón, se consumó la pérdida del norte. Recientemente, y como consecuencia de la campaña del Partido Comunista contra mí, campaña notoria a pesar de negativas meramente formularias, y de la cual son reflejo los artículos de Jesús Hernández, he dicho a usted varias veces, de palabra y por escrito, que sería una buena obra política alejarme de la gestión ministerial que me fue confiada en mayo de 1937, al constituirse el actual Gobierno. Los reveses de la guerra quebrantan a quien más principalmente encarna la dirección de la misma. Después de los rudos golpes del norte, han venido éstos de Aragón, tan tremendos

como aquéllos. Midiendo por la magnitud de lo ocurrido mi quebranto, me considero un instrumento inútil.

»Pero hay más: hay que usted y yo discrepamos en las perspectivas de la guerra y en la conducta que el ministro de Defensa Nacional debe seguir con los compañeros de Gobierno. Mis perspectivas de la guerra parece que anulan, en todo o en parte, mi acción directora. Se lo he oído a usted varias veces y ésa es, precisamente, la tesis desarrollada por Jesús Hernández en uno de sus artículos.

»En resumen, no soy apto para el cargo que desempeño por mi visión de los acontecimientos. Y, además, procedo sin discreción al exponer crudamente mi parecer en pleno Consejo de Ministros. Entiendo que ante mis compañeros de Gobierno no debo ocultar, disimular ni disfrazar mis pensamientos. Ni lo hice nunca, ni lo haré jamás. Si acaso, ello le podrá ser tolerado a quien asuma la presidencia del Consejo de Ministros. Tengo sobre esto mis dudas, que no es cosa de desarrollar aquí; pero no me cabe ninguna acerca de que a un simple ministro no le son lícitos ni la ocultación, ni el disimulo ni el disfraz de su opinión, cuando la expone ante el Gobierno. Y, desde luego, entiendo que sobre cuestiones fundamentales —la guerra es cuestión fundamental en grado sumo— no caben discrepancias entre un ministro y el presidente del Consejo, siendo éste, como es, constitucionalmente, único responsable de la política ministerial.

»Estimo, pues, archilógica mi sustitución en el Ministerio de Defensa Nacional. Puede usted decretarla en cualquier instante, seguro de que no me producirá enojo ni contrariedad y que seguirá usted teniéndome a sus órdenes, porque así me lo impone el deber y me lo aconseja la amistad.

»Afectuosamente le saluda, Indalecio Prieto».

Ni a esta carta, ni a la anterior ni a muchísimas más —porque el compañero Negrín, ya lo ha dicho él esta mañana, no es partidario de dejar escritos papeles, ni esculpidas lápidas— tuve contestación. La gestión prosigue a través de Zugazagoitia. Éste, después de haber hablado telefónicamente con el jefe del Gobierno —luego he caído en la cuenta de que acaso Zugazagoitia en las entrevistas que tenía conmigo como en las que tenía con Negrín no transmitiera de manera muy exacta los puntos de vista de uno y otro, con propósito de llegar a solución más conciliadora—, me dijo:

—He hablado con Negrín y éste entiende que usted debe seguir en el Gobierno.

—¿ Cómo voy a seguir en el Gobierno ? ¿ Qué solución es ésa ?

—Ha pensado dividir la cartera que actualmente regenta Giner de los Ríos y darle a usted una parte de esa cartera.

—¿Qué parte?

—La de Obras Públicas y Ferrocarriles.

—¡Pero si Negrín sabe que soy partidario de que todas las comunicaciones a cargo de ese Ministerio pasen al de Defensa Nacional! Por no provocar conflictos en el seno del Gobierno, no he recabado, como era mi deber, todas esas funciones, que

en el Reglamento de Campaña están asignadas al Ministerio de Defensa Nacional; sólo por la paradoja de que en la guerra más cruenta y espantosa que ha padecido España haya dejado de declararse el estado de guerra, no se ha hecho así. Y yo, que he sostenido que los ferrocarriles deben pasar al Ministerio de Defensa Nacional, que he dicho que Correos y Telégrafos tienen que depender también de Defensa, ¿voy a ponerme en contradicción con mis propias convicciones regentando tales servicios desde otro Ministerio? Eso carece de sentido.

Zugazagoitia me dice, con muy buena voluntad:

—Yo rogaría a usted, para aliviar la pena de Negrín, que le diera facilidades, pues se encuentra en un estado de ánimo…

—No me lo explico. Quien debería hallarse en mal estado de ánimo soy yo; él es optimista y la dificultad que encontraba en mí se la allano, de modo que no veo la razón de que se encuentre deprimido.

—¿Qué solución cabría buscar para que usted siguiera en el Gobierno ?

—No veo ninguna. Negrín, en ocasiones anteriores, al dimitir ministros, los ha nombrado sin cartera. Ésa podría ser una solución para satisfacer sus deseos, ¡ah!, pero yo no sería ministro sin cartera simplemente para disponer de automóvil con conductores galoneados y concurrir a Consejo a despachar cada vez treinta o cuarenta expedientes de penas de muerte. Si fuera ministro, lo sería con toda mi responsabilidad y en plena función, y si discrepo ahora del presidente del Consejo en problema fundamental, seguiría discrepando. Para ministro sin cartera no tengo temperamento, y menos para ministro incondicional. Yo no seré jamás un ministro mudo. Tengo mi personalidad y mi historia a las que no renuncio. No creo que en ello haya orgullo desmedido. Si sigo siendo ministro, consideraré que sigo siendo responsable de toda gestión ministerial conjunta, incluso de la del ministro de Defensa Nacional, y tendré que hacer objeciones y formular discrepancias, llegado el caso. Por lo tanto, el conflicto que quiere evitar Negrín ahora, con mi cese, seguirá latente. Habrá conseguido, a lo sumo, destruir la acción perniciosa que, según él, irradia mi pesimismo entre los organismos subalternos del Ministerio de Defensa Nacional; pero como ministro sin cartera seguiré pensando lo mismo, porque ésa es mi convicción y subsistirá la desavenencia.

Nueva entrevista con Zugazagoitia, al día siguiente, para decirme:

—He vuelto a hablar con Negrín; hemos discurrido acerca del mucho trabajo que da la cartera de Defensa Nacional.

—Tal como yo entiendo el cargo, hay que estar catorce o dieciséis horas diarias al pie de los aparatos telefónicos y telegráficos, recibiendo informes y transmitiendo órdenes. Aquí no se puede decir: esto lo haré mañana; aquí hay que permanecer horas y horas al pie de todos esos aparatos, pues a cada momento se plantea un problema que es preciso resolver en el acto por telégrafo o por teléfono o por teletipo, y debe hacerlo el propio ministro.

—Es que había pensado Negrín que viniera usted aquí a ayudarle…

—¿Para qué?

—Pues para actuar de algo así como de secretario general.

—Mire usted, Zuga; no puedo medir el grado de mi humildad; ignoro si podría llegar a ese extremo, pero si llegara, creo inútil apelar a ella; hay motivos de decoro externo que no lo permiten. A la puerta de este recinto unos hombres me presentan hoy armas por ser ministro (hombres que unas veces son marinos, otras soldados de infantería, otras aviadores); pues bien, al día siguiente se mofarían de mí, me tirarían huesos de melocotón o cascotes de ladrillo si vengo a desempeñar funciones tan subalternas. Yo, al cesar en el Ministerio de Defensa, no puedo volver a poner aquí los pies. Pero vamos a suponer que mi humildad lo permite y vamos a suponer, también, que esos hombres reprimen sus sonrisas burlonas al verme entrar al día siguiente en cargo tan secundario como en el que habría de estar a las órdenes del ministro de Defensa. Pues aún así, sigue siendo irrealizable la idea, porque si estoy aquí perennemente mientras Negrín atiende a otras cosas, habré de resolver por mí muchos asuntos, para no dejarlos paralizados, y ¿cómo voy a hacerlo con criterio discrepante, sabiendo que el ministro de Defensa no piensa como yo? Eso lo puede hacer un hombre íntimamente compenetrado con el ministro de Defensa Nacional. Yo no puedo hacerlo. Ni en la mayor humildad es posible que lo haga.

Solamente los comunistas deseaban mi salida del Gobierno

Nadie me habla ya más de la crisis. Pasan los días. Yo, naturalmente, percibo el enorme quebranto de un ministro que, en realidad, ha dejado de serlo. Lo sabía el Ejército, lo sabía la retaguardia, andaba la noticia por los cafés, era pública. Me encontraba en una situación que, a mi entender, no podía prolongarse. El primer día del proceso de la crisis, el 30, vino a verme la Comisión Ejecutiva del partido, preguntándome qué sucedía, pues había llegado a ella la noticia de que yo había dimitido la cartera de Defensa. La Ejecutiva me dice, en síntesis:

—Es problema grave para nosotros, porque, por acuerdo reciente, nos hemos solidarizado con usted en cuanto a la campaña de los comunistas, y no sabemos qué actitud tomar en este momento. ¿ Usted qué cree que debemos hacer?

—Yo no puedo aconsejarles otra cosa sino que den ustedes toda clase de facilidades a Negrín para que me sustituya, si entendiese que no debo seguir en la cartera de Defensa Nacional; estimo que ustedes no deben estorbar ese propósito.

—Es que nosotros, en tal caso, nos pondremos en contradicción con el acuerdo adoptado.

—Aquí no hay más solución que limitar el conflicto político a sus proporciones mínimas. Yo entendía que en las presentes circunstancias, con el Ejército del Este en desorden, no debía producirse ningún cambio en el Gobierno, no debía provocarse cuestión alguna de esta clase.

Pocos días antes, el compañero Negrín, al interpretar yo mal unas palabras suyas —mal, según él—, cuando en un Consejo de Ministros, víspera de otro que se celebró en la Presidencia de la República, dijo que acaso al día siguiente

recibiésemos una comunicación anulando la convocatoria del Consejo bajo la presidencia del jefe del Estado —lo que narro ocurrió a los pocos instantes de celebrar Negrín la conferencia con el embajador de Francia, que tanto deprimió su ánimo—, interpretando yo, bien o mal, las palabras de Negrín, le dije delante de todos los ministros: «No hay derecho a eso; en estas circunstancias no se puede admitir ningún conflicto político. Todos debemos seguir amarrados a la galera».

Ésta era mi actitud en aquellos momentos. (El compañero Negrín pronuncia palabras que no se perciben.) No por la actitud de usted, sino por la interpretación que di a sus palabras, dije que en aquel momento nadie tenía derecho a dimitir. Me interesa hacer constar que en aquellos instantes no dimití, ni podía dimitir; no estimaba decoroso dimitir.

Acudió a mí, como digo, la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y se desarrolló la conversación en los términos que he referido. Con toda sinceridad y con todo empeño exhorté a mis compañeros a que facilitaran la gestión de Negrín y a que no se hiciera hincapié en mi continuación en el Ministerio de Defensa Nacional, con el fin de evitar el estrago, a mi juicio evidente, de un conflicto político de vastas proporciones.

Al día siguiente o a los dos días —no lo recuerdo a punto fijo— vuelve a mi despacho González Peña para darme cuenta del acuerdo de la Ejecutiva en los siguientes términos:

—La Comisión Ejectitiva se ha reunido y ha examinado las circunstancias políticas. El hecho de que usted salga del Ministerio de Defensa Nacional lo estima la Ejecutiva casi como una indignidad, pero, ante las circunstancias políticas presentes, no hay más remedio que aceptar ese sacrificio.

—Me parece bien —contesté.

Tuvo Peña una bondad más conmigo.

—Voy a ver al presidente de la República —me dijo—, ¿qué cree usted que le debo decir?

—Lo mismo, exactamente lo mismo: que se debe facilitar a Negrín la solución que pretende al sustituirme. Aparte de esto, no se puede prolongar más mi interinidad.

—¿Lo cree usted así?

—Sinceramente se lo digo.

Otra visita, verdaderamente extraordinaria, porque mis relaciones con los sindicalistas eran casi nulas. Me dicen: «El Comité de la CNT quiere verle». Era hora avanzada de la noche, las once. Contesté: «Dígales que vengan mañana». Respuesta: «Quieren que sea esta misma noche, que es urgente». Decidí recibirles en el acto.

La Comisión de la CNT estaba formada por Galo Diez, Horacio Prieto y Segundo Blanco, el actual ministro de Instrucción Pública. Me hablan del conflicto político, y me preguntan qué hay acerca de él. Les relato lo ocurrido, y me dicen:

—Nosotros venimos aquí en representación de la CNT para manifestarle lo siguiente: ¿ Usted cuenta con la confianza del Partido Socialista ?

—No me ofrece duda alguna después de la notificación que me ha hecho la Comisión Ejecutiva del mismo.

—¿Y con la confianza de los partidos republicanos?

—Lo ignoro. Eso no puedo decírselo a ustedes de modo tan terminante; pero, si he de juzgar por testimonios aislados, presumo que sí.

—Nosotros —me dijo Galo Diez— podemos convertir esa presunción en afirmación. Nosotros le decimos que los partidos republicanos no están conformes con que salga usted del Gobierno, y, además, venimos a manifestarle que la CNT, no obstante la enorme distancia ideológica que nos separa de usted, no tiene motivo alguno para desear que usted abandone el Ministerio de Defensa Nacional.

—Muchas gracias.

—¿ Conoce usted un documento que las dos Sindicales hemos entregado, días atrás, al presidente del Consejo de ministros?

—No, señor.

—¿Pero Negrín no ha dado cuenta de él en Consejo?

—No.

—Se lo podemos reproducir casi de memoria, porque el documento es muy breve. Aproximadamente dice lo siguiente: «La CNT y la UGT comparecen ante el presidente del Consejo para decirle que desean estar representadas en el seno del Gobierno; pero que, dadas las circunstancias presentes, estiman de tal gravedad cambiar la estructura ministerial que, aun no considerando justa la actual distribución de carteras y puestos, entienden que debe continuar el Gobierno como hoy está constituido y que, únicamente, deben entrar en él un representante de la CNT y otro de la UGT como ministros sin cartera».

Al día siguiente me llamó el presidente de la República, quien, en tono de reprimenda, empezó diciéndome:

—Buen conflicto me ha creado usted.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, por su dimisión.

—Perdone, yo no he dimitido; eso no es exacto.

—Pues Negrín me ha dicho que ha dimitido usted, y yo le he contestado: Será una de las rabietas de Prieto, el cual habrá exclamado: «¡Que se vaya todo esto a hacer gárgaras!».

—Pues ni siquiera ha existido rabieta alguna de mi parte.

Y le referí, como acabo de referirlo ahora, lo sucedido, añadiendo:

—Llevo de ministro dimisionario varios días, y esto se debe resolver con rapidez, señor presidente. En plena guerra, con la crisis abierta hace días, la permanencia en su cargo del ministro de Defensa Nacional, que ya no existe de hecho, pues todo el mundo lo sabe, ocasiona una falta de autoridad terrible que puede originar

cualquier catástrofe.

—Quiero arreglar esta cuestión, pero Negrín me ha venido a decir ayer: «El problema político está en medio de la calle y si no acepta usted el gobierno que quiero formar, un gobierno de Guerra (lo ha llamado así), la responsabilidad será de usted». «¿Y quién ha puesto el problema en la calle? —continuó el señor Azaña al relatarme su diálogo con Negrín—; porque el presidente de la República nada ha dicho a nadie, y, por tanto, no es él quien lo ha llevado a la calle». «Como yo lo he tenido que decir a los partidos, se habrá sabido en la calle». «Pero usted debió consultar conmigo, como jefe del Estado, antes que con los partidos, y así nos hubiéramos evitado que el conflicto trascendiese a la calle».

Después de mi entrevista con el señor Azaña yo no intervengo en nada más, ni nada más sé hasta que el 5 de abril, por la mañana, me encuentro en «La Vanguardia» —soy periodista y como hombre del oficio distingo bien el origen de los trabajos periodísticos, incluso cuando se fingen diálogos que son notas muy pensadas y corregidas— con un artículo de fondo en el cual se dice que la crisis está resuelta quedando el poder civil y el militar en una sola mano. No ocultándoseme la relación estrecha de Negrín con «La Vanguardia», aquella misma mañana le puse esta carta:

«Barcelona, 5 de abril de 1938. Excelentísimo señor don Juan Negrín. Mi querido amigo: Cuando le escribí mi carta del 30 de marzo último, a raíz del requerimiento que me hizo Zugazagoitia a fin de que diese a usted facilidades para sustituirme en la cartera de Defensa Nacional, creí yo que el problema político se reducía simplemente a mi sustitución; pero habiendo conocido después, por diversas referencias, los rumbos que piensa usted dar al Gobierno y estando disconforme con ellos, debo decirle, de manera terminante, que no acepto puesto alguno en el Gobierno, porque, seguramente, habríamos de discrepar en cosas fundamentales y, sobre todo, en determinado nombramiento, que ya es público. Me parece preferible esta actitud previa mía a otra posterior que pudiera ser dañosa.

»Suyo afmo, amigo, Indalecio Prieto».

Y evito así mi entrada en el Gobierno, si se pensaba en ella, porque hubiese tenido que presentar mi dimisión en el acto mismo que jefe del Gobierno trajera determinado nombramiento, o acaso dos. Había tenido publicidad el propósito de Negrín de nombrar a Jesús Hernández comisario general de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire o del Ejército de Tierra solamente, cosa que el compañero Negrín negó, y que no se ha realizado, aunque prácticamente Hernández es comisario de cuatro quintas partes del Ejército, porque desempeña sus funciones en todos los ejércitos de la zona sur. Conste que no tengo resentimiento personal con Jesús Hernández. Si yo no podía aceptar el nombramiento a su favor de que se hablaba, era por el predominio del Partido Comunista en el Ejército, predominio que considero dañoso. Aparte de esto, se había dado la circunstancia de que la Juventud Socialista Unificada de Madrid había llamado telefónicamente a la Subsecretaría del Ejército

de Tierra preguntando por Cordón, creyendo que éste era ya subsecretario, cuando todavía desempeñaba el cargo Jesús Pérez Salas.

Después de haber conocido al teniente coronel Cordón como autor de persecuciones contra elementos socialistas en el Ejército del Este ¿iba yo a asentir con mi voto a su nombramiento para subsecretario del Ejército de Tierra? Por eso decía en mi carta que, conociendo determinado nombramiento en que pensaba Negrín, no podía pertenecer yo al Gobierno. No formando yo parte de éste, quedaba evitado el estrago de una segunda crisis a poco de constituirse el nuevo Gabinete.

Negrín me castiga por supuestas indiscreciones con la Embajada Francesa.

El 5 de abril, por la tarde, recibí la visita del compañero Negrín, visita de cortesía, que le agradecí, momentos antes de ir a someter al presidente de la República la lista del nuevo Gabinete. Yo no tenía derecho a pedir explicaciones, pero, ante mi absoluta ignorancia de las causas de su determinación y al amparo de la amistad, pregunté a Negrín:

—¿Por qué soy eliminado en estas circunstancias del Ministerio de Defensa Nacional?

Habló de mi pesimismo, pero yo alegué que mi pesimismo no había surgido inopinadamente, que procedía de antes de ser ministro de Defensa. Y para explicarme su decisión, dijo:

—Hablando el otro día con el embajador de Francia, exclamó éste: «¿Pero cómo es usted tan optimista, si el ministro de Defensa, creyendo perdida la guerra, estima que nada hay qué hacer?».

—No he hablado jamás con el embajador de Francia; no le conozco; no he cambiado una sola palabra con él; no sé cómo es; no he cruzado con él un solo renglón de correspondencia. (Y a estas horas, a éstas en que hablo ante el Comité Nacional, aún no conozco al embajador de Francia.).

—Se lo habrá dicho usted a alguno de sus agregados militares.

—No soy tan imprudente para hablar con los agregados militares de cosas de ese género.

Pero, además, ¿cómo iba a creer el embajador de Francia en ese supuesto si yo acababa de entregar una petición de material al coronel Morell, agregado militar a la Embajada de Francia —sesenta veces nos habían preguntado qué era lo que necesitábamos, para no enviarnos nunca nada—, y en servicio de la urgencia de tal petición hice conducir al coronel Morell en mi propio automóvil a Perpiñán para que alcanzase el tren? Un ministro que pide material no es hombre que se acoquine y prescinda de todo elemento defensivo. Pero hay más. El coronel Morell, llamado por su Gobierno, iba a avistarse con Blum, Gamelin y Daladier. Mandé traducir al francés a toda prisa, para que Morell lo entregara directamente al Gobierno de París, un proyecto de reconquista del norte, que yo, personalmente, había redactado,

incluso sin darlo a conocer al Estado Mayor Central.

«Si el Gobierno francés —creo que se puede ya hablar de estas cosas— nos quiere prestar cierto auxilio disimulado, a base de los vascos emigrados que hay en Francia, a base, además, de los miles de prisioneros recluidos en El Dueso, en buques surtos en la ría de Bilbao, y en las cárceles, que yo conozco, cercanas a aquella villa, a base de que Francia nos deje pasar material de guerra y a base de utilizar los dos submarinos, el destructor José Luis Diez y varios bous armados que tenemos en puertos franceses, yo me comprometo a reconquistar, por sorpresa, Guipúzcoa y Vizcaya». ¿ Qué derrotismo es el de un ministro que piensa así y entrega ese documento al agregado militar que va a hablar con el jefe del Gobierno de Francia, con el ministro de Defensa Nacional y con el jefe del Estado Mayor de aquel país?

Negrín me dice que va a ver al presidente de la República. Marcha con él Zugazagoitia. Horas después, a la una de la madrugada, suena el teléfono de mi alcoba. «Le llama a usted desde Madrid el general Miaja urgentemente».

—¿Qué hay, general?

—Acaba de dar la radio una lista del nuevo Gobierno.

—¡Ah!, pues nada sé, general.

—No chancee usted; lo sabrá mejor que yo.

—Le digo que no sé nada.

Y entonces, el general Miaja me da la lista completa del nuevo Gobierno. Por Miaja, y desde Madrid, conocí la solución de la crisis.

Al día siguiente, doy posesión al compañero Negrín, en palabras emocionadas por parte de los dos. Como «La Vanguardia» había empezado a hablar de mi quebrantada salud, yo tuve que decir que no había tales nuevos quebrantos de mi salud; que en mayo de 1937 Negrín me asignó la cartera de Defensa Nacional y acepté; que en abril del 38 decidía sustituirme y me volvía a mi casa, tranquilo y sereno, seguro de que las mayores dotes, mayor capacidad y mayor vitalidad del compañero Negrín servirían para sustituirme con muchísima ventaja, por lo que acaso hubiese sido un mal no haberme reemplazado antes.

Los rusos me declaran la guerra

Y, ahora entremos, porque creo de mi deber entrar, en otro proceso que corre paralelamente al de la hostilidad de los comunistas contra mí. Me autoriza a ello algo que por ahí se ha dicho reiteradamente. No voy a deshacer patrañas tan absurdas como la que se ha expandido sistemáticamente de que Teruel se perdió por una traición mía. Esto tiene el mismo valor que otra afirmación consignada en un folleto escrito por un anarquista, antiguo consejero de la Generalidad, afirmación según la cual, Bilbao lo entregué a los facciosos, de acuerdo con Inglaterra. Ésas y otras patrañas para acusarme de traidor no me importan. Pero ha habido versiones

de mi eliminación del Gobierno que, sin ser exactas ni muchísimo menos, tienen una raíz, un entronque, un engarce con ciertos hechos reales que se desfiguran tremendamente. Traigo aquí copia de un informe que el comandante Francisco García Lavid, jefe de la 61 Brigada Mixta del Ejército de Maniobra, ha entregado a la Secretaría General del Ministerio de Defensa, a la Comisión Ejecutiva de nuestro partido y a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista del País Vasco. A este informe pertenecen los siguientes párrafos:

«Factor importante que motiva desorden y desastres es la campaña proselitista, a la vez que crítica política, que en el frente hacen determinados elementos. Coincidiendo con nuestra estancia en Alcalá de Chísvert, al amparo del malestar que la salida del compañero Indalecio Prieto produjo entre la tropa, se desencadenó contra él una campaña repugnante y asquerosa que indignaba incluso a los compañeros de la CNT. Los mismos elementos (los comunistas) que hasta ayer ensalzaban, aun más que nosotros mismos, al compañero Prieto le calumniaban e injuriaban de una forma que sería visiblemente infantil si no hubiera gentes que prestasen oídos a todo y creyesen todas las estupideces que los charlatanes puedan decir.

»Los mismos que antes levantaban a Largo Caballero y después le derrumbaban e injuriaban; los mismos que ensalzaron a Prieto, le atribuían cosas que nuestro camarada no sólo es incapaz de hacer sino que no puede hacer nadie, por razón misma de las circunstancias.

»Cuando ya había sido disuelta la 61 Brigada, llegaron destinados a la misma dos oficiales, don Marcelino Fernández Guzmán y don José Prieto Peña, que inmediatamente manifestaron de una forma pública su simpatía por el Partido Comunista.

»A la vez, me indicaron que ellos no podían ir al frente, por cuyo motivo me vi obligado a extender el oficio siguiente: "Encontrándose entre la oficialidad destinada a esta unidad de mi mando los tenientes don Marcelino Fernández Guzmán y don José Prieto Peña y hallándose ambos imposibilitados para andar normalmente, ya que padecen lesiones en el pie izquierdo producidas por arma de fuego en acciones de guerra, según testimonian los respectivos certificados médicos que adjunto, me dirijo a usted con el fin de que, a la vista de lo que antecede, se sirva indicarme lo que procede hacer en consecuencia. C. G. 12 del 4 de 1938. El mayor jefe (firmado), Francisco García Lavid (rubricado). Señor coronel jefe del Ejército de Maniobra."

»Sin embargo, sin recato de ninguna especie, hacían circular el rumor de que la salida del compañero Prieto del Gobierno se debía a los dos motivos siguientes: I, a que Prieto se negaba a la entrega de oro para adquirir material de guerra; y 2°, a que Prieto se mostraba enemigo de la intervención en la guerra de pilotos rusos que deseaban hacerlo a nuestro favor, pretextando Prieto (según ellos), que el enemigo podía hacer intervenir a extranjeros en la guerra, pero no nosotros.

»A mí mismo me indignó el hecho de tal forma que tuve que llamar la atención a los dos mencionados tenientes en presencia de soldados que escuchaban sus asertos.

»La cosa no tendría gran importancia en otros momentos, pero en los actuales de depresión de ánimo de la fuerza, cuando basta cualquier pequeño detalle para sembrar el desánimo y el desconcierto, los soldados se mostraban descorazonados por las disidencias que, al parecer, existían en el Gobierno.

»De callar nosotros, los socialistas, ante esos hechos, la gente escucha a los irresponsables que ponen por encima de todo el interés de su partido; si hablamos y reaccionamos contra ellos, surgen conflictos lamentables. De eso abusan quienes, hablando de ganar la guerra, no parece importarles mucho perderla si la guerra no conduce a su victoria partidista.

»No sé quién puede ni cómo podrán corregirse los males que son siempre causa determinante de desastres y hechos como los que apuntados quedan en este informe; pero estimaba un deber ineludible comunicarlo al partido para que vosotros sepáis a qué ateneros sobre el particular».

Me encuentro, como veis, junto al rumor disperso, aunque sistematizado y peligroso para mí de hacer circular entre las tropas la versión de que yo he procedido traidoramente y, además, con otra versión a cargo de elementos solventes, con graduación en el Ejército y con filiación política conocida, los cuales extienden entre las tropas afirmaciones que han corrido tanto que en mi breve estancia en el extranjero, después de mi salida del Gobierno, me he hallado con el hecho, que sería pintoresco si no fuera monstruoso, de que funcionarios de la Subsecretaría de Propaganda, adscritos también al Partido Comunista, han ido divulgando lo mismo por centros oficiales de París y Londres.

Naturalmente, no creo cometer indiscreción alguna en los momentos actuales con lo que voy a decir a seguida, entendiendo que debo dar cuenta al Comité Nacional de cuáles han sido mis relaciones con los elementos a que en esa referencia insidiosa se hace alusión, para dejar sentado, en primer término, la corrección que he observado siempre con los rusos venidos a auxiliarnos en nuestra lucha, y cómo cuanto se ha hecho correr es una serie de insidias basadas en hechos que, al ser conocidos exactamente, darán idea de la mala fe con que se tejen tales versiones.

He tenido, es cierto, algunos incidentes —y esta parte de mi informe puede quedar secreta hasta el día que se estime conveniente— con los rusos. Y el primero, quizá el originario de la campaña contra mí, arranca del SIM.

Determinados técnicos rusos me propusieron, en Valencia, que se crease un Servicio de Investigación Militar. Confieso que hice resistencia al proyecto. ¿Por qué resistía yo? Aun creyendo en la necesidad del servicio, la misión policíaca me repugna; pero esto no era motivo bastante para mi resistencia, sino el temor a que, cual había ocurrido recientemente en la Dirección de Seguridad, elementos no controlados por el Gobierno se apoderaran del resorte tan delicado y cometieran abusos que pudiesen ir en daño de la República, como alguno escandaloso, que no es

menester citar. Pero, ante la presión insistente, creo el Servicio de Investigación Militar.

Me preocupaba muchísimo la provisión de la Jefatura, hasta que di con un íntimo amigo mío, a quien hice venir de Francia, donde estaba con su familia. Al confiarle el cargo, le di estas instrucciones: «Vas a formar el SIM ponderadamente, con elementos de todas las agrupaciones del Frente Popular. Tus únicos cuidados serán estos dos: no consentir que el nuevo organismo se convierta en instrumento de los comunistas y no tolerar que los técnicos rusos tengan el control. Atiende los consejos de estos técnicos, y sigue sus orientaciones, que pueden ser muy útiles para ti, pero la jefatura siempre en tu mano y en mano del Gobierno, y de nadie más». Tuve poco acierto en la elección de aquel compañero. Por razón de una estrecha amistad conmigo, no se atrevió a decirme que le desagradaba el cargo, y lo aceptó de mala gana. Las cosas que se toman con repugnancia acaban por ser abandonadas, y habiendo ocurrido así en este caso, la jefatura del SIM llegó a ejercerla, de hecho, un republicano llamado Sayagués. Vino la designación de jefes comarcales del SIM, y los patrocinadores del proyecto me propusieron a un tal Durán, para la zona de Madrid. No se me ocultaba que el propuesto era comunista; lo sabía, a pesar de lo cual fue nombrado por mí.

En el decreto de creación del SIM de agosto de 1937 —decreto que redacté yo mismo, porque no quise seguir de manera esclava el proyecto que me fue entregado — hay un artículo por virtud del cual los nombramientos de todos los agentes del SIM corresponden exclusivamente al ministro de Defensa Nacional. Ésta era una garantía que, previsoramente, quise establecer. Nadie podía ser agente del SIM si no estaba en posesión del carné que llevara por duplicado la firma del ministro. Nombrado Durán jefe de la Demarcación del Ejército del Centro, designa él, por sí y ante sí, sin facultades para ello, a los agentes que habían de estar a sus órdenes, que en número de algunos centenares eran comunistas y sólo cuatro o cinco socialistas, excluyéndose, además, a los socialistas que, interinamente y a propuesta del ministro de la Gobernación, desempeñaban entonces la misma misión. Me encontré ante un caso intolerable, por lo cual, alegando, y con fundamento, que me faltaban mandos en el Ejército —pues había advertido su escasez y deficiencia en las operaciones de Belchite—, dispuse que todos los jefes militares que no estuviesen en cargos peculiares del Ejército volvieran a sus antiguos puestos y así hice retomar a la función militar al comandante Durán. A raíz del cese de Durán en el SIM, recibí la visita de cierto técnico ruso, de estos Servicios, quien me dijo:

—Vengo a hablarle de la destitución de Durán. ¿ Qué ha ocurrido?

—Nada de particular, que me hacen falta mandos en el Ejército, y he dispuesto que Durán vuelva a él.

—No; usted le ha destituido por haber nombrado a comunistas para agentes en Madrid.

—También eso es causa bastante, porque Durán carece en absoluto de

atribuciones para hacer nombramientos.

—¿Por qué no ha de poder nombrar agentes?

—Porque, a virtud del decreto de creación del SIM, esa facultad le queda reservada exclusivamente al ministro.

Leí el decreto, y ante la evidencia de mi afirmación mi visitante alegó:

—Durán podía hacer nombramientos provisionales.

—Ni efectivos ni provisionales. Aquí, en España, además, lo provisional se convierte en definitivo.

—Sea lo que sea, vengo a pedirle la reposición inmediata del comandante Durán en la jefatura del SIM de Madrid.

—Lo lamento mucho, pero no puedo acceder.

—Si no accede a la reposición de Durán, quedan rotas mis relaciones con usted.

—Lo lamento, pero el comandante Durán seguirá al frente de su división y no volverá al SIM. La actitud de usted es injustificada, no puedo doblegarme ante ella.

No accedo, efectivamente, y mis relaciones con el técnico ruso, por voluntad de éste, quedan cortadas en absoluto; no le he vuelto a ver desde esa escena, ocurrida en Valencia.

Preocupado con el nombramiento del nuevo director del SIM, caí en la desgracia de designar al teniente coronel Uribarri, socialista de mucho tiempo. A poco de posesionarse del cargo Uribarri, me dijo: «Soy hombre leal y quiero proceder lealmente con usted. Vengo a decirle que Fulano de Tal (el segundo entre los directivos rusos de estas actividades técnicas, no el que había roto conmigo, sino su lugarteniente) me ha citado a una entrevista, que se verificó anoche en una calleja oscura, en el fondo de un automóvil, y dicho señor me invitó a que me entendiera directa y constantemente con él, a espaldas de usted, a lo cual me negué».

—Así se debe proceder —le dije. Y le di las gracias.

Uribarri, hombre cuyo desequilibrio se había acentuado a causa de trabajos enormes al frente del SIM, donde permanecía cuatro o cinco días sin dormir, cambia de conducta, no sé por indicación de quién. Advierto que el SIM ya no obedece mis órdenes. Uribarri se entendía con quienes le habían requerido antes a entenderse con ellos a espaldas mías.

Éste es uno de los incidentes que yo he tenido con los rusos, sin arrepentirme, por procurar que el SIM no fuese instrumento, como lo había sido la Dirección General de Seguridad, para ciertos sucesos que nos han creado dificultades.

En mis relaciones con los rusos he frenado mi temperamento, pero, algunas veces, el sentimiento de la dignidad de mi cargo me ha obligado a contrariarles, por mantenerme en la posición que me correspondía.

Por qué perdimos el destructor Ciscar

Voy ahora a relatar algunos incidentes relativos a dos ramas de las fuerzas de la

República: Marina y Aviación. Previamente declararé que en cuanto a aviación, los rusos nos han prestado auxilios eficacísimos no sólo en material, sino facilitando y adiestrando personal.

Cuando se cernía sobre el resto de la España leal el gravísimo riesgo de la pérdida del norte hablando, en la intimidad con Amador Fernández, después de haber sufrido la amargura de que Leizaola, consejero del Gobierno vasco, pidiese el fusilamiento del ministro de Defensa Nacional por creer que no se habían enviado a Vizcaya todos los auxilios precisos, y cuando el mismo Amador se volvía contra mí, diciendo que yo tenía abandonados a los asturianos, dije a este amigo:

—Sé, acaso mejor que nadie, lo que significará la pérdida del norte, que puede ser factor muy importante en la pérdida total de la guerra.

No se me ocultaba lo que suponía para los facciosos el empleo en otros frentes de las tropas que tenían allí entretenidas, el aniquilamiento de aquel ejército, el apoderamiento del muy cuantioso material bélico y el aprovechamiento hasta el máximo de toda la potencia industrial de aquellas regiones. ¿ Cómo no iba yo a calcular la enorme repercusión de todo eso en la empresa militar que estábamos desarrollando en el resto de España? Pues bien, atento yo a ello y, sabiendo el gran valor que tendría para el sostenimiento de la moral, impuse al destructor Ciscar un papel de sacrificio en Gijón, papel de sacrificio dado el riesgo que dicho barco corría por los bombardeos continuos sobre el puerto del Musel. Pero llegó la hora de estimar que el sacrificio era ya inútil. Los facciosos habían pasado de Villaviciosa y estaban casi a las puertas de Gijón. El 19 de octubre, a las 11 de la mañana, llamo a Ubieta, jefe del Estado Mayor de la Marina, hoy jefe de la Flota, y le digo: «Redacte un telegrama ordenando al Ciscar que salga para Casablanca, y cuando llegue a Casablanca determinaremos cómo pasará el Estrecho, si con auxilio de la Escuadra o corriendo la aventura él solo, durante la noche». A las once y media se expidió un radiograma, cuyo texto corregí yo mismo, dando la orden al jefe de las Fuerzas Navales del Norte, contralmirante Valentín Fuentes, y encargándole que enterase de mi resolución al jefe del Ejército de Asturias, coronel Pradas. Quedé tranquilo. El Ciscar, el mejor de nuestros destructores, estaría por la noche, en virtud de la orden cursada, navegando con rumbo a Casablanca. El telegrama a que me refiero se transmitió, como digo, a las once y media de la mañana. Poco después, por la tarde, recibo la visita de un militar ruso que desempeñaba entonces la jefatura de los asesores soviéticos. Me preguntó:

—¿ Usted ha dirigido un telegrama a Gijón ordenando que salga el Ciscar?

—Sí, señor.

—Pero el Ciscar tiene órdenes de permanecer allí hasta recoger al Estado Mayor.

—El Ciscar no puede tener órdenes contrarias a las que dé el ministro de Defensa Nacional. He impuesto a la dotación gran sacrificio y hemos corrido el riesgo de perder el barco. Si continúa en el Musel nos exponemos a que el Ciscar se hunda y no pueda recoger al Estado Mayor.

—Ruego a usted que rectifique la orden.

—No puedo hacerlo. Me expongo a perder el buque sin utilidad alguna, pues la entrada de los facciosos en Gijón parece inminente.

Insistió mi visitante e insistí yo. La entrevista fue correctísima, pero no llegamos a un acuerdo.

Al día siguiente, 20 —no quisiera equivocarme en la fecha— a mediodía, me entrega un radiograma cifrado con la noticia de que el Ciscar acababa de hundirse en el Musel por efecto de un bombardeo aéreo. Mi estupefacción fue grande, pues yo creía al barco en pleno Atlántico, navegando hacia Casablanca. ¿ Cómo no se había cumplido mi orden de salida? Días más tarde, Cruz Salido, que ejercía funciones de secretario particular mío, me entregó un telegrama que acababa de pasarle el Gabinete de Cifra de Marina. El despacho era del contralmirante Fuentes, y decía: «Coronel Pradas y agregado técnico (se refiere a un técnico ruso) estiman que el Ciscar debe continuar aquí. Dígame si rectifica usted su orden». Pero este radiograma, que debía haber llegado el mismo 19, cuya era la fecha, lo recibí cinco días después de hundido el Ciscar. Pregunté a Cruz Salido:

—¿Cuándo le han entregado este telegrama?

—Ahora mismo.

—Requiera al funcionario a que, bajo su firma,, testimonie el día y la hora en que lo ha entregado.

¡Un telegrama tan importante que tarda en entregarse cinco días al ministro! Si el despacho se me entrega a su debido tiempo, yo hubiese ratificado mi orden y el barco se habría salvado. Versión que se me dio: que el telegrama cifrado se había caído en el Gabinete de Cifra detrás de un diván donde se encontró al cabo de varios días. ¡Qué extraño! Nunca había ocurrido cosa semejante. Nombré juez especial para instruir sumario. Sé que se decretaron algunas detenciones entre el personal del Gabinete de Cifra. Ignoro lo que después se habrá hecho. Por la referencia del que fue jefe de las Fuerzas Navales del Norte, contralmirante Fuentes, y por un informe del comisario general de aquellas Fuerzas, Noreña, he podido más tarde conocer lo ocurrido. Don Valentín Fuentes se presentó en la jefatura del Ejército del Norte a decir que el Ciscar iba a salir por orden mía. Se produjo una escena violenta, a la que no fue ajeno algún ruso, que calificó de cobardes a quienes iban a salir en el Ciscar por mi orden. Como consecuencia de tal escena, don Valentín Fuentes se creyó en el caso de retrasar la salida hasta que yo respondiera a su consulta; pero no pude contestar a tiempo, porque el telegrama lo recibí a los cincos días de haberse hundido el barco. El Ciscar se perdió y quien había motejado de cobardes a sus tripulantes partió en avión para Francia, de madrugada, tres o cuatro horas después de lanzar tan injustificada injuria.

Hubo otros incidentes relacionados con Marina, que llegaron a preocuparme. Dos submarinos españoles se encontraban en reparación en puertos franceses y había que conducirlos de nuevo a aguas españolas, a lo cual se comprometieron dos

marinos rusos con la aquiescencia del ministro de Defensa Nacional. Cierto día, el subsecretario de Marina —el mismo don Valentín Fuentes, que ahora anda paseando por ahí su forzosa holganza— me dice:

—Me creo en el caso de hacerle una advertencia. Se empeñan en nombrar comisarios para los dos submarinos a dos sujetos indeseables, afiliados recientemente al Partido Comunista, uno de los cuales sólo a mi discreción y bondad debe que no se le pegaran dos tiros en Gijón por haberme faltado el respeto.

—Mire usted —contesté—, yo no nombro comisarios más que a propuesta del comisario general de la Flota. Si él los propone, yo le trasladaré la observación que usted, me hace. Si me propone otros, los nombraré sin reparo, como siempre.

Viene Bruno Alonso, comisario general, con ocasión de la reunión de Cortes el 1 de febrero y le digo:

—¿ Qué ocurre con eso de los comisarios de los submarinos?

—Pues mire usted, se trata de dos sujetos que no me merecen ninguna confianza por toda clase de razones, pero los rusos me presionan terriblemente para que los nombre.

—Desentiéndase de presiones y propónganse los que crea más convenientes.

—Pues aquí traigo las propuestas de mis candidatos, que son otros. (Las traía escritas.)

Al día siguiente recibo la visita de uno de los militares rusos, el más destacado que había aquí, para pedirme que nombre comisarios a los dos individuos contra los cuales me había hablado el señor Fuentes.

—Lo mismo el subsecretario de Marina que el comisario general de la Flota —le advierto— me dicen que estos dos sujetos son indeseables.

—Pues para nosotros es cuestión cerrada que sean ésos los comisarios, porque los proponen los comandantes de los submarinos.

—Propóngame usted cualesquiera otros, porque de éstos me dan referencias tan malas que, francamente, resulta muy violento nombrarlos.

—Si usted no nombra a estos comisarios, yo me retiro de España.

—Perdóneme que le diga que ésa no es forma de plantear la cuestión al ministro.

—Lo dicho, yo he tomado mi posición, usted tome la suya.

Cogió la puerta y se fue. Este incidente se resolvió por sí sólo porque uno de los propuestos con tanto empeño, cuando estuvo listo el submarino a cuya dotación pertenecía, desertó en Francia, confirmándose así el fundamento de los reparos del subsecretario y de comisario general.

Otro incidente. Al ser designado jefe de la Base Naval de Cartagena quien ahora lo es, el antiguo subsecretario de Marina, don Antonio Ruiz, el mismo militar ruso que me había planteado en la forma expuesta el caso de los comisarios de los submarinos vino a quejarse del trato que daba a los rusos residentes en Cartagena el señor Ruiz. Llamé a éste telegráficamente para que viniera a Barcelona en avión. En el momento que comenzaba a conversar con él me trajeron la noticia exagerada,

afortunadamente, de la catástrofe ocasionada por una explosión en la calle de Torrijos, de Madrid, y hubo que interrumpir la conversación, porque decidí salir en avión para Madrid. Reanudada la charla días después, me dijo Ruiz: «Señor ministro, me encontré sin jefe de Estado Mayor en la base y no habiendo siquiera quien cubriese las apariencias del cargo, firmaba como jefe del Estado Mayor cualquiera, un cabo, un artillero. No pudiendo consentir que nadie se hiciera responsable de la firma en la jefatura del Estado Mayor de la base, he nombrado para este cargo a don Vicente Ramírez, sin perjuicio de que el ruso que actúa como asesor siga en estas funciones, seguro de que habrá de continuar siendo tratado con la cordialidad de siempre».

Escribo al jefe ruso que había venido a quejarse ante mí, dándole todas estas explicaciones, pero, como no le satisfacían, vuelve a verme para decírmelo.

—¿ Qué solución quiere usted? —le pregunto.

—Que se destituya a Ruiz de la jefatura de la base naval.

—No puedo hacerlo. Ni encuentro justificada la destitución, ni dispongo en Marina de una amplia baraja de jefes que me permita muchas combinaciones. Para cubrir recientemente la jefatura de la base de Cartagena, he tenido que desplazar allí al que era subsecretario.

—Pues no veo a esto otra solución que deje a salvo el prestigio de los marinos rusos.

—Entiendo que no se ha menoscabado en nada el prestigio de los marinos rusos, y a mí me toca salvaguardar el prestigio de los marinos españoles, que se quebrantaría con la destitución, sin causa justificada, del jefe de la Base Naval de Cartagena.

Y, manteniéndome firme en mi posición, no relevé a don Antonio Ruiz.

Intromisiones rusas en la aviación

Cuando empieza a cernirse sobre el este y sobre Madrid la ofensiva inevitable después de la pérdida del norte, celebro una entrevista muy larga con el jefe de las Fuerzas Aéreas, coronel Hidalgo de Cisneros, el jefe del Estado Mayor de las mismas, hoy subsecretario de Aviación, Núñez Maza, ambos comunistas, y el ruso que les servía de consejero, y les digo:

—En estos momentos no podemos tener ociosa la aviación; hay que utilizarla en desmoralizar y perturbar las concentraciones que hace el enemigo en el este. Procede efectuar bombardeos en Zaragoza, Pamplona, Vitoria, Tafalla, Tudela…, los grandes centros hoy cuajados de unidades facciosas.

—Convendría actuar por el sur —alegó alguien.

—No me interesa ahora el sur, sino el este.

Después de exponer yo algunos razonamientos, quedamos todos, al parecer, de perfecto acuerdo. Marché a Madrid, y desde allí inquirí por teletipo si se había

hecho algún bombardeo de los acordados, y se me contestó que no, que había dificultades…

—Insisto en mi orden —dije— y ya hablaremos cuando regrese ahí.

Al volver yo a Barcelona, llamé a mi despacho a los dos citados jefes españoles, y sospechando de dónde habían provenido los obstáculos, me exprese así:

—En la aviación, y a través de ustedes, mando yo; pero nadie más. No necesito aclaraciones, porque me las dan sobradas los hechos. El responsable de la guerra es el Gobierno y a él le toca dirigirla y personalmente a mí, en su nombre. Se me puede alegar la imposibilidad de efectuar ciertos bombardeos, por motivos de orden técnico: porque el radio de acción de los aparatos no es suficiente, porque hay en la ruta aeródromos enemigos desde los cuales cabe impedirlo, etcétera; pero en cuanto a la dirección política de la guerra no es admisible otra autoridad que la del Gobierno, único responsable, y nadie más. Pueden ustedes notificar, con la misma energía de estas palabras mías, que el ministro es quien dirige la guerra aérea y que ustedes son los instrumentos de él.

Ordené algunos bombardeos que se efectuaron; pero un buen día me encuentro con la noticia de haber sido bombardeado Vallado lid. ¡Valladolid, que había sido eliminado por mí de una lista que me habían presentado! En Valladolid no había objetivo militar y sabíamos, por referencias fidedignas y recientes, que la gran masa de la ciudad nos era afecta, estando enteramente con nosotros. No veía en ello, además, repercusiones internacionales como las que podían tener los bombardeos sobre Salamanca o Burgos, por ser sedes del Gobierno rebelde y centros de actividad de los corresponsales de los grandes diarios extranjeros. Llamo al jefe interino de Fuerzas Aéreas, teniente coronel Martín Luna, y le pregunto:

—¿Qué ha sido eso de Valladolid?

—No tengo más remedio que decirle la verdad, señor ministro. Me habían rogado que dijera a usted que los aviones se dirigían a Salamanca, pero que se habían desviado, mas lo cierto es que los rusos han ordenado bombardear Valladolid.

Al día siguiente di orden de que la aviación de bombardeo fuese a Córdoba a batir el objetivo de la Electromecánica, importantísima factoría militar. «Espero que esto se cumplirá», dije a Martín Luna. Salieron las escuadrillas para Córdoba y el parte que dio el jefe decía que al llegar cerca de aquella capital se habían encontrado con treinta aviones de caza enemigos, por lo cual se vieron precisados a emprender el regreso y a desparramar las bombas por campos de La Mancha. La sorpresa mía fue grande. Si en Córdoba hay treinta aparatos de caza enemigos —pensaba yo—, allí preparan los facciosos algo serio, de lo que nosotros estamos ignorantes. Mandé hacer una investigación a los jefes de los ejércitos de Andalucía y Extremadura, y estos dos jefes me participaron, coincidiendo en sus informes, lo siguiente: «No es verdad que haya salido un solo aparato de caza al paso de los nuestros de bombardeo. Se ha visto cómo, al llegar éstos a las proximidades de Córdoba, sin saber por qué, la escuadrilla que iba en cabeza ha dado la vuelta,

siguiendo tras ella las restantes». Averiguo y resulta que el jefe de la expedición, el que iba al frente de la primera escuadrilla, era un ruso.

—Yo no puedo admitir esto; si no quieren ir los rusos a bombardear los objetivos señalados por el mando, que no vayan, que lo hagan los españoles solos —así me expresé ante la personalidad varias veces citada, que estaba al frente de los militares soviéticos.

—Tiene usted razón —me contestó.

Y el jefe ruso de aviación cesó, regresando a su país.

Para terminar este enojosísimo relato, hablaré de otro incidente, también relativo a aviación. Cayó intacto, en el sector del Ejército del Centro un Messerschmidt que, como aparato novísimo de caza, ofrece interés extraordinario por constituir un verdadero prodigio. Pues bien, el teniente coronel Núñez Maza, actual subsecretario de Aviación, que entonces era jefe interino de las Fuerzas Aéreas, envió un oficio al subsecretario del ramo, quien lo transcribió en otra comunicación dirigida a mí diciendo, en síntesis, algo como lo siguiente: «He dispuesto que el aparato Messerschmidt, que ha caído en las proximidades de Guadalajara, sea conducido a Sabadell y que allí, una vez embalado, se entregue al camarada Fulano» (aquí el nombre de un ingeniero ruso).

En el acto dicto, con destino al subsecretario de Aviación, algo parecido a esto: «Enterado de su oficio, debo comunicarle: I, que llame usted la atención al jefe de las Fuerzas Aéreas, advirtiéndole que carece de facultades para disponer del Messerschmidt ni entregarlo a nadie; 2°, que ese aparato quede custodiado por fuerzas de Aviación; 3°, que no se proceda a su embalaje ni se entregue a nadie sin orden mía; 4°, que el técnico ruso queda en absoluta libertad para examinarlo, y 5°; que se designe una comisión de técnicos de nuestra Aviación, presidida por el coronel Herrera, para hacer, a su vez, un estudio de dicho avión». ¿Cómo iba yo a consentir que un teniente coronel dispusiese del aparato y lo entregara, cosa que ya se había hecho en otra ocasión? Horas después recibo la visita de quien más autoridad tenía entre los consejeros rusos —el mismo a quien vengo aludiendo continuamente—; me habla de asuntos baladíes y, al final, como si se le ocurriera incidentalmente, dice:

—Me han asegurado que se necesita la autorización de usted para entregarnos el Messerschmidt. A ver si nos lo entrega usted.

—Estimo —le contesto— que la entrega debe hacerse por acuerdo del Consejo de Ministros.

—Pues le ruego que haga la propuesta en ese sentido.

Al día siguiente hubo Consejo de Ministros. Tras él, nueva visita para preguntarme:

—¿Acordó el Consejo de Ministros la cesión del Messerschmidt?

—No he tenido tiempo de plantear el asunto, porque, luego de someter a la aprobación de mis compañeros algunos decretos, me he retirado de la reunión.

—Sepa usted que tenemos mucho interés por ese aparato.

—Quizá surja alguna dificultad —me creí en el caso de insinuar—, porque me parece que con el Messerschmidt está también engolosinada Francia; en ese sentido recibo indicaciones que, sin duda, tienen origen oficioso.

Efectivamente, coincidiendo con algo que podía no tener encadenamiento con esto, pero que yo se lo atribuía; coincidiendo con que Francia, sin saber por qué, suspendió el paso de material de guerra que nos venía destinado, reteniendo varios miles de toneladas en sus vías férreas, recibí la visita del agregado de Aeronáutica de la Embajada de Francia, quien vino a decirme:

—El Gobierno francés tiene mucho interés por el Messerschmidt que ustedes poseen, ya que está provisto de dispositivos modernísimos que no conocemos, y vengo a pedírselo.

Mi respuesta fue:

—No puedo ceder el aparato al Gobierno francés pues está ya ofrecido al Gobierno soviético, pero, desde luego, admito que una comisión de técnicos franceses venga a verlo, a fotografiarlo, a volarlo y a todas las demás pruebas que crea convenientes.

—Puesto que no puede ser que nos ceda el aparato, nosotros le agradecemos esa gentileza.

A los pocos días llegaban a Barcelona un aviador famoso, el que lleva siempre en vuelo al jefe del Gobierno francés, un ingeniero aeronáutico y un «as» de la mecánica. Autorizados por mí, comienzan los ensayos. Durante la realización de éstos, vuelve a visitarme la personalidad rusa a quien vengo refiriéndome, para decirme crudamente:

—Me parece que hay mala voluntad por parte de usted para entregamos el Messerschmidt.

—Sabe usted que actualmente lo están examinando técnicos enviados por el Gobierno francés, en virtud de una invitación nuestra.

—Déles un plazo de 48 horas para terminar los ensayos.

—No puedo ni debo hacerlo porque restringiría indebidamente la amplitud de nuestra invitación. Puesto que el aparato va a ser para ustedes, ¿qué importa una o varias semanas de retraso? Hemos conseguido que se restablezca el paso de material a través de Francia, y no es cosa de echar todo esto a perder.

Mi actitud no pareció satisfacerle, pero la mantuve. Días después, cuando los franceses terminaron el examen del aparato, firmé un oficio disponiendo la entrega del Messerschmidt a los rusos. Negrín me indicó que, además, les diese un Heinkel de bombardeo que, igualmente intacto, cayó también en nuestras líneas, y yo le contesté que estábamos escasísimos de aviones de bombardeo y que en situación tan crítica el Heinkel nos podía ser muy útil.

Pocas fechas más tarde, se celebra en la residencia de Negrín un almuerzo como despedida a la tantas veces mencionada personalidad rusa, que regresaba a su país,

almuerzo del cual volveré a hablar más adelante para recoger ciertas manifestaciones que ha hecho hoy Negrín. El jefe del Gobierno me propone:

—Levántese usted a los postres y diga al general ruso que, como obsequio, le regalamos el Heinkel.

—Nos es indispensable ese avión, Negrín; puede contentarse con el Messerschmidt.

Pero Negrín, cogiéndome del brazo, me llevó hasta donde se encontraba el general ruso y le dijo, sin prevenirme:

—El ministro de Defensa Nacional me encarga decir a usted que le regala el Heinkel, que se lo puede llevar usted.

Tuve que asentir y firmar también la orden de entrega del Heinkel, cuando nosotros estábamos apuradísimos por falta de aviones de bombardeo.

A lo expuesto se reducen todos los incidentes que yo he tenido con los rusos. No recuerdo otros. ¿De dónde puede deducirse que yo me haya opuesto a que actuaran los pilotos rusos?

Una orden de pago que me negué a firmar

Queda por aclarar otra imputación: que yo me negaba a entregar dinero para material de guerra, como han dicho los dos oficiales comunistas citados nominalmente en el informe de García Lavid, versión que se han encargado de extender las células comunistas por instigación —no me cabe duda— de elementos directivos del Partido Comunista. Yo no tenía por qué negar dinero, porque no he intervenido en cuestiones de dinero con los rusos. Pero recuerdo que cinco o seis días antes de la crisis ministerial, el delegado comercial de la URSS me trajo redactada una carta que yo debía dirigir a Negrín y la cual decía, poco más o menos, que procedía que entregara, como ministro de Hacienda, a dicho delegado un millón cuatrocientos mil dólares —creo que ésta era la cifra—, por gastos de guerra. Hice serios reparos:

—¿Cómo voy a firmar semejante carta? ¿A qué gastos de guerra aluden? Esto no es cosa corriente.

—Será por haberes de elementos militares me indicó el delegado.

—No es posible —repliqué—, porque todos cobran puntualmente sus haberes.

—Quizá se trate de gastos de viaje.

—Para eso me parece la cifra muy excesiva, enorme. No puedo firmar la carta sin previa especificación y las debidas comprobaciones.

Y no firmé. ¿Cómo iba a dirigirme al ministro de Hacienda diciéndole que pagase millón y medio de dólares, que no son once reales, sin justificación alguna del gasto?

En cuanto respecta a la valoración del auxilio ruso, nunca he procedido con intransigencia, pues en varias ocasiones he tolerado que los subsecretarios de

Armamento y Aviación firmaran actas de recepción de material que aún no había llegado e, incluso, las he suscrito yo en esas mismas condiciones. ¿Puede extenderse la especie calumniosa de que niego dinero para material de guerra por no haber autorizado la orden de entrega de millón y medio de dólares mediante una lacónica carta que se me trae a la firma de modo tan desusado y sin la menor comprobación?

El compañero Negrín ha dicho hoy que yo deprimía a cuantos estaban a mis órdenes. Recuerde nuestra breve conversación de la noche del 5 de abril. Lo que entonces dije a Negrín debo repetirlo ahora ante él y ante todos ustedes. Aludiendo a las personas a quienes yo deprimía, citó entonces el nombre del general Rojo.

Cierta mañana, cuando el derrumbamiento de los frentes del este, llevé al general Rojo a casa del camarada Negrín; el general iba provisto de planos y documentos diversos para exponer la situación militar ante el presidente. Cuando salimos de casa de Negrín, al montar en el automóvil, el general Rojo me dijo a mí, no yo a él:

«Señor ministro. Me creo en el caso, ante la gravedad de la situación, de decir a usted que el Gobierno debe pensar en las probabilidades de una derrota militar».

Y yo contesté:

—Precisamente le he traído ante el presidente del Consejo de Ministros, porque como éste cree que soy un pesimista empedernido, convenía que conociera la situación a través de los informes de usted y no a través de los míos, que supone deformados.

Veinticuatro o cuarenta y ocho horas después, con ocasión del almuerzo al general ruso a que antes me referí, encontré en casa de Negrín al coronel Hidalgo de Cisneros, quien me dijo:

—La situación militar es de tal naturaleza que todos debemos quitarnos las caretas y examinarla cara a cara.

—Me parece bien. Reúnanse ustedes, los miembros del Estado Mayor Central, y traten el problema a fondo.

Por cierto que una publicación que subsistió mientras yo fui ministro de Defensa (y que después desapareció y ahora ha vuelto a reaparecer, publicación titulada «Liga Antifascista Española», que estuvo haciendo furiosa campaña contra mí), ha dicho que yo di orden al Estado Mayor de examinar si había posibilidad de continuar la lucha. La iniciativa, a la que asentí, fue de un miembro del Estado Mayor, del coronel Hidalgo de Cisneros. Cuando éste me hablaba, llamé a Rojo y le dije:

—Mire lo que dice Hidalgo de Cisneros. Por mi parte, no hay inconveniente.

Y entonces se reúne el Estado Mayor para examinar a fondo, en su conjunto, el problema militar. El estudio seguía haciéndose cuando yo salí del Gobierno y no sé cuándo ni cómo ha terminado. Al día siguiente de la conversación referida, viene Hidalgo de Cisneros para decirme:

—La opinión que yo expuse a usted ayer es también la del coronel ruso de Aviación.

Hay, una fecha después, nueva visita de Hidalgo de Cisneros, quien me dice:

—He estado hablando con Rojo y como vemos que esto no tiene arreglo, hemos pensado si sería una solución que nosotros nos metamos en un Douglas y nos presentemos en el campo enemigo como en un ara de sacrificio, para ver si, inmolándonos, se satisfacen los facciosos y la guerra concluye.

—¡Ah! Si fuere ése el remedio, yo me iría con ustedes. Pero eso no conduce a nada; es un desatino.

Yo no he contaminado a nadie, transmitiéndole mi pesimismo; .y quiero hacer resaltar, una vez más, que éste no surgió en marzo de 1938. ¿Quiere ser esto un reproche para el camarada Negrín? De manera alguna. Ha podido él estimar que ? ni pesimismo no resultaba corrosivo, pero que en un instante determinado lo era y, por ello, ha prescindido de mí. Por su decisión, eliminándome del Gobierno, ni me sentí ni me siento agraviado. Mi relato llega hasta el 5 de abril. Lo que después haya hecho el Gobierno no lo he de examinar. Mi deber era informar a ustedes. Creo haberlo hecho del modo más discreto posible y quedo a expensas de las rectificaciones que puedan hacer Negrín, los miembros de la Ejecutiva y cuantos han sido testigos o actores en los hechos que forman el proceso tan prolijamente expuesto por mí. Con este relato dejo cumplido ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español mi principal, quizá mi único deber, en la presente reunión, que puede ser histórica.

Hasta aquí el sobrecogedor informe de Prieto, que no es un testigo cualquiera, sino el ministro de Defensa Nacional, el hombre que dirigía el esfuerzo de guerra del Frente Popular y que da testimonio de la prepotencia comunista y soviética en la zona republicana. Su diagnosis sobre la preponderancia comunista, apoyada en los consejeros soviéticos, coincide en todo lo esencial con el análisis de otro gran testigo, Bumett Bolloten.

Prieto se refirió varias veces más, en los años siguientes, a este problema gravísimo de la interferencia comunista. Uno de sus nuevos testimonios, tal vez el más significativo, fue un artículo titulado Por qué perdimos Teruel, publicado el 14 de febrero de 1953. Me parece muy esclarecedor reproducirlo:

Por qué perdimos Teruel

Sigamos poniendo al sol algunos entresijos de la guerra de España descubiertos por el ex ministro Jesús Hernández en su libro «Yo fui un ministro de Stalin».

Aunque torpedeado desde Moscú con motivo de mi fracasada propuesta de bombardear a la Escuadra Alemana, yo seguí flotando ministerialmente. Para hacerme naufragar se puso en marcha el plan Togliatti de esgrimir mi pesimismo a fin de provocar mi salida del Ministerio de Defensa Nacional, envolviéndome en pesado manto de desprestigio político que me inutilizara «como figura señera del socialismo».

«Hay que limarle las uñas a Prieto —dijo Togliatti, según cuenta Hernández—, y

creo que lo adecuado es brindarle una colaboración leal para, si no la acepta, iniciar una campaña denunciando su pesimismo y su proceder derrotistas». ¿ Qué entendía por lealtad tan afamado «cavaliere» ? Vamos a verlo.

Para requerirme, se comisionó a Jesús Hernández y Vicente Uribe. El primero manejaría la lima y el segundo, incapaz de otra cosa, recogería las barreduras de mis uñas. Pero no hubo lugar a que actuaran el limador y el barrendero. La lealtad planeada por Togliatti consistía en que yo fuera desleal al resto del Gobierno entendiéndonos secretamente socialistas y comunistas sin contar con los republicanos.

Cuando Hernández me propuso acudir diariamente a mi despacho a traerme las sugestiones, ideas o pareceres del Buró Político de su partido, le contesté «con claridad rayana en la crudeza —como hice constar en mi informe al Comité Nacional socialista— que no necesitaba tales inspiraciones; que no admitía esa forma de gobernar; que si el Buró quería indicar algo con respecto a la política general de guerra lo podía hacer por conducto de sus dos ministros ante el Gobierno en pleno, y que si se trataba de algo relacionado con las operaciones debería hacerlo a través de Uribe en el seno del Consejo Superior de Guerra».

Pero mis interlocutores, no queriendo dar su brazo a torcer, apelaron a los buenos oficios de Negrín y hubo una segunda entrevista.

La nueva conferencia fue en Madrid, presidiéndola Negrín, con resultado también nulo, pues me mantuve firme en mi actitud. A partir de entonces empecé a advertir una táctica agresiva de los comunistas contra mí.

«Prieto —comenta Hernández— advertía bien. Era el inicio de una campaña que buscaba su supeditación a Moscú o su salida del Ministerio, o, como veremos enseguida, su eliminación física. La campaña iría creciendo de tono y de agresividad y lo abarcaría todo: el frente y la retaguardia, los discursos y los artículos, el rumor y la insidia, el sabotaje y el escándalo. Prieto señala algunos hechos en el folleto resumen de su informe del 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español. No son todos. Apenas una mínima parte.

»Como secretario de «agit-prop» del Buró Político, tomé una parte activa en la red que había de aprisionar a Prieto hasta orillarle a presentar repetidas veces la dimisión al presidente Negrín y obligar al fin a éste, que había opuesto resistencia a nuestros embates, a destituir aparatosamente del Ministerio de Defensa a la primera figura de su propio partido. Las órdenes de Moscú eran órdenes que los comunistas españoles, complacidos o a regañadientes, cumplíamos a rajatabla».

«Por negarme a obedecer los mandatos de Moscú, me expulsó Juan Negrín el 5 de abril de 1938 del Gobierno que él presidía y en el cual yo desempeñaba el Ministerio de Defensa Nacional», afirmé. Negrín siempre negó que ése fuera el motivo, mas ahora Hernández viene a corroborar mis aseveraciones con todo lujo de detalles. He aquí algunos tomados de su libro:

«El ataque contra Prieto hería directamente a los distintos partidos republicanos

que tradicionalmente veían en este líder socialista, más que en ningún otro, el cerebro que proyectaba su política republicana en España; nuestros disparos sobre Prieto, por tanto, habían hecho blanco en el sentimiento de los hombres republicanos… Siguió la política de favoritismo en los ascensos y siguió la política de coacción proselitista. Nuestro trabajo inutilizaba los esfuerzos que para contrarrestarlo hacía Indalecio Prieto, y cuando lo creímos conveniente provocamos la crisis que le hizo saltar del Ministerio de Defensa Nacional… Los "tovarich " (los comunistas rusos) cooperaban descaradamente a esta tarea creando situaciones violentísimas en el Ministerio de Defensa… Los rusos expulsaron a Largo Caballero de la Presidencia del Consejo de Ministros; los rusos impusieron a Negrín; los rusos decretaron la caída de Indalecio Prieto…».

«La culminación de la campaña de proselitismo —prosigue Hernández— la constituía el derrumbamiento de Indalecio Prieto. Había que cavarle una honda fosa donde se hundiera con todas sus resistencias al predominio de los comunistas en el Ejército. Desplazando a Prieto del Ministerio de Defensa, todos los resortes de la guerra que no estuvieran directamente en manos de los comunistas quedarían concentrados en las del doctor Negrín, que era el hombre de confianza de Moscú. Todo el frente y toda la retaguardia se llenaron de rumores inconcretos: "Prieto es un capitulador", o bien "Prieto no quiere que los aviadores soviéticos participen en nuestra guerra ", o "Prieto ha declarado que sin la ayuda de Francia es estúpido continuar", o "Prieto ha pedido al Gobierno inglés un destructor para fugarse a Inglaterra" o "Prieto quiere entregar a Franco toda la zona Centro-Sur so pretexto de hacemos fuertes en Cataluña", etcétera, etcétera». Estos etcéteras —acoto yo— significan inacabables cadenas de infamias.

Se pierde Teruel para perderme a mí

A fin de ver la manera de asestarme el golpe final, hubo concilio ruso-hispano. «Hay que utilizar la pérdida de Teruel para liquidar a Prieto», decretó Gueré, uno de los delegados del Kremlin, secundado por Stepanov, que acababa de hacer un rapidísimo viaje a Moscú de donde traía instrucciones concretas.

¿Cómo se perdió Teruel? Valentín González, «El Campesino», que con su división estaba encargado de defender la plaza, lo cuenta en su último libro «Comunista en España y antistaliniano en la U.R.S.S.». Luego de aludir al cese ministerial de Largo Caballero, escribe «El Campesino»:

«A comienzos de 1938 se trataba de repetir la operación con Indalecio Prieto, que al frente de Defensa Nacional empezaba a hacerse insoportable para el Kremlin. Pero ¿cómo deshacerse de él? Su prestigio era grande, sobre todo después de la venturosa operación de Teruel, quizá la más venturosa —con la heroica defensa de Madrid— de toda la guerra. No podría decir en cuál de las reuniones político-militares secretas de los agentes del Kremlin se adoptó el acuerdo de sacrificar

Teruel; lo que puedo asegurar es que el maquiavélico plan fue confiado a los generales Grigorievitch y Barthe. Teniendo un gran alcance político, debió intervenir en la decisión el delegado político número uno del Komintern, "Alfredo ", conocido asimismo por Ercole Ercoli (Palmiro Togliatti, jefe actual del comunismo italiano). Grigorievitch y Barthe, de acuerdo con Modesto, decidieron deshacerse ante todo del general Hernández Saravia, el fiel amigo de Prieto que había planeado y dirigido la toma de Teruel; fue sustituido por el propio Modesto. Al mismo tiempo, se dejó a las divisiones anarcosindicalistas sin artillería para la defensa de las posiciones que protegían Teruel; en tales condiciones era forzoso que flaquearan y se desacreditaran en poco tiempo…

Siguiendo las órdenes recibidas, yo me dejé cercar dentro de la población con unos dieciséis mil hombres de mi división. Modesto y Líster disponían de seis brigadas y de dos batallones excelentes fuera de la ciudad. El trato hecho era que atacarían fuertemente y por sorpresa y que me liberarían con mis tropas. Pero pasaron algunos días con sus noches y nada hicieron. Habría de enterarme más tarde de que a los que se ofrecieron a socorrerme los amenazaron de muerte… Convencido de que no me llegaría ya ningún socorro de fuera y de que seríamos liquidados si caíamos en manos de Franco, decidí jugarme el todo por el todo y romper el cerco. Empecé por destruir la mayor cantidad de material posible para evitar que cayera en manos del enemigo. Emprendimos luego una lucha, protegidos por la oscuridad de la noche, que duró cerca de cinco horas. Perdí en esta lucha unos mil hombres, pero el cerco quedó roto y salvé alrededor de once mil.. En una reunión de tonos violentos exigí la liquidación de Líster que me había abandonado miserablemente; los rusos no hicieron nada y continuaron protegiéndolo como a una de sus criaturas. ¡Como que se había limitado a aplicar sus órdenes, lo mismo que Modesto! Era evidente que habían querido deshacerse de mí para arrojarle mi cadáver al ministro de Defensa Nacional y convertirme, además, en una bandera».

Reunión de rabadanes

Al decir de Jesús Hernández, en la reunión donde se me estaba sentenciando, José Díaz «era la voz de la sensatez, sin sitio y sin eco ya en el Buró Político».

«Prieto —dijo Díaz— es el único puente sólido que nos une a los socialistas; si lo derrumbamos, la unidad será imposible. Hemos llevado contra la persona del ministro de Defensa una tremenda campaña de descrédito por desacuerdo con su gestión ministerial en estos últimos meses, ¿pero quién, a no ser un comunista, podrá sustituirle con ventaja en la situación que se nos avecina? ¿Estamos hoy en condiciones de exigir el Ministerio de Defensa para el partido? Creo que no. Siendo esto así, deberemos pensar si lo que vamos a ganar sustituyendo a Prieto no lo perderemos con creces al empeorar nuestras relaciones con los socialistas». Dolores Ibárruri y Antonio Mije, disintiendo de Díaz, corearon a los amos.

Togliatti, como siempre, dictó la sentencia inapelable, aceptada unánimemente. «Las cosas —dijo— caen del lado que se inclinan. Prieto, a medida que se aborrasca el panorama de la guerra, se muestra más adversario de prolongar la lucha. Es lógico, porque tiene más de pequeño burgués sentimental que de revolucionario consciente. De ahí su falta de fe en las fuerzas populares, su ausencia de entusiasmo. No es un derrotista por principio, sino un pesimista. Eso genera la desmoralización precisamente cuando necesitamos combatir todos los desalientos. Deberemos ir hacia el fortalecimiento de la unidad a través de la lucha implacable contra toda tendencia capituladora».

—¿Quién puede sustituir a Prieto? —preguntó Díaz.

—No hay que torturamos por eso —aclaró Togliatti, siempre pródigo en sagacidades—; Prieto no será sustituido por otro candidato. Negrín deberá asumir las funciones de presidente y ministro de Defensa. Es la única forma viable de realizar sin grandes conmociones nuestra política de resistencia.

La reunión de rabadanes había terminado; la oveja muerta fui yo. Véase seguidamente, en el relato de Hernández, cómo me desollaron.

«El día 1 de marzo, "Pasionaria" arremetía sañudamente contra Prieto en un gran mitin celebrado en Barcelona. Pocas fechas después, las calles de Barcelona se estremecían al paso de una imponente manifestación organizada por el Partido Comunista y por el Partido Socialista Unificado de Cataluña, manifestación en la que participaban representantes de diversas unidades del Ejército, desfilando a los gritos de "¡Abajo los ministros capituladores!" "Fuera el ministro de Defensa Nacional!" "¡Viva Negrín!". La manifestación llegó hasta el mismo Palacio de Pedralbes, residencia del presidente de la República, donde aquella tarde se celebraba Consejo de Ministros. Negrín, previamente advertido por nosotros de lo que iba a suceder aquella tarde, salió a conferenciar con "Pasionaria ", que encabezaba la manifestación. Le prometió solemnemente que en su Gobierno no se toleraría el menor gesto capitulador. Mientras tanto, nuestro aparato de "agit-prop " en los frentes bombardeaba al presidente de la República con telegramas y resoluciones de protesta contra los ministros capituladores. Coincidiendo con todos estos acontecimientos, escribía yo, bajo el seudónimo de Juan Ventura, unos violentísimos artículos contra el ministro de Defensa Nacional, artículos que provocaron un auténtico escándalo político, pues todo el mundo sabía quién se escondía bajo el seudónimo de Juan Ventura… Después de mis artículos, la crisis estaba virtualmente planteada. La convivencia con Prieto se hacía imposible. Más intolerable para él que para mí, pues yo procedí conscientemente buscando provocar su salida.

Y el 30 de marzo, nuestro objetivo se lograba».

En efecto, ese día mi entrañable amigo Julián Zugazagoitia vino a notificarme que Juan Negrín había decidido que yo saliese del Ministerio de Defensa. Cuatro fechas antes dijo categóricamente Negrín a la Comisión Ejecutiva del Partido

Socialista: «No continuaré un solo minuto en la Presidencia del Consejo de Ministros si Prieto no está en el Ministerio de Defensa Nacional». Pero continuó en la Presidencia y además ocupó el Ministerio de Defensa, conforme había resuelto Togliatti.

Ahora falta sacar la lección de estos hechos. Aunque los hechos sean viejos, la lección reviste actualidad, más actualidad que en 1939 y vale para el mundo entero. Otro día la expondré.

Hasta aquí el tremendo artículo de Prieto. Que añade, a su testimonio de 1938, el de dos personajes importantes que en 1938 eran comunistas y después de romper con la Unión Soviética dieron plena razón a Prieto con sus revelaciones.

El vital testimonio de Azaña

Nadie ha descrito la vida interna de la zona republicana como el propio presidente de la República don Manuel Azaña. Resulta impensable que el jefe del Estado de la otra zona, general Franco, publicase en la prensa mundial unos análisis tan sinceros y descarnados como hizo Azaña en la prensa argentina a poco de acabar la guerra. O como reveló también en su admirable diálogo histórico *La velada en Benicarló*. Los textos que incluimos en los dos epígrafes siguientes pertenecen a la primera fuente.

Una historia de la Guerra Civil debe dar cuenta, coordinadamente de tres situaciones: la guerra de los frentes, donde se producía el enfrentamiento físico de las dos Españas: la vida bélica en las retaguardias, donde tenía lugar una profunda transformación de la España anterior, en cada una con signo contrario; y la interferencia exterior, que influyó decisivamente en el curso interno de la Guerra Civil. Hemos estudiado, hasta ahora, el plano del enfrentamiento directo, en las columnas y frentes y también la intervención exterior. Ahora completamos el estudio del segundo e importantísimo plano, la vida en las retaguardia republicana, sobre la que ya hemos aducido rasgos esenciales. Nos referimos púdicamente a «zona republicana» cuando acabamos de ver la escasa importancia de los republicanos en ella. Con unos partidos pequeñoburgueses tan absolutamente desbordados por los partidos obreros y sindicatos del Frente Popular y por los anarcosindicalistas de la CNT/FAI que hasta fines del primer verano hicieron casi la guerra por su cuenta y no se integraron en el Frente Popular. Esta zona auténticamente roja puede y debe estudiarse desde los grandes testimonios. El testimonio será supremo: el del propio presidente de la República Manuel Azaña, por lo que difícilmente será tachado nuestro enfoque de parcialidad.

«El Estado y la Revolución»

Manuel Azaña, presidente de la República en guerra hasta los momentos de la agonía final, cuando decidió abandonarla, comunica su testimonio en tres canales.

Primero, sus diarios de guerra a partir de 1937, a los que recurrimos en otros momentos de esta obra. Segundo, en sus artículos, reposados y serenos, pero en carne viva, enviados desde el exilio francés (1939-1940) a la prensa iberoamericana, y recopilados en sus *Obras,* de ediciones Oasis, México, 1967, a partir de la página 463 del tomo III. Y tercero, en su incomparable diálogo político, recientemente escenificado en España, *La velada en Benicarló,* publicado en ese mismo tomo de las *Obras* a partir de la página 379.

La función del historiador, ante material tan fidedigno y convincente, será ensamblar, como en un «collage», el testimonio de Azaña. Nunca nadie pudo imaginar una confesión y una crítica tan demoledora a la zona roja como la que comunica, en este testimonio, su propio presidente. Y con suficiente amplitud para que nadie pueda acusamos de evadir el contexto.

En *El Estado republicano y la revolución,* Manuel Azaña suministra la prueba fehaciente de que las sospechas proclamadas después por los rebeldes como causa de la sublevación no eran infundadas. La revolución, viene a decir, estaba latente, pugnaba por estallar y al producirse el Alzamiento se dirigió, no contra los rebeldes, sino contra el propio Estado de la República:

No se entenderá nada de la situación en la España republicana durante los primeros meses de la guerra si no se tiene presente que para buen número de los agredidos el alzamiento militar era, si no un hecho venturoso, una coyuntura favorable, que podía y debía aprovecharse para cortar los nudos que los procedimientos normales del tiempo de paz no habían logrado desatar, y para resolver radicalmente ciertas cuestiones que la República dejaba en suspenso. Muchos de los que así sentían eran incapaces de desencadenar por su cuenta y para sus fines una catástrofe de tal magnitud; pero habiéndole producido otros, se creyeron dispensados de respetar las reglas del juego, violentamente rotas por el alzamiento.

Junto al furor, la indignación y otros sentimientos parejos despertados por el suceso, hay que poner siempre una fuerte pincelada de optimismo en los juicios que se hacían sobre la situación durante las primeras semanas, y más aún sobre el porvenir de la República para después de la guerra.

En agosto del 36, los más pesimistas no creían que la guerra se prolongase hasta el año nuevo. Contando con una guerra corta (tal parecía ser también la convicción de los enemigos), la inmensidad del desastre que se abatía sobre España no era

percibida claramente. La noche del 17 al 18 de julio, la República, en Madrid, estuvo pendiente de un hilo. Una decisión audaz por parte de quienes, ya en sorda rebelión contra el Gobierno, ocupaban todos los establecimientos militares de Madrid y sus contornos, habría acabado con el régimen en unas horas. Se produjo el hecho contrario. La facilidad relativa con que el movimiento fue sofocado en la capital y en otras grandes ciudades y regiones que dejaban en poder del Gobierno los recursos más importantes del país, engendró una confianza sin límites. El grave desbarajuste que siguió, revestido, para adoptar un nombre formidable, con el nombre de revolución, provino, en gran parte, de esa confianza, ligada al instintivo impulso de desquite de que he hablado más arriba.

Mientras en la zona rebelde, como vimos, todos los esfuerzos se dirigieron a reconstruir el Estado, en la zona roja los impulsos vitales del Frente Popular y los sindicatos se orientaron, más que a destruirlo, a ignorarlo y suplantarlo. Así lo expresa Manuel Azaña:

Las fuerzas centrífugas latentes en la sociedad española, y la indomable condición personalista de carácter, entraron en juego en cuanto los lazos coactivos del Estado fueron cortados por la espada. En general, los españoles participan vivamente en la emoción de lo nacional, representándoselo en formas y signos que hablan a su sensibilidad. Del Estado perciben mucho menos, salvo cuando tropiezan con él en los servicios de la Administración. La reacción espontánea de los españoles, cada vez que el Estado, por unas u otras causas, ha caído en secuestro o invalidez, no ha consistido en acudir prestamente a restaurarlo, sino en suplantarlo, usurpando sus funciones. Un ejemplo ilustre, entre otros, nos lo ofrece nada menos que la guerra de Independencia, en 1808. Cuando más necesaria era la unidad disciplinada, todo se descompuso en un desorden grandioso de iniciativas aisladas. Incluso para la defensa militar, la autoridad coordinadora vino del extranjero. Esa facilidad para dispersar el esfuerzo, que algunos, con impropiedad, llaman anárquica, y el peligroso relieve de la autoridad personal (legítima o usurpada) a la que se subordina la eficacia de la función y la aceptación de la autoridad misma (de que hay ejemplos glorificados en la tradición y el arte españoles), no tiene nada que ver con las opiniones políticas dominantes en cada ocasión. Estamos ante un rasgo natural, permanente, que debe tenerse en cuenta. No se puede gobernar contra el genio propio de un país a no ser sometiéndole a mutilaciones horribles, como no se puede escribir contra el genio del idioma, a no ser estropeándolo con pedantería y barbarie. Tener en cuenta aquella condición, no es doblegarse a ella; mucho menos, exaltarla como un recurso salvador.

Esta vez, en torno a los órganos del Estado, inerme, descoyuntado, se multiplicaron las iniciativas de grupos, partidos y sindicatos; de provincias y regiones, de ciudades; incluso de simples particulares. Iniciativas rivales entre sí,

que se estorbaban; pero estorbaban sobre todo a la acción eficaz del Gobierno. La situación, ya descrita, en cuanto a la defensa militar en los primeros tiempos de la guerra, se repetía en el terreno político y social. En realidad, eran la misma cosa, las dos caras de un solo hecho; y hasta solían ser las mismas personas Era difícil saber dónde se acababa el «miliciano» y dónde empezaba el «responsable» de un servicio público o de una empresa. En el orden de la economía, esa tarea la tomaron por su cuenta los sindicatos: asumiendo la dirección administrativa de grandes servicios públicos; creando cada sindical servicios propios; sustituyéndose a los patronos en las empresas privadas. No por eso la unidad entre las sindicales llegó a establecerse; todo lo contrario. Persistían las antiguas rivalidades y, dentro de cada sindical, las tendencias divergentes. En el orden político, los brotes del genio improvisador y particularista se manifestaron en los gobiernos locales (además de los que legalmente existían), formados para atender a los apuros más urgentes de una provincia. Casi todos duraron poco. Solamente, en la zona norte (País Vasco, Santander, Asturias) hubo, además del Gobierno vasco, un Gobierno en Santander, que contaba incluso con un ministro de Relaciones Exteriores; y en Asturias, estando la provincia a punto de perderse, los dirigentes políticos erigieron un «Gobierno soberano», nada menos, que desató una campaña terrible contra el Gobierno de la República, echándole la culpa de aquel desastre.

El particularismo: «Preferible es que se hunda todo»

La zona republicana, convertida en zona roja, fue el apogeo del particularismo. Todo el mundo quería conquistar el Estado para el día de la victoria, que naturalmente no llegó. Así lo dice Azaña:

Antes de que los gobiernos, recuperando los resortes del mando, emprendieran la obra de redressement de que hablaré en otra ocasión, y durante el curso de esa misma obra, los efectos de aquella disolución de la unidad de miras aparecieron claros, no sólo en el juicio de las personas desapasionadas, sino en la experiencia. En cierta ocasión, el Comité Nacional de la CNT me pidió audiencia. Venía a quejarse de que el Gobierno perseguía a la CNT, de que el partido comunista pretendía avasallarla o destruirla. «Si no se respeta —dijeron— lo que la CNT representa, si hemos de sometemos a un partido nuevo en España, preferible es que se hunda todo». Cuando las diferencias entre el Gobierno de la República y el Gobierno catalán pasaban por una fase aguda, un político barcelonés, republicano, me dijo: «Los catalanes no saben ya por qué se baten». En otro momento hablaré del mismo estado de espíritu en el País Vasco. Tiempo antes, un ministro del Gobierno catalán, miembro del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), decía en un «meeting» en Barcelona: «Nosotros no nos batimos para hacer una República que le guste al señor Azaña». ¡Muy bien! Los amigos del orador habrán ya comprendido, un poco tarde, su equivocación. Y no porque hubieran de aceptar una República cortada por un patrón de mi gusto (siempre hemos estado lejos de ello, en guerra y en paz), sino porque mis puntos de vista, tantas veces explicados y recomendados en público y en privado, no eran personales, sino los del régimen, únicos que podrían dejar a salvo su respetabilidad, lo mismo si ganaba que si perdía la guerra.

En cuanto a los objetivos lejanos, ya mentados, se manifestaban, por el momento, en una operación táctica, preventiva: ocupar en el Estado, en la economía, en la dirección de la guerra y de la política las posiciones necesarias para ser el más fuerte el día de la victoria. Consecuencias de esta táctica: primera, política de absorción y acaparamiento de funciones; segunda, hostilidad, a veces despiadada, de unos partidos (y de unos sindicatos) contra otros. Descarto de esa táctica a los republicanos en general. Lejos de practicarla, la han padecido. En ciertos momentos, por lo que ocurría en el territorio ya ocupado por los «nacionalistas», por los vientos que soplaban en el nuestro, pareció que, ganándose o perdiéndose la guerra, en ningún caso podrían los republicanos vivir tranquilos en España, con o sin República. Al Partido Socialista, trabajado internamente por antiguas tendencias

discordantes, por otras, novísimas, y por incompatibilidades personales inextinguibles, no sería justo incluirle todo entero en aquella táctica.

Por otra parte, los socialistas han asumido desde septiembre del 36, la mayor responsabilidad del poder. Cualquiera que fuese su representante principal en el Gobierno, tenía a su disposición el reparto de las gracias, de la protección oficial, y su problema político inmediato consistía, en este particular, en decidir cuáles, con quién y en qué medida las repartiría. Es también evidente que si la República se hubiese salvado bajo un Gobierno de dirección socialista, el partido —acertando a resolver discretamente sus querellas domésticas y restaurada su tradición democrática— habría encontrado naturalmente en la política una situación indisputable Con la excepción y las salvedades hechas, todos los partidos, nacionales y regionales, usaron, más o menos descaradamente, de aquella táctica.

Ser el más fuerte el día de la victoria, significaba influir decisivamente en la estructura que se diese al Estado, y, por de pronto, conservar las situaciones de hecho adquiridas a favor de la guerra. Este propósito se formuló sin reservas, en un Consejo de Ministros, por uno de los más fervorosos mantenedores de las situaciones de hecho. El Gobierno de la República no podía reconocerlas, ni legalizarlas. La reconstrucción del Estado consistía precisamente en suprimirlas. Los últimos conflictos políticos de la República surgieron a consecuencia o con ocasión de las rectificaciones logradas o intentadas. Pero en los tiempos primeros, de un optimismo radiante, casi todas las cabezas españolas parecían iluminadas por una vocación mesiánica. Si en el campo nacionalista venían a salvar la civilización cristiana en Occidente, los profetas del campo republicano anunciaban el nacimiento de una nueva civilización ¡Terribles hipérboles, que prenden con facilidad en lo que el alma española tiene de visionaria! Ni la civilización cristiana corría peligro, ni si lo hubiese corrido se salvaría con una guerra atroz, ni la España republicana estaba preñada de una civilización nueva ¡Ya hubiera sido mucho que todo el país se adaptara a la existente! La experiencia implacable repartirá sus lecciones a quienes más falta les hagan.

En cuanto al movimiento desordenado cuyos caracteres generales he descrito, que no llegó a coronarse con el triunfo de una revolución, no fue menester mucho tiempo para demostrar, por los resultados obtenidos, la urgencia de restaurar las normas de gobierno y de disciplina que nunca se infringen impunemente; menos que nunca en tiempo de guerra.

El doble poder

La tesis de Azaña es que la revolución no se hizo con el poder sino que se limitó a suplantarlo. Describe esta situación con ejemplos bien concretos, al principio de su artículo *La revolución abortada*:

El Gobierno republicano se hundió en septiembre del 36, agotado por los esfuerzos estériles de restablecer la unidad de dirección, descorazonado por la obra homicida —y suicida— que estaban cumpliendo, so capa de destruir al fascismo, los más desaforados enemigos de la República. El buen desempeño de su aplastante responsabilidad hubiera exigido por parte de todos la asistencia más leal.

Durante aquellas semanas, el optimismo causó estragos en la eficacia y la prontitud de la defensa. De entonces es la campaña contra la formación de un ejército regular, sometido a la disciplina del Estado, porque tal ejército, decían, iba a ser el instrumento de la contrarrevolución. Se dio el caso de que unos trenes de reclutas, movilizados por el Gobierno y enviados a Barcelona para reconstituir las unidades de la guarnición, no pudieron pasar la raya de Cataluña porque las autoridades locales les impidieron proseguir el viaje. El trabajo, lejos de hacerse más intenso, menguó en duración y rendimiento.

La huelga de la construcción, comenzada en mayo, dirigida e impuesta por la CNT, persistía después de empezar la guerra; no se terminó hasta agosto. La traición puede ser sofocada y castigada, pero una alucinación colectiva se disipa difícilmente. Es preferible creer en una alucinación colectiva: en 1937 se celebró en Madrid un «meeting» para conmemorar el primer aniversario de la huelga de la construcción, que entre otros méritos tuvo, en opinión de sus panegiristas, el de haber precipitado el alzamiento.

Ya he dicho que algunos lo recibieron como un hecho venturoso. Los «leaders» políticos y sindicales visitaban a los milicianos en los frentes, les aconsejaban sobre la manera de hacer la guerra, de aprovisionarse sobre el país: «si encontráis una vaca o una ternera, la matáis, y os la repartís; ya la pagará el Gobierno». El presidente del Consejo recibió quejas muy serias de un leader, porque los milicianos no tenían en el frente aguas minerales para beber.

Madrid ofrecía una apariencia alegre, de jolgorio y holganza. Miles de coches recorrían velozmente las calles, derrochando gasolina del Estado. Se derrochó también, en fabulosa escala, los víveres y toda clase de recursos. Músicas, desfiles, columnas que iban al frente, o volvían. Rebajamiento de la calidad y limpieza en el vestido. Muchos burgueses se disfrazaban, bastante mal, de proletarios. Ostentación de armas largas. Jóvenes ociosos, en vez de combatir en la trinchera, lucían por los cafés arreos marciales, el fusil en bandolera. La prensa adoptó un tono jactancioso,

semejante al de 1898. Los tópicos eran aparentemente otros, pero la misma frivolidad. Hacía años que los periódicos no imprimían: «el heroico coronel», «el invicto general». Desempolvaron estos clichés. Como novedad propia de los tiempos, tuvimos que diariamente caían en nuestras líneas unos cuantos aviones enemigos «envueltos en llamas».

«Impotencia y barullo»

Por fin Azaña se atreve a definir la situación de su zona que no era la República pero tampoco, plenamente, la revolución. Azaña lo expresa con dos palabras: impotencia y barullo. En este contexto:

En una revolución social me sorprende esa salvedad. ¡Contra los fascistas! De hecho, usted sabe que no siempre ni siquiera en la mayoría de los casos es así. Vamos a lo que importa. Por rechazo de la insurrección militar, hallándose el Gobierno sin medios coactivos, se produce un levantamiento proletario, que no se dirige contra el Gobierno mismo. Secuestran bienes y personas, muchas perecen sin pasar ante ningún tribunal, se expulsa o se mata a los patronos, a los técnicos que no inspiran confianza, y los sindicatos, radios, grupos libertarios y hasta partidos políticos se apoderan de inmuebles, de explotaciones industriales y comerciales, de periódicos, cuentas corrientes, valores, etcétera. Lia-mamos a todo esto revolución, porque es demasiado vasto y grave para dejarlo en motín. Ahora bien: una revolución necesita apoderarse del mando, instalarse en el Gobierno, dirigir el país según sus miras. No lo han hecho. ¿Por qué? ¿Falta de fuerza, de plan político, de hombres con autoridad? ¿Presentimiento de que un golpe de mano sobre el poder, aún victorioso, derrumbaría la resistencia, nos pondría enfrente de todo el mundo y se perdería la guerra? ¿ O el cálculo de crear clandestinamente, por abuso de fuerza, sin responsabilidad y bajo la cobertura de Gobiernos inermes, situaciones de hecho, para mantenerlas después e imponerse al Estado cuando quiera salir de su letargo? De todo habrá.

La obra revolucionaria comenzó bajo un Gobierno republicano que no quería ni podía patrocinarla. Los excesos comenzaron a salir a la luz ante los ojos estupefactos de los ministros. Recíprocamente al propósito de la revolución, el del Gobierno no podía ser más que adoptarla o reprimirla. Menos aún que adoptarla podía reprimirla. Es dudoso que contara con fuerza para ello. Seguro estoy de que no la tenía. Aun teniéndola, su empleo habría encendido otra guerra civil.

Cundía y se tomaba en serio la amenaza de abandonar el frente. ¿ Cómo se llama una situación causada por un alzamiento que empieza y no acaba, que infringe todas las leyes y no derriba al Gobierno para sustituirse a él, coronada por un Gobierno que aborrece y condena los acontecimientos y no puede reprimirlos ni impedirlos? Se llama indisciplina, anarquía, desorden. El orden antiguo pudo ser reemplazado por otro, revolucionario. No lo fue. Así no hubo más que impotencia y barullo.

El Gobierno republicano se retiró, porque los proletarios, incluso los más moderados, no le secundaban. Se pensó que un Gobierno de proletarios, partidos políticos y sindicales, mezclados con los republicanos, tendría más autoridad. Pero

la actitud del Gobierno nuevo respecto de la revolución no varió. Algunos de los que entraban a mandar habían en parte aprobado o promovido los movimientos de la revolución. Se encontraron en la necesidad de decir que su política consistía en ganar la guerra, como la del Gobierno republicano. No pudieron adoptar la revolución, siguieron condenados a padecerla, a contemporizar, a aguantarla, como si esperasen su fin, por cansancio o descrédito.

El jefe del Gobierno ha hablado de que ya se han hecho bastantes ensayos, en lo que apunta la persuasión del descrédito y la realidad del cansancio. Incluso el Gobierno formado en noviembre, con la CNT y los anarquistas, en las penosas condiciones que aún no se han hecho públicas, no ha podido prohijar la revolución. Desde antes, los comunistas vienen diciendo que en España debe subsistir la república democrática parlamentaria. Creo en su sinceridad porque tal es la consigna de Stalin.

Los confederales y anarquistas del Gobierno no hacen más ni menos que los otros ministros. La CNT continúa su invasión social; sus ministros no la contienen ni la suscitan. Su presencia en el Gobierno, para ese efecto, es anodina. Incluso pronuncian discursos o escriben artículos en contra de la táctica de los sindicatos y de sus improvisaciones más dañosas. Tampoco eso vale mucho. Los ministros que se moderan, caen en el descrédito y sus antiguos camaradas, después del silbarlos, les vuelven la espalda. El Gobierno, con pocos medios para imponer su autoridad y con floja voluntad de usarlos, comprueba que en cada coyuntura de los servicios públicos, sean o no de guerra, se ha producido un derrame sindical, paralizante como un derrame sinovial. Tal es hasta ahora el fruto de la revolución: desbarajuste, despilfarro de tiempo, de energía y de recursos, y un Gobierno paralítico. Para la guerra, desastroso.

RICARDO DE LA CIERVA Y HOCES. (Madrid, 9 de noviembre de 1926 - Madrid, 19 de noviembre de 2015). Licenciado y Doctor en Física, historiador y político español, agregado de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares (hasta 1997) y ministro de Cultura en 1980.

Nieto de Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro de varias carteras con Alfonso XIII, su tío fue Juan de la Cierva, inventor del autogiro. Su padre, el abogado y miembro de Acción Popular (el partido de Gil Robles), Ricardo de la Cierva y Codorníu, fue asesinado en Paracuellos de Jarama tras haber sido capturado en Barajas por la delación de un colaborador, cuando trataba de huir a Francia para reunirse con su mujer y sus seis hijos pequeños. Asimismo es hermano del primer español premiado con un premio de la Academia del Cine Americano (1969), Juan de la Cierva y Hoces (Óscar por su labor investigadora).

Ricardo de la Cierva se doctoró en Ciencias Químicas y Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fue catedrático de Historia Contemporánea Universal y de España en la Universidad de Alcalá de Henares y de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica en la Universidad Complutense.

Posteriormente fue jefe del Gabinete de Estudios sobre Historia en el Ministerio de Información y Turismo durante el régimen franquista. En 1973 pasaría a ser director general de Cultura Popular y presidente del Instituto Nacional del Libro Español. Ya en la Transición, pasaría a ser senador por Murcia en 1977, siendo nombrado en 1978

consejero del Presidente del Gobierno para asuntos culturales. En las elecciones generales de 1979 sería elegido diputado a Cortes por Murcia, siendo nombrado en 1980 ministro de Cultura con la Unión de Centro Democrático. Tras la disolución de este partido político, fue nombrado coordinador cultural de Alianza Popular en 1984. Su intensa labor política le fue muy útil como experiencia para sus libros de Historia.

En otoño de 1993, Ricardo de la Cierva creó la Editorial Fénix. El renombrado autor, que había publicado sus obras en las más importantes editoriales españolas (y dos extranjeras) durante los casi treinta años anteriores, decidió abrir esta nueva editorial por razones vocacionales y personales; sobre todo porque sus escritos comenzaban a verse censurados parcialmente por sus editores españoles, con gran disgusto para él. Por otra parte, su experiencia al frente de la Editora Nacional a principios de los años setenta, le sirvió perfectamente en esta nueva empresa.

De La Cierva ha publicado numerosos libros de temática histórica, principalmente relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo, la masonería y la penetración de la teología de la liberación en la Iglesia Católica. Su ingente labor ha sido premiada con los premios periodísticos Víctor de la Serna, concedido por la Asociación de la Prensa de Madrid y el premio Mariano de Cavia concedido por el diario *ABC*.